CUENTOS DE JUANA

Cuentos de Juana

(Narraciones malayas de las Islas Filipinas).

ILUSTRACIONES DE LUIS LASA

BIBLIOTECA NACIONAL



MADRID
IMPRENTA DE PRENSA ESPAÑOLA, S. A.
SERRANO, 61
1943

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

A la memoria de mi padre, que fué tan amante de los libros y de su Patria, dedico este libro, escrito con aromas folklóricos de nuestra tierra.

LA AUTORA.



JUANA

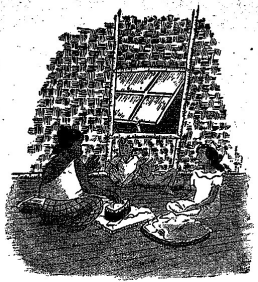
JUANA me contó estos cuentos.

Todos ellos son de Filipinas: de la isla de Negros. Juana era una criada nativa que conocí en mi hogar desde que comencé a darme cuenta de las cosas de este mundo. Antes había estado sirviendo en casa de mi abuela paterna. Como cuando yo conocí a Juana ésta aun no era vieja, debemos deducir que estuvo sirviendo siempre en la familia. Tenía el remoquete de *Baltimore*. Nació tal remoquete del nombre de uno de los acorazados norteamericanos que hicieron la parodia de batirse contra la carcomida y resquebrajada escuadra española en la bahía de Cavite. Juana había sido muy flamencota y muy gruesa, y por su amplitud se la comparó con el voluminoso acorazado americano. Cuando yo me di cuenta de la personalidad de Juana, ésta ya había mermado sus carnes; era muy oscura de color, nariz marcadamente

aplastada, ojos pequeños y una boca grande, sin la albura de los dientes debajo de sus labios marchitos. Nació con la dentadura blanca, pero el *buyo* (1) fué depositando una pátina roja sobre el marfil, y éste tenía ya el color de sangre renegrida. Para un hombre occidental recién llegado de Europa o de América, el aspecto de tal boca sería repugnante, pero los que allí nacimos y los que llevan muchos años de residencia en el país nos familiarizamos con el *buyo* y su colorido desagradable, de tal modo, que yo nunca rehuí, de niña, un beso de su boca y de su ternura. Otros, sin ser niños, tampoco los rehuían, porque Juana, fea como era, tenía un atractivo especial para los hombres malayos o europeos.

En mi hogar era una institución. Resultaba menos ignorante que el resto de las mujeres del rancho, por su trato con los españoles en casa de mi abuela y en la de mis padres. Hablaba el castellano, pero se olvidaba de él tan pronto como se la reprochaba alguna mala acción o falta en el cumplimiento de su deber. Entonces no se encontraba modo de evitar que diese sus pródigas explicaciones en el dialecto visayo. Como todo filipino, escuchaba las ór-

(1) Hoja que crece en las islas y que, mascada con cal, tabaco y *bonga*, da una coloración roja a la saliva.



Juana nos contaba cuentos terroríficos de duendes malayos...

dentes e instrucciones que se le daban con un gesto de complacencia, cual si fuese a cumplirlas al pie de la letra, y luego hacía lo que mejor le venía en gana. En el momento de las explicaciones, largaba su discursito en visaya; pero a veces se encontraba con réplicas que eran más que palabras. Cosas de la colonización. Para Juana no era denigrante el golpe en la mejilla o el cachete. Si era el ama quien se los daba, el ama podía hacerlo.

A nosotros parecía querernos y —bien o mal— cuidó de todos los hermanos. Por las noches, antes de acostarnos, o en las siestas cálidas y soporíferas, mientras planchaba la blancura de las ropas tropicales, nos contaba cuentos de reyes y princesas españolas o los terroríficos de duendes malayos.





El tamao

Entre estos duendes los había muy malignos, como el *tamao*, que, al parecer, era el que poseía más recursos y más poder que los demás. Y era también el más fastuoso, como se verá por su manera de vivir. No es que se haya narrado jamás la lucha entre dos duendes, sino que, al margen de la interferencia que unos pudieran tener con los otros —y de la cual no se tiene noticia entre los humanos—, se deduce de sus hazañas aisladas, comparadas con las de los demás, el grado de malignidad o de poderío de cada cual. Y el *tamao* ha sido el espíritu misterioso y malo que con más frecuencia solía ser el héroe de los cuentos de Juana.

Vivía —y es de suponer que aun sigue habitando— en los troncos de los grandes árbo-

les; pero dentro de ellos, por no sé qué poder infernal o, por lo menos, desconocido, se levantaban palacios magníficos, con suelos de las más ricas y perfumadas maderas orientales y columnas de *narra* y *camagong* (1), que resisten la acción del tiempo y de la humedad durante cientos de años, aunque estén enterradas. Y había en los palacios también finísimos y transparentes cortinajes policromados de *piña* y de *jusi* (2), y enormes conchas y caracolas, que servían de tiestos, donde enraizaban las palmeras y la más fantástica colección de helechos gigantes. Y entraban por las ventanas, tejiendo un friso natural en lo alto de las paredes, enredaderas exuberantes y orquídeas, chupadoras de la savia de los árboles altísimos y frondosos que crecían en el exterior, sombreando los tejados del misterioso palacio. Allí las mesas eran suntuosas, con riquísimos manjares, ordenados sobre ellas en hileras; arroz blanquísimo; insectos de los lagos, adobados con jengibre, vinagre y ajo; lechones de sabrosísimas carnes, porque fueron cebados con maíz tierno, verdolaga y caña de azúcar; la carne blanca del lagarto de río; la morena del

(1) Maderas oriundas del país. Muy resistentes.

(2) Tejidos transparentes, más fino el último que el primero, hechos con la fibra de la hoja de la piña.

jabalí, del venado y del murciélago gigante, y los pescados abiertos y desespinados, que se curaron y casi se asaron sobre las piedras calcinadas por un sol abrasador. Salsas de extracto de leguminosas mezclado con jugo de mariscos y perfumado con la savia de raíces aromáticas sazonaban las viandas a placer. Como entremeses había pececillos transparentes, sin espinas, curados con vinagre y ajo crudo; pasta de camarones calcinados, oliendo fuertemente a marisco; huevas gigantes de pescado y trocitos de *manga* verde con tiras de tallo tierno de bambú en *achara* (1). Y en los postres se servían las frutas olorosas y dulces, jugosas, cual corresponde a un país tropical, desde el coco tierno, comido en su cáscara, rebañándola con una cucharilla, como si fuera manteca dulce, hasta la *manga* amarilla y aromada y el *mangostán* agridulce, de blanquísima pulpa. Como bebida se derrochaba la *tuba lina*, líquido segregado de la flor truncada del cocotero y servido en seguida, antes de fermentar. Para los paladares más fuertes se ofrecía también la vita *tuba*, fermentada con la corteza de un árbol misterioso.

Juana me contaba que los indígenas de Filipinas saben muy bien que el catar de cual-

(1) En Filipinas se llama así a todo vegetal conservado en vinagre.

quiera de los manjares de la mesa del *tamao* es la perdición, porque el ser humano pierde su condición de tal y tiene ya que vivir como uno de la otra casta en su mundo escondido. Pero, por eso también, cuando el *tamao* ambiciona la posesión de uno de los nuestros, presenta la tentación de sus manjares, que suelen tener un poder irresistible. Dificilísimo es vencerse, porque, además del atractivo natural del manjar, enanitos morenos queman hierbas embrujadas, que despiertan los sentidos a apetitos irreprimibles, y aquellos que logran resistir quedan tan quebrantados por el esfuerzo, que cuando el *tamao* los devuelve a su mundo, apenas pueden hablar, si no quedan mudos y como alucinados para el resto de su vida.

El primer cuento que voy a relatar es la narración relacionada con una doncella morena secuestrada por un *tamao* hercúleo que vivía en un gigantesco tamarindo, cuyo fruto era dulce y se tornó agrio. Cuando relate cuentos de otros duendes explicaré algo —lo poco que se sabe— de su naturaleza misteriosa y sus características visibles, en forma y costumbres.

Desde luego, el *tamao* es un ser que no pueden ver los humanos más que cuando él quiere mostrarse a sus ojos o cuando se penetra en su morada.

En el tiempo en que Juana me contó esta historia me la refirió como un hecho real, que

aconteció en un pueblo de la isla de Negros Occidental llamado Valladolid, y me citó testigos, entre ellos a mi propio padre, el cual confirmó que, efectivamente, la doncella desapareció de la casa de un modo misterioso y apareció reclinada sobre tres diminutas ramas de un tamarindo, en estado de idiotez; pero no se llegó a una explicación humana ni científica de lo acaecido.

Yo lo relato como Juana me lo narró, sin poner ni quitar nada y sin obligar a nadie que crea las explicaciones de aquellas personas que lo comentaron. Juana no me dió título para esta historia, pero como los cuentos con título son más bonitos, vamos a llamarla *La doncella que vivió tres vidas.*

La doncella que vivió tres vidas

A los trece años la llevó su madre a casa de mi abuela, y al propio tiempo que el *buyo*, hecho líquido, rezumaba por las comisuras de los labios de la vieja indígena, ésta pronunció las siguientes palabras: "Señora María, mi hija sabe ya lavar y hacer *lampazo* y pronto

aprenderá el *panarapo*, porque tiene el cuerpo valiente para trabajar. Si acaso me pudiera usted dar cincuenta pesos..."

Cuando el nativo habla de dinero no suele terminar las frases, por un sentimiento de delicadeza y... probablemente por no comprometerse demasiado.

Como mi abuela era magnánima, no acostumbraba regatear, y aunque la chica tenía muy poca edad para pagar con su sueldo tal cantidad —que periódicamente iría aumentando merced a la historia inventada de la muerte de parientes o de enfermedades imaginarias—, le entregó los cincuenta pesos, porque la chiquilla parecía bien dispuesta. Efectivamente, sacaba el brillo a los pisos como ninguna, y sus piernas fuertes impulsaban rítmicamente la hoja del plátano debajo de sus pies con afán y con gracia. Con gracia sobre todo, porque la pelusilla que tiene la hoja no arranca brillo al suelo de madera como no se tenga un especial *ten con ten* en la manera de frotar. A esto, como a toda limpieza del suelo con hojas o con lienzo, se le llama hacer *lampaso*.

Y en cuanto al *panarapo* —que consiste en quitarle el polvo a los muebles y objetos con un paño—, nadie como Pinang (se llamaba Josefina) dejaba las conchitas y los caracolillos que invadían las consolas y las mesas de la sala de mi abuela tan relucientes y tan nacarinos.

Aprendió también a planchar, para echar una mano a las doncellas mayores, y si se terciaba, condimentaba el cerdo y hacía la *tinola* tan bien como el cocinero, cuando éste —por exceso de vino— no venía a cumplir con sus menesteres en la casa. Total, que la pequeña había resultado una joyita.

Era cariñosa en el trato. Su voz suave tenía réplicas de dulzura y timidez, aun cuando se la reprendía, y no lloraba jamás delante de la gente. Por todas estas cosas, mi abuela estaba muy contenta con sus servicios y la perdonaba las pequeñas distracciones, que a veces eran grandes, porque se absorbía ratos largos pensando en no sé qué problemas, y mientras, solían ocurrir grandes catástrofes, como pegarse la *morisqueta* (1) o que el gato se llevase el pescado para el *sinigang* (2).

¡Ah!, pero precisamente por esta cosa de abstracción, nadie tan regular como Pinang para dar aire con el *pay-pay*, para pasar suavemente las yemas de los dedos por las plantas de los pies y, sobre todo, para rascar im-

(1) Arroz cocido con agua, sin más condimento, que sustituye al pan en las comidas de los indígenas.

(2) Plato del país que se hace cociendo pescado, cebolla, tomate y jengibre.

perceptiblemente las espaldas con una manita de marfil, que para tal misión pendía de la cabecera de la cama de su ama.

Y mi abuela sabía apreciar estas delicadezas, porque era una sibarita oriental. Por eso, cuando la deuda de la chica aumentaba —ya que a la madre, mujer de experiencia y lagartona, se le morían los parientes más de lo debido—, el ama no lo tomaba en consideración y le largaba los pesos a la vieja, que se iba encantada, pensando en qué personaje iba a ser el siguiente en morir o en enfermar gravemente. Y por eso también, aparte del sueldo, vestía a la chica y la compraba los *patadiongs* (1) de más brillantes colores, chinelas coloradas y, para la fiesta del pueblo y Semana Santa, una saya de percal con camisa fina de *sinamay* (2).

Al cumplir los quince años le regaló unos zapatos blancos para el día de Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje, patrona del pueblo, los cuales lució con garbo y sufrió con resignación, porque la presión del calzado es un suplicio en un pie virgen de él, como el europeo no podrá jamás imaginar.

Y a los dieciséis años ocurrió el suceso de

(1) Trozo de tela cerrado con que se envuelven el cuerpo, de la cintura hasta la pantorrilla, las mujeres visayas. Hace las veces de la falda.

(2) Tejido transparente hecho con la fibra de la piña y la del abacá.

su secuestro por el *tamao*, cuando la familia de mi abuela y parte del servicio estaban pasando una temporada con unos parientes en el pueblo cercano de Valladolid.

Es difícil explicar por qué un *tamao* roba un ser humano, ya que no se les supone estar sujetos a las exigencias del amor; pero como todo tiene una causa, habremos de pensar que este *tamao* de nuestro cuento era un poco distinto en naturaleza a los otros y le gustó la muchacha más de lo debido o más de lo que correspondía a un ente de su especie.

* * *

Fué una noche en que el aguacero caía pesadamente sobre la vegetación, ya saturada de humedad. Había estado lloviendo todo el día con cortos descansos, en chaparrones que más que una ducha del cielo parecían el cielo mismo, y las nubes desplomándose sobre la tierra en lágrimas. Era la época de la estación húmeda en las Islas y se sucedían los tifones con sus *collas*, regaderas y fuelles gigantes, que empapaban y soplaban despiadadamente, jugando con las techumbres y hasta con las casas enteras de *nipa*, haciéndolas dibujar piruetas a través de la atmósfera acuosa.

Un velo muy tupido y muy negro impidió asomarse a la luna.

La ropa lavada dos días antes no había lle-

gado a secarse, y la plancha hubo de hacer todo el trabajo. La orden de que no quedase una sola pieza húmeda para el día siguiente retuvo a Pinang y a Juana en la cocina, sobre la tabla de planchar, hasta las doce de la noche. Habían echado carbón vegetal, hecho con el *iliam* de los bosques, hasta tres veces en las planchas con que se hace esa labor en Filipinas. A aquella hora, Juana dormitaba en un ángulo de la cocina, acurrucada contra una de las cuatro vigas de *lawaan* (1), que hacen en Oriente las veces constructivas de los pilares y los muros de la arquitectura occidental, mientras Pinang terminaba de doblar la rigidez almidonada de la última camisa de mestiza. Hecho esto, se llegó a la próxima ventana y tiró los residuos del carbón quemado, al exterior.

En este momento Juana oyó un grito agudo de la muchacha, y al abrir los párpados vió que el cuerpo de Pinang se volcaba por encima de la ventana, trazando con las piernas un semicírculo en el espacio.

Una ráfaga de aire gimió lastimosamente y dejó susurros de nipa crujiente en la "media agua" de la cocina. Juana creyó que la muchacha se había caído y lanzó otro grito a su vez, poniéndose de un brinco sobre sus

(1) Madera dura que resiste la acción del tiempo y de la humedad.

pies y precipitándose contra la ventana llamando: "Pinang, Pinang." Pero no percibió ni el ruido de un cuerpo al caer sobre el suelo encharcado, ni el más leve quejido de dolor, ni la menor respuesta a sus angustiosas llamadas. La noche se había tragado a Pinang con la boca de su oscuridad.

Juana cogió el farol de petróleo que les había estado alumbrando y lo elevó sobre su cabeza, fuera de la ventana, para iluminar el exterior. A pesar de estar hecho con cierres especiales para resistir el aire libre y los vientos, el farol parpadeaba violentamente, poniendo claro-oscuros en el espacio.

—Pinang, ¡Pinaaang! —repetía Juana cada vez con más fuerza.

Pero aunque había dejado de llover, ni un sonido, ni una respuesta, más que el fuerte silsear del viento entre la exuberante vegetación tropical. De pronto, el farol iluminó el tamarindo gigante que a veinte pasos de la casa se elevaba ya por encima de ella, acariciando el techo con sus ramas. Una de éstas se quebró, desgajándose, y al tiempo que el aire vencedor se alejaba cantando su triunfo, Juana pareció escuchar un gemido humano, como una respuesta apagada, que se cortó mientras la rama se desplomaba sobre el suelo contra su propio tronco. Esto la alentó a seguir llamando y a bajar la escarpada escalera de bambú sin ba-

randilla, cuyos tramos estrechos—de ocho centímetros a lo sumo—estaban suspendidos sobre el espacio entre dos bambúes gruesos y enteros, donde se apoyaban sus extremos. Era ésta la escalera de servicio, descansando su parte inferior sobre el suelo y su parte superior contra una plataforma de madera incorruptible, que separa el cuerpo vivienda del edificio de la cocina y habitaciones para la higiene. Hace falta hacer un gran equilibrio al bajar y subir esta escalera sin balaustrada ni apoyo de ninguna clase, pero el indígena tiene tal hábito en ello que resulta una tarea corriente en las actividades de su agilidad.

Por razón de la oscuridad y del miedo, Juana la bajó más cautelosamente que de costumbre, con la mano derecha sosteniendo en lo alto el farol y la mirada volcada sobre el vacío negro y achaflorado.

A medida que bajaba se fué apoderando de ella el terror, y sus llamadas fuéronse ahogando y haciendo más débiles; ya cuando el farol iluminó las charcas y el bajo tronco del tamarindo, involuntariamente giró sobre la planta callosa de sus pies descalzos y aceleradamente subió la escalera.

Jadeaba. Un sudor frío humedecía su piel; toda la superstición del alma malaya despertaba en ella con la fuerza del atavismo, y en aquellos momentos tomaba proporciones de locura, agigantada por las circunstancias, la soledad, el gemir del viento, el oscuro caer de la lluvia y, sobre todo, la hora.

Era la una.

Toda la casa dormía.

Por más grave que fuera un suceso, el servidor nativo no concebía la falta de respeto de despertar a los amos. Esto le hubiera causado a Juana aún más terror que bajar de nuevo la escalera y seguir buscando a Pinang a la luz del farol agonizante bajo el viento y la lluvia.

Había otro ser en la casa a quien acudir: el criado. Tenía su habitación en el otro extremo; había que atravesar todo el espacioso balcón corrido que rodeaba la casa; se creería—aun tuvo fuerzas para un rubor—que iba a buscarle para un requerimiento amoroso.

Dudaba... Pero acostarse sin haber hecho todos los esfuerzos humanos por encontrar a Pinang resultaría monstruoso.

Recorrió el balcón. Despertó al criado.

Y la aurora, y el huracán cansado ya, y la luna, que atisbó a ratos por entre las rendijas de los nubarrones, les sorprendió con los ojos ávidos de percibir una forma humana por entre las malezas y el follaje, ropas y piel empapadas de lluvia, y una llamada angustiosa en los labios...

—Pinang. ¡Pinaang! ¡¡Pinaaang!!

* * *

Salió el sol. Anunció la desesperanza.

Rendidos, Juana y Felipe—que así se llamaba el criado—se sentaron sobre el borde de un canalillo, debajo de un gran árbol de *kabuli*.

—No hay remedio—gimió el criado—, es el *tamao*, el *tamao* que se la ha llevado.

Y cabizbajo, con los brazos extendidos sobre las rodillas, doblaba la cabeza en un gesto de desaliento irremediable.

Juana le miró con extraño mirar. La voz de Felipe tenía por primera vez una resonancia nueva. No era sólo la queja de la desgracia por la pérdida de una compañera; era algo más hondo, más sangrante, más de la médula del corazón. Pero Juana no acertaba, porque nunca había sospechado. Felipe la sacó de dudas.

—¡Y era lo que más quería!

—No lo sabía—replicó Juana con cierta sequedad.

—No lo sabía nadie. Ni ella. Pero parece talmente como si el corazón se me fuera a romper y necesito hablar.

—Habla.

—El buen Dios y yo lo sabíamos; y los pájaros, las estrellas, el sol y la luna, las flores y el campo, las cosas todas debían sospecharlo. Los compañeros, no; porque los hombres no saben más que cuando se les cuenta. Y no sospechan más que cuando le ven a uno agonizar.

Pero yo no agonizaba, porque creía firmemente que algún día iba a ser para mí.

¿Por qué no, si yo era quien más la quería sobre la tierra?

Mi esperanza volaba por el mundo, y era está risa de mi corazón lo que hacía sospechar a las flores, y a las estrellas, y a las cosas la existencia de mi pasión. El aire que desplazaban más alas iba contando mi secreto a los seres de lenguaje mudo. Y era feliz... Pero ahora, ahora no hay remedio; el *tamao* no devuelve a las mujeres que se lleva, porque, aunque retornen, no son mujeres para nosotros los hombres. Tienen que vivir otra vida, su tercera vida.

Juana sacó de su cintura un cestillo flexible que contenía *buyo*, tabaco, cal y *bonga* (1). Lo llevaba enrollado en el borde superior de su *patadiong*, ajustado al talle. Se puso a mascar, mordiendo primero un trozo de tabaco trenzado; luego untó la hoja de *buyo* con una pinceladа de cal húmeda y, doblada, se la metió en la boca. Finalmente royó un trozo de *bonga*. Ofreció luego el cestillo a Felipe.

—No, gracias. Yo no puedo permitirme nada agradable mientras ella sufre.

(1) Especie de nuez de coloración roja que se masca en Filipinas con tabaco, cal y la hoja del betel para excitar las glándulas salivares y desinfectar la boca.

—¿Sufre?—preguntó Juana, entre la salivación roja que inundaba su boca por efecto de la mascada.

—Sí, está viviendo su segunda vida.

—¿Cómo?—volvió a inquirir Juana.

—Resistiendo o cediendo. De todos modos es un sufrimiento; si resiste, porque las tentaciones son fuertes y el *tamao* tiene medios poderosos para rendir a sus víctimas; si cede, porque el recuerdo de su vida, de los seres que quiso y a quienes tiene que dejar, la inundan de una desesperada tristeza. ¡Ay Pinang, pobre Pinang!

El aire meció suavemente las ramas del copudo *kabiki* (1) y una lluvia de estrellitas de marfil viejo cayó sobre las cabezas de los dos servidores. El perfume puso más angustia en el corazón de Felipe. Su dolor continuó hablando:

—Quizás nos esté oyendo. Aunque nosotros no la veamos, ella puede vernos y escucharnos, pero no puede hablarnos. El *tamao* es cruel.

Y bajando la voz, ronca por el llanto que quiere brotar y se le pone un dique, continuó:

—Quizá también se esté enterando de toda

(1) Arbol gigantesco, de amplia y espesa copa, que da una flor diminuta abundantísima, de forma estrellada y coloración hueso, muy olorosa.

la ternura que para ella escondía mi alma; quizás sabe ya que la quiero; quizás me esté queriendo ella, y yo nunca lo sabré.

Felipe lloraba. Juana, emocionada, le acompañaba con un silencio de respeto.

El sol trepaba por las nubes que dormían sobre el horizonte y la brisa húmeda esponjaba el follaje. Las campanas de una iglesia comenzaron a tocar a misa.

—Vámonos, Felipe; nos va a buscar la señora y tenemos que contarle lo que ha sucedido—dijo Juana.

—¿Y para qué, si la señora no puede hacer nada?—replicó Felipe rebelde.

Pero se levantó y se dirigieron ambos a la casa. Al pasar junto al tamarindo vieron la rama desprendido la noche antes, y Juana recordó el gemido humano que precedió a su desgajamiento. ¿Sería un grito de Pinang escapado por la herida del árbol? La miró con recelo y aceleró el paso. En la cocina se encontraron con el cocinero, un malayo viejo que sabía mucho de la vida y de los duendes.

Le relataron lo acaecido.

—No cabe duda—afirmó Bucio (se llamaba Tiburcio)—. Está clarísimo, es el *tamao;* pero vamos a ver si le amedrentamos y nos la devuelve.

Y sacó de la vaina de madera ancha y aplastada, que pendía de su cintura, el gran *tali-*

bong (1) que llevaba siempre consigo para defenderse y para cortar leña menuda.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Felipe temeroso.

—Ya lo verás.

Y bajaron otra vez la escalera casi vertical de peldaños de bambú.

Juana no les siguió. Entró en la casa a dar cuenta a la señora de la desaparición de Pinang.

* * *

La señora María escuchó el relato de Juana con muestras de gran incredulidad.

—Juana, eres tonta de remate. Tú te quedaste dormida en la cocina mientras Pinang terminaba de planchar, y no te diste cuenta de su escapatoria. Pinang debía demasiado, y su madre sabía que va no podía ni pagar ni sacarme más dinero. Y prefirió liquidar la cuenta induciendo a su hija a huir. Es lo corriente. ¿no? Pero yo creía que Pinang nunca haría eso. Se equivoca una, Juana.

—Ah, señora—replicó Juana sin vacilaciones—, mis propios ojos lo vieron, que yo no porfío con los ojos de los demás. Pinang planchaba, Pinang gritó y Pinang se fué por el otro

(1) Cuchillo afilado y puntiagudo que lleva el malayo para su defensa y para cortar leña o trabajar la madera, el bambú, etc.

lado de la ventana, el lado hondo de la huerta.

—Y yo te digo que Juana soñaba, que Juana despertó, y al ver que no estaba Pinang pensó en el *tamao* y creyó que el sueño era verdad. Pero Juana no vió que Pinang se escapaba aprovechando la oscuridad y el ruido de la lluvia y del viento. Lo corriente, pero creí que Pinang no lo haría.

—No, señora, no—decía Juana cada vez más vehementemente, interrumpiendo a su señora.

—Bueno, Juana, no repliques y vete—cortó el ama con autoridad.

Juana comprendió que no podía seguir hablando. Salió de la habitación. Al cabo de un par de minutos volvió, pálida y presurosa.

—La vieja, señora, la vieja.

—¿La vieja?—preguntó la señora, comenzando a dudar—. ¿La madre de Pinang?

—Sí, señora—repliqué Juana con voz de triunfo.

—Dile que entre.

Mientras se iba, doña María, mi abuela murmuraba entre dientes:

—Si todo es una comedia más, esta vez la comedia va a terminar muy mal.

No era una comedia más. La vieja era inocente (alguna vez había de serlo).

Mi abuela, mujer de carácter entero y poco dada a escenas ni a emociones exteriorizadas, apenas hizo comentarios y acompañó a la vieja

hasta el balcón corrido, cinturón de la casa, para observar desde él los exorcismos del cocinero en torno al gran tamarindo. Pero sus ceremonias tenían poco de unción religiosa.

Daba vueltas alrededor del árbol corpulento, *talibong* en mano, mientras declamaba con voz solemne:

—Si no devuelves a la muchacha te corto dentro de tres días. Si no devuelves a la muchacha te corto dentro de tres días.

Y Felipe, guardando el ritmo y el tono, repetía también:

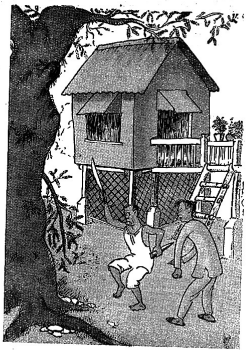
—Sí, sí, sí.

De pronto, la vieja se lanzó escalera abajo, hasta el lugar donde se proferían las amenazas, y alzando la rama desgajada con sus brazos morenos y sarmentosos gritó varias veces.

—¡ Y te quemaremos después de arrancar tus raíces!

Si no hubiera sido porque sucedía a pleno sol, la escena hubiera parecido de aquelarre. Bucio guardaba el ritmo con el movimiento de sus piernas y el sacudir del *talibong;* Felipe, inmóvil, asentía con su "sí" monótono, sumido en un respeto religioso, y la vieja se salía de la simetría y del ritmo con sus gritos desordenados a contra compás.

La señora no se atrevió a interrumpirlos. Al fin, el cocinero se paró en seco y dijo serenamente:



—Si no devuelves a la muchacha, te cortaré dentro de tres días...

—Basta ya, dentro de tres días nos será devuelta la muchacha.

—Sí—replicó Felipe, como un último eco de su anterior cantinela.

Y la vieja se mesaba los cabellos gimiendo:

—¡Ay mi hija! ¡Ay mi hija!

* * *

Tres días son tres brevísimos instantes dentro de una existencia, tres brevísimos instantes cuando discurren entre la placidez de una indiferencia y el no esperar. Pero si esos tres días llevan colgados de todas sus horas la solución de una vida, el momento decisivo, el rodar del dado que ha de poner boca arriba la respuesta del destino, se prolongan en años y pueden ser ya toda esa vida. Y este gran todo, encerrado en tres días, lo vivió Felipe bajo la tortura de un silencio que, a fuerza de callar, era un grito de dolor.

El pensamiento trabajaba como potro que pone en tensión dolorosa todas las fibras del espíritu, carne y tendón de las almas, sangre del sentir; dolor, dolor de imaginar lo que está siendo y lo que no es, interrogante, exclamación, hecho; garfio de tres puntas que desgarra cuanto más se pretende arrancar de la entraña. Tres días en blanco, tres fechas sin respuesta, y el gran temor de ver cumplido el plazo sin acontecimientos esperados.

Ni el primer día ni el segundo trajeron la devolución de Pinang. Y cada atardecer era una congoja que se aliviaba con la esperanza del siguiente amanecer. Pero cuando ya no faltaba más que una aurora, todo minuto que acercaba su llegada ponía desasosiegos más hondos. Los plazos encierran esperanzas, y éstas se esfuman a medida que aquéllos se van cumpliendo, sembrando de terror los límites. Porque tras ellos ya no queda más que un gesto de resignación o de desesperación.

Al amanecer el tercer día, Felipe no se sintió con valor para lanzarse al exterior y cerciorarse de la gran verdad. El *chacón* (1) había cantado varias veces durante la noche, escondido tras de la gran viga de madera que atravesaba su alcoba. Tampoco le había preguntado nada. Miedo de saber. Y por este miedo no se levantó con el alba, como los días anteriores. Quiso esperar a que le diesen noticias los demás.

Bucio fué el primero en examinar todos los alrededores para ver si encontraba rastro de la chica. Más tarde vino Juana, pero por más que miraron y buscaron, ni el más leve vestigio les anunciaba la devolución de la mujer desaparecida. Al fin vino Felipe.

(1) Lagarto que vive escondido tras las vigas de las casas, que canta con un toque repetido y al que se interroga con un "¿sí?", "¿no?", etc.

—¿Qué?—quiso interrogar. Y sólo salió un sonido sordo y cortado de su garganta.

—Nada. La han vencido y se queda allá —respondió Bucio malhumorado.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?—inquirió Felipe.

—Lo que tú quieras—contestó Bucio—, pero has de tener en cuenta que si cortamos el tamarindo morirá Pinang, a menos que el *tamao* la ame tan intensamente que prefiera perder su poder sobrenatural y se la lleve consigo a cualquier parte del mundo para vivir con ella.

Felipe jadeaba de rabia y de celos; su mansedumbre se hizo desvarío, se convirtió en crueldad.

—¡Corta el tamarindo—gritó—, corta el tamarindo! Es preferible que muera. Todo menos que pertenezca al *tamao*. Y si la salva y él se torna hombre, le buscaré y le encontraré, para llamarle ladrón de mujeres y matarle.

—Bien—replicó Bucio serenamente—; trae el hacha.

La trajo entre sus manos temblorosas y sobre la lividez de su piel.

Bucio la levantó muy alta y la dejó caer sobre el tronco centenario, pero al mismo tiempo que el golpe seco en la corteza se oyó un gemido de voz humana y en seguida un suspiro tristísimo venido de lo más alto del árbol. Todos levantaron la vista, y allá, en lo más

elevado, encima de tres diminutas ramas, que normalmente apenas hubieran sostenido el peso de una paloma, se hallaba Pinang, con el cuerpo en el aire, agarrada a unos tallos, los ojos muy abiertos, hipnóticos, ausentes.

Juana comenzó a dar gritos, pero Bucio se llevó, en actitud hierática, el índice a los labios para imponer silencio, y trepó por el tamarindo, seguido de Pelipe.

La entraron en la casa desmayada, con una herida en el pecho, como un corte de arma blanca, sobre el punto mismo donde se tiene el corazón. Estuvo cinco horas sin volver en sí. Cuando abrió los ojos ya había venido del médico y el cura. Este la declaró poseída del demonio y ordenó que la atasen con unas correas sagradas y que encendiesen a ambos lados de su cama dos velas benditas.

Pero a los pocos instantes las correas se desataban solas y las velas se apagaban. Cuantas veces se insistió volvió a ocurrir lo mismo.

El médico mandó que se le administrase un antiespasmódico. Ni él ni el cura pudieron hacer nada por ella.

Siguió viviendo automáticamente, sonámbula de todos los momentos, muda, con los ojos muy abiertos, hipnóticos, ausentes. Sólo cuando dormía, el subconsciente hablaba. Y Felipe, ávido de saber, la escuchaba y la interrogaba.

Juana también la velaba y se enteraba de lo que decía.

—¡Qué blanca, qué blanca, qué blanca! ¡Y qué olorosa!—decía Pinang dormida.

—¿Qué cosa era blanca?—susurraba Felipe.

—La morisqueta.

—¿Y cuál era olorosa?

—La vianda.—Y sonreía.

—¿Comiste?—interrogaba Felipe con angustia.

—¡No, no, no!—gritaba aterrorizada. Y despertaba.

—¡Pinang, Pinang!—continuaba Felipe—. Pinang, habla, cuéntame; quiero saber, necesito saber.

Pero Pinang, despierta ya, enmudecía, con los ojos muy abiertos, hipnóticos, ausentes.

Alguna vez llegó a decir:

—No me acuerdo; ¿dónde estoy?

Otra vez, dormida, balbuceaba:

—Me miraba. ¡Qué ojos tan grandes! ¡Me pedía amor!

—¿Y tú se lo diste?

Tardó la respuesta. Y luego:

—¡Felipe!—murmuró Pinang con ternura.

Toda el alma del criado se vertía en la media vida de la muchacha y miraba sus labios con veneración, ávido de que siguiesen moviéndose, de que hablasen también en la consciencia.

—¡¡Felipe!!—repitió ella más inefablemente.

—¿Qué más?—dijo Juana, viendo que Felipe no sabía ya interrogar.

—Me buscaba, lloraba...; yo también lloraba.

—¿Por qué no respondías?

—Yo oía, yo veía...; no podía hablar...; lengua de corcho me pusieron.

—¿Por qué llorabas?—gimió Felipe.

—Era fuerte, me vencía..., y Felipe lloraba por mí.

—¡Pinang! ¡Pinang!—llamaba el criado, para despertarla, para impulsarla a que siguiese hablando fuera del sueño.

Pero ella, en la media luz del subconsciente, decía:

—Iba a vencerme cuando el filo del hacha me hirió en el corazón. Mi sangre le hizo temblar y yo le escupí. ¡Malvado..., malvado...! Pero vino la luz.

—¡Pinang! ¡¡Pinang!!

Y Pinang despertó.

—¿Me quieres? ¿Me quieres? —repetía la locura de amor de Felipe.

Le respondió la mudez de siempre, aquellos ojos tan abiertos, hipnóticos, ausentes.

* * *

La tercera vida de Pinang fué una sombra continuada y alargada, como esas sombras de los ocasos. No era ni de este mundo ni del otro,

al cual perteneció durante su segunda vida, dentro del palacio que encerraba el tamarindo.

La señora María, mi abuela, la conservó en su casa por el cariño y la consideración que la tenía. Y en ella murió joven, sin descifrar el misterio de su secuestro.

Sólo quedó como un testigo, a lo largo de los tiempos, la cicatriz que dejó el hacha en el tronco del árbol, perpetuación de la otra cicatriz sobre el corazón de la muchacha. Y cuentan que tanto el hacha como la herida del tronco se tiñeron de sangre aquella mañana, como si la savia de la carne abierta hubiera rezumado a través del árbol hasta el exterior. Y que todos los años, en el aniversario de estos sucesos, vuelven a teñirse de un color rojizo los bordes de la corteza sin cerrar.

Desde aquel año también, el fruto del tamarindo, que sus dueños ofrecían como especial regalo a mi abuela por su extraordinario dulzor, se tornó agrio, y dejó de enviarse el obsequio. El árbol no se ha secado aún, pero paulatinamente las hojas menudas y olorosas vanse tornando cada vez más amarillas.

Y cuenta Bucio que ello se debe a que el *tamao* se está muriendo también lentamente.

Quién sabe si de amor por Pinang, la muchacha malaya, dulce y callada, que vivió tres vidas; su vida propia de niña y mujer; la otra, breve, pero dolorosa en la lucha contra el amor

de un duende, enmarcada por la magnificencia de un palacio encantado, y la tercera, sombra de ocaso que arrastró tras sí dos sombras más: la del *tamao*, marchitando su fuerza vencida en el amarillear del tamarindo, y la de Felipe, que ya no supo amar a ninguna otra mujer.

Así me lo contaron, y así lo cuento.





EL TIC-TIC

Había llovido tanto que los niños no pudimos salir. Hubimos de quedarnos en casa, mirando, desde la amplia veranda, las gotas que colgaban y caían de los extremos de las nipas, cubierta del anchísimo alero que protegía la galería abierta del embate del turbión. Esta visera pajiza presta, al mismo tiempo, sombra fresca a la galería en las horas de calor.

Cuando anocheció, la humedad nos empujó al interior de la casa, refugiándonos en el comedor, que era como una continuación vertical de aquella parte de la veranda donde desembocaba la amplia escalera.

Jugamos a la *chonca* (1); Juana nos ganaba.

---

(1) Juego filipino que se juega en un bloque de madera donde se han hecho dos hileras paralelas de diez agujeros cada una.

Jugamos al *balinsay* (1); Juana nos seguía ganando.

Yo me aburría y llegué a incomodarme. ¿Por qué ganaba siempre Juana? "No valía."

Le di un manotazo a los *sigays* (2) y pedí la cena. Tenía entonces siete años, muy independientes y muy voluntariosos.

—Es temprano todavía—me replicó cachazudamente Juana.

—Pues yo tengo hambre y sueño.

El perder me había puesto de mal humor. La luz del quinqué, de llama picuda, que lamía el tubo, pintándolo de negro, aumentaba mi sueño.

—Limpia el tubo, Juana—grité impaciente.

Juana no respondió. Tampoco limpió el tubo.

—Ven acá—me dijo al fin—, te voy a enseñar a ganar a la *chonca*.

—No quiero, no quiero—respondí con mala educación.

Mis hermanos protestaron:

—Déjala, Juana; no la hagas caso. Enséñame a mí—pedía con ilusión el pequeño.

—No, que los *sigays* son míos y no quiero.

(1) Juego vasayo.
(2) Caracolillos para jugar a la chonca, al balinsay, etc.

Los metí en un saquito y me di importancia. La necia importancia del propietario.

—Juana, déjala sola y cuéntanos un cuento —propusieron mis hermanos.

Pero los perros comenzaron a ladrar de tal forma que nos asustamos y mi padre se asomó a otear la oscuridad. La lluvia se desplomaba sobre el ladrido de los animales. Al fin surgió por el hueco de la escalera un paraguas que, al cerrarse, dejó ver una cabeza de mujer cubierta con un pañuelo pardo. Los perros dejaron de ladrar y movieron la cola para saludar a la mujer. Era la costurera, y la conocían. Traía un parche negro, redondo y perforado en su centro, pegado sobre cada sién. Y en su cara algo raro que mi corta edad de entonces no llegó a descifrar. Debía ser esa expresión característica, atenuada, de angustia moral, que asoma muy levemente al rostro del malayo.

—Buenas noches, señor—saludó.

—Cristina, ¿qué pasa? A estas horas, con este temporal...

—El niño, señor; seguramente se va a morir... Tiene muchas convulsiones. Continuamente le está pellizcando el *tic-tic* (1).

—El *tic-tic*, Cristina—replicó mi padre—, no

(1) Hombre-duende.

existe. No digas tonterías. El niño tendrá algún trastorno. Mañana le verá el médico.

—Ay, señor, le vió ya y le mandó medicinas; pero el niño vomita todo y tiene mucha calentura.

—¿Qué le dais de comer?

—No quiere ya comer; ni el *balignon* (1), que tanto le gustaba, quiere ya.

—Pero mujer, eso es una barbaridad; darle *balignon* a un niño tan pequeño.

—El tío Tano nos dijo que le diésemos todo lo que quisiera, porque no había enfermedad. Que todo era el *tic-tic*, y había que desagraviarle.

—¿Cómo?—inquirió mi padre.

—Primero nos preguntó si teníamos dinero para comprar un cerdo. ¿De dónde iba yo a sacar el dinero si el *palay* (2) que sembramos el año pasado se lo comió la langosta? El tío Tano dice que tampoco fué la langosta, sino el *tic-tic*.

—Bueno, ¿y quién es el *tic-tic*?

—Sospechamos, amo, que sea *Por siempre*, el vaquero que vive solo en los pastos del Calatcat.

—Eso es ridículo, Cristina; el pobre loco

(1) Pescadillos transparentes, salados y calcinados al sol.

(2) Arroz que tiene su cáscara.

que apenas tiene fuerzas para cuidar las vacas mansas.

—Ah, señor, apenas tiene fuerzas; pero como es *asuang* (1), como es *tic-tic*, ya sabe el amo que tienen poder escondido esos hombres espíritus.

—Y el tío Tano, ¿quién es?

—Mediquillo, señor; conoce las hierbas para curar y las mezclas para vencer a todos los *asuangs*.

—Y ¿qué ha hecho, por fin?

—Pidió una gallina (porque no podíamos darle el cerdo) para hacer el sacrificio. Le extrajo la hiel, la mezcló con sangre, la echó mucha sal y con ello pintó al niño todos los agujeros de su cuerpo. Así el *tic-tic* no podrá entrar.

—Y luego?—preguntó mi padre ya impaciente.

—Luego, amo, colgó la gallina fuera de la ventana para que los espíritus contrarios al *tic-tic* se contentasen y vencieses a éste. Por la mañana ya no estaba la gallina. Los espíritus se la habían comido. ¡Aceptación del sacrificio, señor!

—Y el niño sigue peor. ¡Qué idiotas sois todos! Tráeme las botas, Juana, y el capote.

(1) Nombre general para los duendes, espíritus malignos, etc.

—Se va usted a mojar, señor; yo quería que me diera "algo nada más", a ver si se le quitaban las convulsiones y podía dormir.

—¿Y qué le voy a dar, si no sé lo que tiene?—respondió el amo malhumorado.

Se calzó las botas altas de goma y se puso el impermeable.

—¡Ay señor, ay señor!, que llueve mucho —gimoteaba la costurera.

Pero mi padre había bajado ya las escaleras seguido de un criado que llevaba el farol de campo. Cristina bajó tras él.

* * *

Nosotros, boquiabiertos, habíamos escuchado todo el relato de Cristina, y cada vez más medrosos nos habíamos apretujado junto a Juana. Apenas se hubieron marchado, preguntó:

—¿Y por qué no puede entrar el *tic-tic* en el cuerpo del niño cuando le pintan todos los agujeros con sangre y hiel de gallina?

—¿Y qué es el *tic-tic*? —inquiría al mismo tiempo el más pequeño de nosotros.

—¿Y qué culpa tiene el niño para que le quiera matar y le pellizque?—interrogaba el mayor.

Juana impuso silencio con la promesa de contárnoslo todo. Callamos a fuerza de curiosidad.

—El *tic-tic*—comenzó Juana—es un hombre y un espíritu malo al mismo tiempo; o sea, que es mitad hombre mitad duende. Pero los demás seres humanos no sabemos si un hombre es *tic-tic*, y así puede vivir entre nosotros. Cuando ríñe con alguien o cuando otra persona le hace mal, o simplemente si por envidia o por conveniencia suya quiere hacer daño a quienes le desagradan, el *tic-tic* se marcha a un bosque lejano, busca un paraje muy cerrado, un escondrijo seguro, y allí se convierte en duende, separando su cuerpo, de cintura para arriba, de la otra mitad, de la de las piernas. Esta la deja escondida entre el *cogon* (1), el *tigbaw* (2) o las cañas espinas y musita unas palabras mientras se aplica un ungüento de sebo de *iguana* (3) mezclado con cenizas de alas de murciélago, frotándose con ello los hombros. De esta manera consigue que le salgan alas también, y se marcha volando por los aires. Siempre tiene un pájaro amigo que le acompaña y que canta en la noche *tic-tic, tic-tic, tic-tic*; ¿no lo habéis oído alguna vez?

—Ay, siii—contestamos a coro, en prolongado chillido. Y nos refugiamos en el regazo

(1) Planta gramínea de Filipinas.
(2) Especie de carrizo.
(3) Lagarto negro muy grande.



—Se convierte en duende separando la mitad de su cuerpo...

de Juana, que tuvo que arreglarse el *patadiong*.

—Sigue, sigue—la presionamos.

—Esperad un poco que voy a tomar la mascada.

—Cuenta mientras la tomas.

—No puedo, tengo que mascar bien la *bonga* y el tabaco.

Había acabado de doblar la hoja del betel, envolviendo la cal, y se la metía en la boca. Nosotros, nerviosos, comentábamos. Uno iba a matar a todos los *tic-tiques* cuando fuese "grande". El otro pintaría la casa con sangre y hiel de gallina muy saladas. Un tercero acabaría con los pájaros, para que no le acompañasen. Yo no decía nada. Tenía miedo, espanto..., dudas. No llegaba a creer lo que había oído.

Juana se levantó del suelo, donde nos hablamos sentado, pero nosotros la sujetamos fuertemente.

—Huuu, huuu—gesticulaba, haciendo ademanes de querer escupir.

Agarrados a sus piernas la seguimos. Fué hacia la veranda y se inclinó sobre la barandilla. La oscuridad nos aterró y, soltando a Juana, nos refugiamos otra vez en el comedor, lanzando agudos chillidos. Cuando volvió, la rodeamos medrosamente. Y ella continuó así:

—Pues si alguna vez volvéis a oír el *tic-tic, tic-tic* del pájaro que acompaña al *asuang* y

queréis que desciendan ambos a vosotros, ponos en la oscuridad y frotad el borde destemplado del *bolo* (1) contra su vaina de madera, haciéndola rechinar. ¿Queréis que lo probemos?

—Ay, no, no, no—todos a la vez.

—Bueno, pues sigo—replicó complaciente—. El *tic-tic*, volando, volando, se va a hacer sus fechorías. Unas veces roba los niños y los deja en mitad de un campo lejano; pero casi siempre lo que hace es meterse debajo del tejado de la casa donde quiere hacer el mal y, situándose encima de la habitación del niño o de la persona a quien desea perjudicar, espera a que se quede dormido. Entonces convierte su lengua en un hilo finísimo de acero invisible y la deja caer sobre el cuerpo de la criatura, introduciéndosela dentro del hígado. Comienza a chuparle lentamente la hiel, hasta que el niño se pone enfermo, adelgaza y se muere.

—Ah, pues eso es lo que le pasa al niño de Cristina—dije yo.

—Seguramente—replicó Juana.

—Y después de pintarle con sangre, hiel y sal, ¿se va a poner bueno?

—No sé. Lo que más le gusta al *tic-tic* es la sangre y la hiel, pero la sal es un veneno

(1) Cuchillo grande, o especie de machete.

mortal para él; por eso, para tentarle el apetito, se la mezclan con aquello. Si al introducir la lengua por el agujero, para llevarla al hígado del niño, lame, aunque sea muy levemente, esa mezcla, queda envenenado con la sal y muere. Y si respeta el cuerpo de la criatura por miedo a la sal, entonces se salva también, porque ya no le sorbe su hiel. Ah, pero hay *tic-tiques* (desde luego los menos) que tienen tal fuerza de voluntad, tan encarnizado odio a su víctima, que consiguen llegar hasta el fin, sin tocar la sangre y la hiel saladas. Y así consiguen matarla.

—¿Y por qué no le cortan la lengua dando tijeretazos por encima de la cama del enfermo?—preguntó ingenuamente el hermano más pequeño.

—Porque la lengua del *tic-tic* no se puede mellar más que con una tijera que haya cortado alguna vez el ombligo de un niño que nació *tic-tic* también. Y es muy difícil encontrar tal tijera.

—Que prueben con todas las del mundo—exclamó el chiquitín entusiasmado, creyendo haber hecho un descubrimiento.

—Calla, tonto—replicó el mayor. Y continuó—: Pero, Juana, ¿tú crees que Blas, el vaquero del Calatcat es *tic-tic*?

—Eso dicen, porque desde que riñó con Roque, el hijo mayor de Cristina, a aquél no le

han sucedido más que desgracias. Y ya veis ahora..., el único hijo que le queda...

—¿Por qué le llaman *Por siempre*?—interrumpió otra vez el nene.

—Calla, o te ahogo—amenazó el mayor.

—Porque en Semana Santa y fiestas del pueblo se ponía en la plaza a pedir limosna, repitiendo el estribillo "Por siempre jamás bendito y alabado..."

—Por eso es un rezo, Juana, y los espíritus malos no rezan—observé yo.

—Cuando son espíritus endemoniados, no; pero cuando son hombres, sí. Además, eso lo hacía antes.

—Bueno, bueno—interrumpió impaciente el mayor—, ¿Qué pasó con la familia de Cristina y con su hijo Roque?

—Es muy largo de contar y se va haciendo tarde.

—No importa, no importa—insistimos todos.

—Pues cenad primero, y así, mientras coméis, os iré relatando la historia, para que, aunque os quedéis dormidos, os pueda acostar cenados ya.

—¡Si no nos dormimos!—respondimos a coro.

—Ya lo veremos.

Puso la mesa, si así puede llamarse el colocar sobre ella un plato para cada uno, con una cuchara chica, la *morisqueta* (1) y las viandas frías que sobraron del mediodía, el jarro de la leche, la cafetera y el azucarero.

Llovía seguía cayendo y el viento silbaba medrosamente entre el arbolado y contra las *nipas* del alero. Aquella noche de aguacero tropical, mientras agonizaba el nieto de Cristina, la costurera, Juana nos contó esta historia:

El vaquero del Calatcat

Hacía varios años que Blas había ido a trabajar a la hacienda. Antes sirvió de criado en la casa del cura de La Carlota y había ayudado a misa alguna vez. Por eso conocía las oraciones de la religión católica. Las fiestas más celebradas en la localidad eran las de Semana Santa y la de la patrona del pueblo, Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje. En esos día acudían a los festejos todos los braceros de las haciendas vecinas, con sus familias, vistiendo trajes nuevos. Calzaban zapatos cuando venían y durante las ceremonias, pero

(1) Arroz cocido con agua, sin sal ni grasa.

generalmente regresaban con ellos en la mano. Era mucho sacrificio para un pie acostumbrado a la santa libertad.

Blas se iba haciendo mocito y gustaba de la tarea de repartir estampitas y hojas impresas en la puerta de la iglesia. Así recreaba la vista con las caras de las dalagas morenas, de pelo largo, lustroso, negro, y piel limpia, que acudían gozosas a las fiestas del pueblo. Pedía al Parí Juan que le dejase poner orden en las procesiones. Esto le proporcionaba ocasiones para agarrar suavemente del brazo a las que se salían de la fila, colocándolas en su sitio, o de recoger cortésmente la chinela que abandonaba el pie cuando la de atrás pisaba el talón a la rezagada. Por estos galanteos las dalaguitas dulces le daban las gracias con una sonrisa diluída en el rubor. Encantador despertar de su alma y de su sangre, que fueron los años más gratos de su vida. Como llevaba muchos al servicio del Parí Juan, conocía ya los grupos de los jornaleros y las haciendas de donde venían.

Primero llegaban los de la hacienda Cristina y los de San Roque, por ser las más cercanas al pueblo; después los de Cubay, los de la hacienda Fe, los de Candaguit, los de la Helena, los de Caiñamán. Los últimos eran los obreros de las haciendas del monte, la San Antonio, la Danao, etc., etc.

De la hacienda Caiñamán solía venir una chiquilla feúcha, pelo pardo y un vestido de un rosa fuerte, que cada año le estaba más corto. La pobre Doric (se llamaba Teodorica) no estrenaba más que zapatos blancos, porque los del año anterior se le quedaban chicos. Blas la hacía rabiar.

—Qué corto te han hecho el traje este año.

La chiquilla le miraba con ojos salvajes, llenos de ira.

Y al año siguiente:

—Este color me gusta más que el del año pasado, pero se te ven las enaguas.

—Son nuevas—decía la chica, sacándole la lengua.

—Ya se conocen, pero están bien porque te tapan algo las piernas.

—Animal, *bastás* (1)—insultaba la otra.

Blas se reía, hasta tropezar con una cara bonita que le dejaba muy serio. Sin embargo, no pasaba de mirarla. Cuando se iba la gente y se quedaba solo en la iglesia, entre las velas apagadas y el olor a cera e incienso, despertaba dentro de él una sensualidad que no sentía entre las mujeres. Era la soledad, la oscuridad y el olor de lo sagrado lo que desencadenaba el correr de su sangre a través de las imágenes vistas, de los recuerdos de la tarde. Y enton-

(1) Ordinario, basto, grosero.

ces se prometía a sí mismo ser más hombre en la siguiente ocasión. Pero tan pronto como volvía a zambullirse en el ir y venir de las gentes, el ruido, las luces, el chicoleo, la visión cromática de los *patadiones* (1), el volteo de campanas y el ritmo de la música, una nerviosidad infantil se apoderaba de él y lo alejaba de aquella conducta que se había prometido.

Cumplió diecisiete años. Doric tenía ya quince. Había estrenado el año anterior un traje azul, igual al viso de los volantes de encaje que llevaba el carro de la Virgen. A Blas le sigmió pareciendo cursi, aunque no tan fea. Se había cruzado en sus sueños también, muy levemente, cuando se quedaba solo entre el vaho de la fiesta—olor humano, cera e incienso, sopor de oscuridad y de silencio—, después de la última festividad. Las explosiones se hacían cada vez más fuertes. En cambio, su nirvana sentimental iba acentuando en el aletreo de las ceremonias. Deseó la llegada de la fiesta siguiente para volver a ver a Doric y fijarse mejor. Intervalo de unos meses. Las señoras y señoritas llegaron a la iglesia unos días antes para proyectar el arreglo de la carroza de la Virgen. Blas les abrió la puerta y las atendió. La vispera de la fiesta volvieron para colocar

(1) Funda amplia, inconsátil, que hace las veces de la falda entre las indígenas.

volantes y encajes, velas y flores artificiales. Las naturales no las ponían hasta última hora. Se barrió la iglesia, se cambiaron los *amacanes* (1) del suelo: hubo ensayos de himnos y cánticos sagrados bajo el resuello fatigoso del órgano. A las cuatro de la tarde todo se hallaba listo. Blas, también. Había pedido al Pari Juan que le dejase cooperar en el mejor orden de la fiesta vestido de paisano. El Pari le miró de pies a cabeza y le dijo:

—Sí, ya eres un hombre, lo comprendo; queremos presumir, ¿eh?

Y presumió lo suyo. Dió órdenes, disolvió grupos en la puerta, repartió consejos para la mejor organización y habló con las damas.

Llegada la hora de comenzar había pasado un rato de angustia indefinida. Los de Caiñamán no venían. Ningún grupo comentaba el motivo. El carácter oriental de los nativos les baña en una pusilanimidad fatalista que les aleja de las extrañezas y de las alusiones ante hechos que no revistan demasiada gravedad. Pero Blas había esperado la llegada del grupo con un deseo abstracto y se impacientó al no verles venir. Aventuró a comentar:

—¿Qué ocurrirá con los de Caiñamán que aun no están aquí?

(1) Esteras fuertes tejidas con tiras de corteza del bambú.

—Ya vendrán.

Y un viejo murmuró:

—Alguna dalaga que se ha compuesto más de la cuenta.

¡Alguna dalaga! ¿Doric quizás? Pero ¿por qué se emocionaba al pensarlo si siempre le había resultado fenchilla y sin gracia? Dió varios paseos por delante de la puerta, para otear con disimulo el camino por donde habían de llegar. El volteo de las campanas, que avisaba la salida de la procesión, le empujó hacia el interior de la iglesia, donde debía formarse el cortejo a ambos lados de la imagen. Olvidó un momento a los de Cañamán, colocando niñas, justamente delante de la carroza de Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje, inmediatamente detrás de la cruz y los ciriales. La procesión no llevaba más que esta carroza. Y después de ella, más niñas, las hijas de los jornaleros, recién venidas de las haciendas. Allí debía estar Doric, entre las últimas por ser ya mayorcita.

La procesión se puso en marcha; se encendieron las velas con lumbre que iba ofreciendo Blas, y él también salió de la iglesia. Fuera había gente agrupada y los curiosos que sólo querían ver a la Virgen sin intención de acompañarla por las calles del pueblo. Blas apartaba a la muchedumbre para abrir paso a la procesión. De pronto, una mano le agarró suavemente del brazo, y al mismo tiempo una voz femenina le interrogaba:

—¿Dónde me coloco, Blas?

No conoció la voz y se volvió. En el primer instante tampoco conoció a la mujer que le hablaba. Llevaba saya encarnada y camisa de *sinamay* (1) rosa, con un bordado de ramitos de hojas verdes y florecillas azules. Echado por encima del hombro izquierdo, un pañuelo de seda blanco, doblado en punta y recogido, en vez del pañuelo tieso almidonado, que, cual una pajarita de papel policromada, descansa sutilmente sobre los hombros de la camisa de mestiza. Pero reconoció la sonrisa. ¿Y esos dientes tan blancos los había tenido siempre? ¿Y ese desdoblamiento de los ángulos de la boca, derramando toda un alma femenina sobre el rostro moreno? ¿Y ese algo nuevo, sin descubrir, que ahora era rosa, perfume, promesa, vida, mujer? ¡Mujer sobre todo! ¡Mariposa vivaz policromada, resucitada del sepulcro feo de su crisálida!

—¿Dónde me pongo, Blas?

Blas pensó sacrílegamente: "En la carroza; si estás tan bonita como la Virgen."

Pero la procesión avanzaba, avanzaba. Y el párroco, con lentes calados, se acercaba.

—Espera aquí un poco; en seguida vuelvo.

(1) Tela muy fina de abacá y piña.

Y fué despejando el paso hasta la calle a través del patio relleno de multitud. Así que hubo pasado el Pari Juan, retrocedió hasta Doric. Cruzaba delante de ella la carroza de la Virgen. En el rostro de la imagen rompían todas las luces, las del sol y las de las velas: florecían todas las rosas, las del huerto pueblerino y las de la fe. Volaban las campanadas con la alegría del que escapa de un encierro, palomas invisibles que se meten por el oído hasta el alma, hasta la sangre muchas veces. Blas las sintió. Hubiera querido coger en brazos a Doric y decirla:

"Tú no vas. Te quedas conmigo para que me cuentes cómo ha sido este milagro."

Haberla llevado a la iglesia oscura, de luces apagadas y olor a masas, a ceremonias, silenciosa, callada, donde él se sabía sentir tan hombre. Pero, como siempre, el vértigo le puso un freno.

Doric veía que su puesto habitual de otros años desfilaba y se alejaba ocupado por otra.

—¿Dónde me coloco, Blas? —insistió al verle indeciso, inmóvil, dentro de una mirada larga que la envolvía.

—Espera todavía; tú no puedes ir con las niñas. Eres ya una *dalaga*.

• • •

Habló brevemente con ella después de la procesión, pero como era tarde y había hora y media de camino hasta Cañamán, el grupo partió tan pronto como consiguió reunirse. La evocación dentro de la iglesia, apagada, sola, saturada de olores, tuvo gritos de misticismo y de carnalidad. Blas se arrodilló ante la carroza, cansada de su paseo triunfal, y rezó una salve, plegaria a la madre de Dios y madrigal del subconsciente a la mujer. El llevaba una dentro de su alma. Quería que la Virgen no le abandonase; más aún, que fuese su madrina, que le acogiese bajo su favor, que le ayudase a conseguir el amor de aquella chiquilla feúcha, ridícula de ayer. Que hiciera el milagro de despertar en ella la flor de maravilla a través de tanto espino como él había sembrado en su alma con sus burlas.

—Que no lo tome en cuenta, que no lo tome en cuenta y que sepa perdonarme —le rezaba a la Virgen.

Y prometió ser más bueno si la Virgen se lo concedía.

No se sintió con fuerzas para vivir alejado de ella y se despidió del servicio del señor cura. Le dijo que ya era un hombre y quería trabajar en una hacienda, ahorrar, ser aparcero algún día. Como no debía nada, le fué fácil irse, y más fácil aún ser admitido al trabajo en Cañamán. Finalizaba enero y se estaba molien-

do la caña para hacerla azúcar. Había necesidad de obreros en el *camarín* de la molienda. Blas entró para surtir el carril conductor con nuevas cañas a medida que se iban prensando las anteriores. Los tres cilindros de acero rayado las mordían escupiendo *bagazo* por un lado mientras el zumo escurría por sus lomos hasta un canalillo inclinado que llevaba el arroyo dulce a los enormes calderos donde se cocía. Con un saco de arpillera sobre el hombro hacia su faena.

Era la estación seca y el sol lucía espléndorosamente. Los jornaleros cantaban mientras trabajaban. A veces surgía del *camarín* una bandada de gritos y un repiqueteo de utensilios, un clamor salvaje, enardecido por el cansancio y la visión del amor. Era que por delante del *camarín*, a cien metros de distancia, sobre la calzada polvorienta, pasaba una mujer. O varias mujeres.

Blas procuraba buscar a Doric en los ratos de descanso e iba a su casa por las noches, después del trabajo. No tardó en hacerse querer. Su trato refinado, adquirido en el contacto con la casa parroquial, le destacaba entre los otros obreros, gentes del monte y del interior de las provincias, reclutados para la recolección de la caña, para la industria del azúcar moscabado. El resultaba un señorito entre ellos. Y esto halagaba a Doric.

Pero había otro pretendiente por medio, un hombre ya maduro, que trabajaba a destajo y tenía obreros a su servicio. Había adquirido una pequeña parcela de tierra acogiéndose a la ley del *homestead*, que distribuía las tierras vírgenes, sin desmochar, y había salido incólume de la prueba. Quiero decir que no le mató el paludismo y consiguió hacer ahorros. Vendía su *palay* todos los años. Tenía tres vacas y un *carabao*. Era un rival demasiado poderoso para Blas, porque los padres de Doric eran pobres y llevaban muchos años soñando con el precio de la hija. Digo esto sin ánimo de escandalizar a nadie. Los hijos suelen tener siempre un precio, más o menos disimulada la venta, según las pretensiones de civilización que tenga cada país. Las fortunas de los pretendientes, en los países europeos, se cotizan siempre, y las dotes sirven para la compra de un marido. También se ha instituído que las almas den dinero, en algunos casos, para ser esposas del Señor. Pero no es culpa de las almas ni del Amor, sino de los mercaderes del templo. Los padres de Doric eran buenos mercaderes. Habían tenido la suerte, además, de que a la chica le saliera un pretendiente con algún dinero, que, según la costumbre, había de probar su amor aportando a la casa paterna su salario durante un plazo prudencial y rematar su aportación con un regalo valioso. El plazo oscilaba entre

un año a tres, tiempo que se consideraba suficiente para familiarizarse con la muchacha, conquistarla si había resistencia y dar a conocer al pretendiente como carácter y como hombre. Desde luego, la muchacha resistía. Era joven, y el pretendiente, tartamudo, viejo y con unas calvas repugnantes en la cabeza que la tiña le dejó de muchacho. La prueba iba a prolongarse hasta el máximo: tres años. El pretendiente viejo cumplía pródigamnente e iba preparando el regalo final. La muchacha no le quería: amaba a Blas y le buscaba. El sabía todos los sitios donde podía hacerse el encontradizo y no faltaba nunca. Doric tardaba mucho en regresar cuando iba por agua al manantial; volvía ya oscurecido y sus padres la reñían.

A Blas no le quedaba más que un camino: ahorrar y ver si podía llegar a tiempo para arrebatarle la prenda al viejo. Pidió al amo un empleo de vaquero en el Calatcat y un pedazo de tierra para sembrar *palay*. El amo le dió el empleo, pero le negó el terreno.

—Si te doy el terreno no te vas a ocupar del ganado. Y a mí lo que me interesa son las vacas.

Se resignó. Quizá más adelante convencería al amo. De todas maneras, en el Calatcat podría tener una huerteccita, recoger plátanos y *camote*, *buyo* y *bonga* y venderlo todo en el

pueblo los sábados. Por vivir alejado del caserío de los jornaleros ganaría más sueldo. Vería menos a Doric. Esto era un inconveniente, pero se sacrificaría, porque era el único camino.

* * *

Corría el cuarto mes del tercer año de la prueba.

Blas llevaba ya dos en el Calatcat. Las vacas estaban gordas y lustrosas. Las buscaba los mejores pastos, las llevaba a beber con frecuencia, las resguardaba de los rayos del sol en las horas de más calor. El amo estaba muy contento con él. Además, había aprendido a cuidar a los chotitos y no se le moría apenas ninguno. Le dieron una gratificación por Navidad. Blas creyó llegado el momento de pedir, una vez más, al amo la aparcería de *palay*. Le aseguró que podía cuidar de su siembra y de las vacas sin perjudicar a éstas. El amo le dijo que *no* otra vez. El quería un buen vaquero; le pagaría más sueldo, pero la *aparcería*, no. Blas se retiró humildemente.

* * *

Corría el sexto mes del último año de la prueba. Empezaba a sobresaltarse. Con los ahorros y con el producto de lo que vendía no podría comprar la vaca que necesitaba dar a los padres de Doric para que se la concedie-

sen. Comenzaba a desesperar, y algunas veces no podía remediar el llanto. ¿Estaría enfermo? Llevaba una época de mucho trabajo. Las vacas parían con frecuencia y había de pasarse las noches prestándolas cuidados. Los chotos necesitaban también especial atención. El se la daba, pero le resultaba penosa la tarea por una especie de exacerbación de su sensibilidad. Los mugidos de dolor de las madres le causaban dolor a él también; la presencia del choto recién nacido le inundaba de ternura. Cuando la madre descansaba ya y la cría quedaba instalada cálidamente sobre la paja de *palay*, Blas volvía a su choza de caña y *nipa* y no conseguía conciliar el sueño en su camastro de bambú. En esas horas se agarraba más a él la solución de su problema. No podía renunciar a Doric; era joven, ella también y se querían. La novia comenzaba a impacientarse; sólo faltaban seis meses para dar su consentimiento y aun no se vislumbraba nada que la pudiese redimir del compromiso.

Al día siguiente, Blas iba a ver al amo y le daba cuenta del nacimiento del choto. Los otros nueve que habían nacido antes estaban perfectamente; las madres, inmejorables. Cuando volvía sacaba el ganado a pastar. Comenzaba a tener más compañía. Los aparceros de tierras palayeras habían hecho los semilleros; pronto la tierra parda se cubrió de

un vello verde. Tan claro era el color, que bajo la luz fuerte parecía blanco. Tenía que multiplicar su vigilancia, porque el ganado miraba golosamente la hoja tierna y jugosa de la semilla nacida. A su vivir enfermizo, a su desasosiego constante, se mezclaron preocupaciones nuevas. La *Carińosa*, una vaquita primeriza que nunca se crió fuerte, estaba a punto de parir. Sus ojos enormes llevaban una tristeza enferma; lagrimeaban a menudo y miraban a Blas como pidiendo auxilio. Comía poco y se fatigaba rezagándose siempre que la conducía a pastar a algún paraje lejano. Oyó sus primeros mugidos al filo de la madrugada. A las doce del siguiente día, tras inmensos trabajos, acabó de parir y cayó extenuada. El choto, pequeño y flacucho, no se ponía en pie tres días después. Hasta entonces le había ayudado a vivir echándole sorbos de leche de otra vaca dentro de la boca. El amo fué a ver al chotito una tarde. Tan mal lo encontró, que ordenó a Blas que lo matase. Era vano intentar nada, porque la debilidad de sus patas no le dejarían nunca ser un animal útil.

—Señor, quiero pedirle *no mas* una cosa.

—¿Otra vez la aparcería? Terco. ¿Pero no ves que ya están crecidos los semilleros y que ya no puedes sembrar? El año que viene, Blas, el año que viene.

—Graciaś, señor, pero ahora no es eso.

—Tú dirás entonces.

—Señor, no me digáis que no —suplicó. Blas estaba trémulo.

—Habla ya —exclamó el amo, asombrado ante aquella actitud.

—Regáleme el choto, señor, regálemelo. Ya que lo manda matar, regálemelo, y que sea para mí si llega a vivir.

—Eres ambicioso, Blas... Está bien, para ti el choto. Hágase el milagro de que te pueda servir de algo. Eres ambicioso..., no habrá más remedio que darte la aparcería el año que viene.

El amo picó espuelas y partió al galope.

—Gracias, señor; gracias, señor —quedó balbuciendo Blas.

* * *

Aquella noche esperó a Doric en el río, junto al manantial de agua purísima que, brotando de poros invisibles en la roca, venía a caer, resbalando, hasta una hendidura, y de ahí, a un plano más bajo formado por un escalón labrado en la piedra. En este plano se cavó un hoyo que servía de pozo, y el chorrito de agua clara atravesaba una hoja lanceolada colocada diariamente al extremo de la hendidura, proyectada sobre el plano por encima del pocito, para que el chorro cayese directamente en él sin resbalar por la pared de la roca. El manantial estaba un poco alejado del caserío, pero su agua era la mejor para beber, y con ella llenaban los naturales las *bangas* (1), que en el exterior de sus ventanas descansaban sobre un grueso bambú abierto en tiras en su extremo alto. Las tiras, entretejidas unas con otras y sujeta luego la trama a la ventana, abrazaban la *banga* y la sostenían.

Blas oyó muchos pasos y muchos rumores desde su escondrijo, junto al manantial, antes de que llegase Doric. Seguramente no esperaba verle aquella tarde, y por eso venía sin prisa. Los padres, confiados con la lejanía de su vivienda, apenas la vigilaban. Y ella iba a la hora que *moría* y volvía cuando le daba en gana también. Sin embargo, no soñan ir las mujeres tarde por agua. Tenían miedo de los *asuangs*, que acechan siempre en los sitios oscuros y frondosos.

Comenzó a ponerse el sol. Hacía rato que se había alejado de la cuenca honda del río. Blas seguía escondido entre los *tiabawales* (2), oyendo ruidos y un vaivén de rumores sobre las aguas en su correr. Anocheció y Blas se

(1) Vasijas casi redondas de barro.
(2) Donde crece el Tigbaw.

dispuso a marchar, seguro de que no vendría ya la que esperaba. Pero por la vereda escarpada de la ribera opuesta comenzó a bajar una canción. Era Doric, que cantaba, ahuyentando así el miedo. Andaba con prisa, doblando las rodillas para salvar los obstáculos y la pendiente, llevando sobre sus hombros el bambú hueco, largo y cilíndrico. Cruzó las aguas, y junto al manantial se aseguró el *patadiong*, ciñéndose la cintura, después de dejar la boca del bambú firme debajo del chorrito de agua.

—Doric, Doric —susurró Blas, llamando.

Un grito agudo recorrió la cuenca y los ecos prolongaron el grito, mientras Doric corría atravesando otra vez el río. Volaron varios murciélagos de entre la vegetación.

—Doric —llamó más fuerte Blas, corriendo tras ella.

Se volvió.

—¡Rayo, qué susto me has dado!

Y retrocedió, los pies morenos juguete de las ondas, caricia de las piedras limpias.

—¿Sabes? Esta noche voy a hablar a tus padres.

—¿Estás loco?

—Sí, creo que estoy loco. Mi cabeza se va de mi cuello, mis ojos lloran por nada, mi sueño se escapa, mi corazón vive aplastado por un peso, y todo flota, todo flota; pero por encima

de todo lo que flota estás tú, siempre tú, Doric.

—¿Qué les vas a decir? No te harán caso.

—¿Por qué no? Les voy a ofrecer los ahorros, les voy a prometer una vaca.

—¿Dónde la tienes?

—En el Calatcat. Ahora es pequeñita, pero dentro de un año, cuando se la dé, será grande. Me la ha regalado el amo.

—Eso es mentira, Blas. El amo no regala vacas.

—Vacas buenas, no; pero chotos que no le sirven, sí. Este no lo quiere porque no se puede sostener sobre sus patas, y lo mandó matar; pero yo lo haré fuerte.

—No te harán caso —respondió Doric, desalentada.

El la atrajo hacia sí, la sentó a su lado, la besó las manos tímidamente. El chorrito de agua del manantial cantaba una canción cada vez más aguda conforme se iba llenando el bambú. Las sombras eran negras, húmedas, misteriosas y sensuales.

—Te quiero para mí, Doric.

—Para ti seré aunque me case con otro.

—No, te quiero para mí solo; yo no sé transigir, como hacen los demás. En casa del cura leí libros donde se decía que los hombres no deben dejar que su mujer sea de nadie más. Y yo lo siento así. Por eso me estoy volviendo

loco, por eso siento la cabeza vacía, por eso no puedo pensar, porque no sabría vivir si te supiera de otro.

—De otro, de otro —repitió Doric maquinalmente. Y sonrió con ironía.

—No, ¿verdad?, no será —interrogó, anhelante, Blas.

—Espero que no.

—Bésame.

El bambú, repleto, escurría el agua por sus lomos hasta su base, y de allí, sobre los pies desnudos de Doric. Todo era reboso: negrura de tinieblas, humedad cálida, líquido cristalino, hervores de sangre, sueños de corazón, amor, en fin..., y de pronto, el plenilunio descubriendo el secreto maravilloso con su luz amiga, invitadora, cómplice.

Doric se soltó de sus brazos.

—Hace rato que está lleno el *bayong* (1) y es muy tarde —murmuró, ruborosa.

—Hasta luego —dijo él.

Y no pasó más.

* * *

Aunque parezca raro, los padres de Doric tomaron en serio el ofrecimiento de Blas. No

(1) Bambú grueso de unos tres metros de alto, cuyos nudos han sido perforados por dentro, y que sirve para transportar agua sobre el hombro.

lo es, sin embargo, si se considera que los viejos se habían dado cuenta de la protección que el amo dispensaba al vaquero, subiéndole el sueldo y anunciándole una aparcería para el año siguiente. Le preguntaron si tenía ahorros con el fin de devolver al novio viejo lo que ya había entregado. Contestó que sí. Y le prometieron romper las relaciones con aquél tan pronto como la vaca tuviese un año y se la pudiese considerar útil.

Blas se fué muy contento. Besó a la ternerita cuando llegó a su choza y la puso un nombre. La llamó *Hada*. Había leído cuentos de hadas en el convento y sabía que podían hacer cosas sobrenaturales con una varita mágica. Esta hada suya podía casarle con Doric. Pero antes había que ponerla fuerte. Le daba masajes con aceite de *tagulaway* (1) y hueso la vendaba cuidadosamente las patas con la corteza de las ramas tiernas de un arbusto llamado "Tuba-Tuba". Tanto el aceite como la corteza tenían la virtud de fortalecer las articulaciones débiles en personas y animales, desarrollando un calor constante, beneficioso estímulo a la circulación. Alimentaba a la vaquita con biberón de la mejor leche de la vacada.

(1) Planta de semilla oleaginosa.

Y *Hada* se criaba hermosa, aunque sus piernas adelantaban muy lentamente.

* * *

En este momento de la historia nos encontramos con Roque y el resto de la familia de Cristina, la costurera.

Tenían una aparcería de palay en el Calatcat y el semillero muy cerca de la choza de Blas. La siembra había alcanzado la altura de un palmo y se araba con afán el barro de los bancales para la plantación definitiva. Roque, que era el hijo mayor, cuidaba del semillero y de preparar el terreno donde habían de trasplantarse los brotes. Una semana después arrancaba las plantitas y las llevaba más lejos, a los *palayales* (1). Huyendo del peligro de los semilleros ya crecidos, que tentaban el paladar de las vacas, Blas había llevado el ganado a pastar allí también. Ya una noche se había metido una madre con su choto en el semillero de Roque y éste había insultado al vaquero, amenazándole con echar las vacas a pedradas de los alrededores. Ahora Blas tenía que redoblar sus cuidados, porque el *palay* crecía. Pero el trabajo no le pesaba. *Hada* mejoraba paulatinamente, y ya se había tenido de

(1) Campo donde se siembra el palay.

pie durante seis minutos el día anterior. Empezaba a enseñarla a andar. *Hada*, con su varita mágica, iba a casarle con Doric. ¡Doric! La enseñaba a través de la clara atmósfera de los campos, en la reverberación del aire calcinado durante las siestas cálidas, sobre el oleje verde de los *palayales* encrespados por el viento, y en la oscuridad de su choza, que la luna besaba cuando abría la puerta. La había ido a ver dos veces más, desde la última entrevista, junto al manantial verde y ocre en la torrentera honda del río. El viejo apenas la visitaba, aunque seguía abonando sus jornales, o, mejor dicho, su pensión semanal, por si a última hora Blas no podía cumplir y se la llevaba él. El vaquero la encontraba cada vez más mujer, y más bonita, en su belleza malaya de tez bronceada, ojos negros redondos, nariz baja —sin punta casi—, sobre la risa de unos dientes blancos como la pulpa del *mangostan*. Sus cabellos sueltos, lasos, negros, olíendo a aceite de coco, se derramaban sobre su *patadiong* malayo hasta las corvas. La Virgen de la Paz y Buen Viaje no los tenía tan bonitos, aunque los llevase rizados. Y ahora se acordaba más de la iglesia y de la Virgen a quien había pedido el amor de Doric. ¡Si pudiera ir ese año a la fiesta del pueblo! Trató de arreglarlo, y conforme se acercaba la fecha crecía la esperanza de realizar su deseo, por-

que *Hada* no necesitaba apenas cuidados y podía dejar encerrado el ganado aquella tarde, con una buena ración de yerbas de *bugang* y hojas de caña dulce. Lo habló con Doric y quedaron de acuerdo.

* * *

Cuando volvían de la fiesta, al oscurecer, con los zapatos en las manos y los pies descalzos, libres sobre el polvo de la calzada, se encontraron a un vendededor de *buyo* y *bonga* que venía del monte con su carga.

—¿Sois de Caiñamán? —interrogó a un grupo.

—Sí.

—Pues vengo del Canlaon por Mao, y en el Calatcat he espantado de los palayales unas vacas que se estaban comiendo el palay. Llevaban en el lomo la marca de la Hda. Caiñaman. Las he alejado hasta el límite de la hacienda, y puede que no hayan tenido tiempo de volver a las siembras.

Se produjo un revuelo, porque los aparceros tenían los campos en un momento crítico. Blas palideció y echó a correr a campo traviesa, y luego por un atajo. Encontró las vacas cerca de su choza, desperdigadas aquí y allá, y respiró tranquilo. Pero, al encerrarlas y hacer el recuento, faltaba *Hada*. *Hada* precisamente. La suya, la que debía casarle con Doric.

Comenzó la búsqueda con una antorcha de bambú rellena de trapos humedecidos en petróleo. Llegó a los palayales, recorrió los cañaverales del arroyo, atravesó los bosquecillos de *ñiam* y de *bugnay* (1), volvió a retroceder, caminó por encima de los muretes de tierra que encajonaban el agua y el barro de los bancales y atisbó por detrás de todos los árboles, de todos los montículos que las termitas levantan para hacer su casa. No encontraba su vaquita.

Se le apagó la antorcha. En medio de las tinieblas se sentó sobre un mojón de piedra y cal, y lloró de rabia. Como el arroyo de lava hirviente se derrama dentro de la apacible frescura de las aguas de un lago, así invadía su felicidad de unas horas antes la angustia de esos momentos, con un presentimiento que grifaba dentro de su propio miedo a perder la dicha buscada y trabajada con todos los ímpetus y los sudores de su hombría. Al cabo de unos minutos le pareció oír el crujir de las sensitivas y rumor de pasos entre la maleza; luego, el silb'do del aire cuando lo corta rápidamente un cuerpo duro, el chasquido de un golpe y, después de un silencio, el mugido doloroso de una vaca.

---

(1) Arbustos silvestres.

Blas echó a correr hasta desembocar en la calzada. Allí se encontró con un hombre.

—¿Quién es? —preguntó el vaquero.

—Soy yo, soy Roque. Acabo de dar con una piedra a una vaca de tu toril que me ha comido media siembra. Te lo adverti, y me la has pagado.

Blas no oyó las últimas palabras. Había echado a correr en busca de *Hada*.

La encontró guiado por sus mugidos de dolor. La tentó en la oscuridad, recorriendo todo su cuerpo con las manos. Al pasarlas en torno a una de las patas delanteras, la piel cedió entre las aristas del hueso roto. Partido completamente. Inútil ya para el trabajo, para todo. Como su vida, rota e inútil también. Se abrazó a *Hada* y juntó el dolor de su alma con el dolor físico de la vaquita amada. Sí, la amaba; ahora que ya no le serviría para su felicidad sintió que la amaba por ella misma y no por lo que prometió darle. Y lloró de pena, de amargura, de desolación.

—¡Solos, solos; ya estamos solos para siempre, *Hada!*

* * *

Juana interrumpió aquí su relato porque percibió las pisadas de mi padre, que volvía de la visita al nieto de Cristina. Mis hermanos se habían dormido. Cuando me miró se encontró

en mis ojos, muy abiertos, unos lagrimones que corrían por encima de los *pucheros* mal disimulados. Me cogió en sus brazos y me besó.

—No llores, tonta.

—Es que no quiero que la vaquita se muera ni que sufra.

—No, no se muere y se cura luego —respondió para consolarme—; mañana te seguiré contando, ya que tus hermanos se han dormido.

—Cuéntame a mí sola.

—No puede ser; voy a acostaros a todos; tengo que servir la cena a los papás.

—No, no; cuéntame —insistí caprichosa.

—Mira, no te pongas tonta; si eres buena, te contaré el resto mañana; si no, ya no te cuento el final.

—Voy a despertarles para que escuchen —insistí, autoritaria.

Por toda respuesta, Juana me levantó en sus brazos y me llevó a la cama mientras yo protestaba.

—Bueno, pero ¿qué pasó con Blas? ¿Se casó con Doric?

—No, Doric se casó con el viejo y se fué de la hacienda, a un sitio muy lejano, a donde no podía ir Blas.

—¿Y qué más?

—Luego, Blas, como metió odio en su co-

razón, empezó a sentir que era Tic-Tic y se volvió malo.

—Juana, Juana... —llamaba mi madre desde el saliente de la galería—, saca la cena, que es muy tarde.

—¿Ves?, ¿ves? Ya me van a reñir.

Y salió precipitadamente de la alcoba.

* * *

Al día siguiente Juana terminó de relatar la historia de Blas.

La familia de Doric, al ver que aquél no podía entregarles una vaca útil y que, además, el amo le retiraría probablemente la aparcería prometida para el año siguiente, rompió el compromiso y casó rápidamente a la muchacha con el otro pretendiente.

Blas no la volvió a ver. Y vivió su agonía en medio de recuerdos, de odios y de planes de venganza. Ya no podía ser bueno, porque nadie supo serlo con él. Enfermó y arrastró su fiebre por el campo, vigilando las vacas. No quería quedarse solo en la yacija de su choza. Le importaba poco morir, pero quería algún tiempo para realizar antes su venganza en la familia de Roque. Recordó los cuentos de embrujados, de demonios metidos en los cuerpos para hacer mal, que había leído en la biblioteca del Pari Juan.

Sintió un demonio dentro de sí mismo, pero no torturándole, sino con el poder de torturar

a sus semejantes. De entre sus semejantes ya no quería a ninguno, y odiaba a todos los responsables de su infelicidad. Por una especie de respeto atávico, reprimía el rencor al propio amo. A él, no; a él no le podía odiar; era blanco y era el amo: el Dios le castigaría por ese sacrilegio. Pero a Roque y a su familia, sí; tenía derecho a devolverles el mal que le hicieron en la mayor cantidad posible. Y ni aun así sería bastante, porque su mal, el que recibió de ellos, no tenía medida.

Juana nos contó cómo hizo en un cajón plano, poco ancho, una miniatura de hancal, donde sembró palay y recortó un trozo correspondiente al que había segado *Hada* en el palayal de Roque. Todas las noches recitaba exorcismos sobre aquel cajón, que iba amarilleando y dejó de crecer lo que sembró. Al palayal de Roque también le sucedía lo mismo. Finalmente, las espigas que brotaron fueron huecas y no cosechó nada.

Esto era sólo el principio de los innumerables males que habrían de ocurrir a la familia de Cristina. Roque era el mayor de sus cinco hijos, entre los cuales había dos hembras. Las muchachas estaban ya casadas, así como Roque, que era padre de dos niños. Cristina, por ser la costurera de la casa del amo, tenía confianza para pedirle aparcerías, trabajos a destajo y otros privilegios corrientes en las ha-

ciendas. Había conseguido que la mejor parcela la palayera fuese para su marido, parcela que, muerto éste, pasó al hijo mayor, Roque. También tenía una aparcería de caña cerca del caserío, caso único, pues sólo se concedían aparcerías de este cultivo en los terrenos lejanos, limítrofes de la hacienda, en dirección al monte. El mayor porcentaje del trabajo de pelar puntas para la siembra lo hacían las hembras de la familia, y una de las mejores viviendas del caserío, cerca de la casa del amo, con una huertecita, era la de Cristina. La familia, en fin, había sido feliz hasta el día en que la vaquita *Hada* había quedado coja de la pedrada lanzada por Roque.

El primer fracaso lo tuvo éste con la pérdida de la cosecha del palay, asunto raro todo él, pues los aparceros vecinos habían recolectado, si no abundantemente, al menos en cantidad suficiente. ¿Qué había ocurrido? ¿Había descuidado el campo o había errado en la técnica de la labor? ¡Pero si él era uno de los mejores labradores! El caso quedó sin explicación, y, como siempre, la gente de la hacienda comentaba que algún *asuang* le había echado mal de ojo al palayal de Roque.

Al año siguiente, cuando comenzó la época de lluvias, enfermó gravemente el chico mayor, con una anemia perniciosa, fiebres y vómitos, que el médico achacaba a un mal hereditario del hígado, pues Cristina y el propio Roque sufrían padecimientos de este órgano. El caso es que el muchacho murió. Aun no había hecho el año de la muerte de este niño cuando también perdió al otro, y la esperanza de tener un tercer hijo quedó frustrada con un aborto que a poco costó la vida a la madre.

Los viejos del caserío movían la cabeza, y con palabras entrecortadas balbucían en voz baja:

—Es el *Tic-Tic*, es el *Tic-Tic*.

Pero por más actos de desagravio que hacía la familia a ese ser sobrenatural que les causaba el mal, la suerte no cambiaba. Buscaron otro mediquillo, para ver si con éste obtenían mejores resultados. Los métodos eran los mismos: colgar un cerdo sacrificado de la rama de un árbol corpulento que pudiera ser la vivienda del espíritu malo. Cuando ya no tuvieron cerdos, se sacrificaron corderos, todos los cuales desaparecían del árbol con gran satisfacción del mediquillo y de la familia, porque ello significaba que el espíritu había aceptado el sacrificio y quedaba calmado. A medida que iba pasando el tiempo y las desgracias se sucedían, Cristina desconfiaba más y se hacía incrédula. Pero entonces, si no existía el *asuang* causante de los males, ¿por qué ocurrían éstos?

Y si era un espíritu, ¿dónde localizar al ser

maligno que se ensañaba con ellos, y especialmente con Roque? ¿Qué ofensa irreparable le habían causado para que no hubiese medio de desagraviarle? Era menester buscar el motivo y encontrar al *asuang*.

Y entonces fué cuando comenzaron a sospechar de Blas, el vaquero del Calatcat. Su conducta había sido rara desde el día en que Doric se casó con el viejo labrador. Pero aquella melancolía extremada, su enfermedad, su adelgazamiento, la lividez de su piel, el aislamiento de sus semejantes, su mutismo cuando encontraba a los antiguos amigos, lo achacaban al doloroso desengaño de sus amores con Doric. Sin embargo, el tiempo no le curaba, y, cada día más retraído, más cerrado en su silencio, con una mirada concentrada en la tierra, sin levantar apenas los ojos del suelo, parecía, más que un hombre, un *asuang*.

En su choza no entraba nadie, porque ninguno recibía invitación para hacerlo, y cuando, al principio de su desgracia, algún amigo penetró en su guarida, Blas no mostró ni alegría ni cortesía alguna con el visitante, contestando apenas a las frases y a las preguntas que se le dirigían.

Esta actitud ahuyentó a los jornaleros de su trato, y al cabo del tiempo quedó olvidado, porque, además, sólo bajaba a la hacienda para cobrar el sueldo o para dar cuenta al amo

de los sucesos más principales de la vacada. Y cuando la traía para la inspección y el recuento, aparecía tras ella vestido sólo con un calzón corto y ancho, desnudo el medio cuerpo superior, con un bolo enorme colgado del cinto.

—Ciento diez, ciento once, ciento doce —terminaba de contar la señora del amo—. Están bien. Blas; ¿necesitas algo nuevo para su cuidado?

—Nada, señora —replicaba sombríamente, como si ni para las vacas ni para él tuviese necesidad de cosa alguna.

—Pues toma la sal; dásela dos veces por semana.

El hombre cogía el saco silenciosamente y se iba sin despedirse.

Su amo comentaba que el ambiente del Calatcat había hecho un salvaje del vaquero. Y, además, iba adquiriendo su rostro un aspecto de idiotez que resultaba inexplicable.

El ama, más práctica, replicaba:

—Déjalo; él cuida de las vacas y, además, jamás pide dinero por adelantado. Habrá pocos como este hombre en la hacienda.

Y ajeno a todo lo que de él se decía, tornaba a su vida solitaria, en su choza de paja, herméticа para para sus semejantes. Pero dentro de ella musitaba sus exorcismos, hervía sus brevajes, moldeaba sus muñecos y, sobre todo,

concentraba su otro "yo" sobrenatural ahuyentando la humanidad de su cuerpo y de su espíritu para acabar de ser el ente maligno y poderoso que realizase el completo exterminio de la famlia enemiga.

Conforme se iba haciendo *Tic-Tic*, conforme se iba alejando de su humanidad, conforme dejaba de ser hombre, íbase olvidando del amor de Doric. Su corazón se diluía en otro sentimiento de malicniad. También iba perdiendo su sexualidad. Los requerimientos se fueron haciendo cada vez más débiles hasta que se borró toda sensación e imperceptiblemente quedó sordo a la llamada viril. El amor no le interesaba en absoluto, el dinero no le atraía; el poder, sólo el poder de hacer mal era su obsesión, y puesta su voluntad y su vida al servicio de conseguirlo, fué logrando cuanto deseaba en el terreno de la venganza.

Habían pasado tres años desde que *Hada* quedó coja. El era *Tic-Tic*, y había conseguido que su enemigo Roque perdiese sus dos únicos hijos, malogrando un tercero. Pero no lograba matar a la mujer de aquel hombre. Y ahí quería herirle de muerte, porque todavía se daba cuenta de que el mayor dolor de la vida era aquel que le habían infligido a él: ¡perder la mujer amada!

Apenas hubo Cristina admitido la sospecha de que Blas pudiera ser el enemigo, trató de

reconciliarse con él para evitar futuros males. Mas, ¿cómo? Sabía que odiaba a su hijo y que, de rechazo, la aborrecía también. No había medio natural de establecer contacto con el vaquero, porque llevaba tres años sin hablar apenas con sus iguales. Una visita a su cabaña alejada resultaría algo extraño y comprendería en seguida que se le buscaba. Ningún pretexto podría llevarla a ello. Y sin embargo, había que hacerlo. La catástrofe de los últimos años en la familia no podía continuar. El esfuerzo de toda la vida se desmoronaba devorado por aquel odio. Y si los medios que empleaba el enemigo eran sobrenaturales, no había manera de combatirlos. Todo había de sucumbir ante el empuje de aquel poder del infierno.

Cuando se lo dijo a Roque éste apretó los dientes, descolgó el bolo del ligero tabique de *amacan* (1) y lo miró largo rato.

—Tendremos que matarle, porque aun me queda lo más querido que salvar —balbuceó sombrío.

—No —replicó la madre—, buscaré medios para aplacarle.

Callaron la madre y el hijo. Ese silencio tan característico de la raza, que parece vacío y es una plenitud inexpresable.

---

(1) Véase la nota de la página 57.

En los días sucesivos Cristina fué reviviendo el pasado. Recordó y repasó la historia de Blas, su estancia en el convento, el abandono de aquella vida muelle y civilizada por seguir a la *dalaga* de Caiñamán, sus ambiciones por merecería, su lucha y, finalmente, el descalabro de la vaquita.

Pensó en ir a ver al Pari Juan. Pero desistió en seguida. Si era *Tic-Tic* se enfurecería frente a la intervención de un ministro de Dios. ¿Y Doric? ¿Dónde estaba Doric? ¿Qué habría sido de su matrimonio con el viejo tiñoso? ¿Estaría ya viuda? ¡Ah. si ella pudiera volver, si su presencia consiguiese ahuyentar el espíritu malo de aquel cuerpo, tornando a hacerle hombre! Si le capacitase para sentirse feliz otra vez, si la amargura escondida y el odio concentrado pudiesen convertirse en alegría y bendición. Puesto que la familia de Roque había sido la que le arrebató la mujer que amaba, había de ser ésta también la que se la devolviese. Y comenzó a hacer averiguaciones. Preguntaba a los que venían de los lugares más recónditos del monte qué familias tenían allí sus casas. Interrogaba a los que, en trotes largos, atravesaban la cordillera, y bordeando el volcán Canlaón, venían que de la otra costa. Iba a visitar a las familias que fueron amigas de la de Doric. Nada concreto lograba averiguar. El marido de Doric era de un pueblecito de Capiz, del cual vino en una *sacada* (1) de jornaleros para la molienda. Había que atravesar el mar y emprender una larga jornada tierra adentro en la isla de Panay hasta llegar allí. Pero Cristina estaba dispuesta a todo.

Mientras organizaba el viaje, hizo gestiones encaminadas a pulsar el estado de ánimo del vaquero. Y habló con uno de los viejos de la hacienda, antiguo amigo suyo, para que le abordase. Fué muy temprano, una mañana de abril, al Calatcat, con el pretexto de buscar setas. La tarde anterior, una tormenta estrepitosa había empapado la tierra y limpiado la atmósfera. El calor, después de esto, hacía brotar y crecer las setas rápidamente. Las flores limpias esponjaban su rocío en la aurora cálida. Los pájaros soñaban en sus nidos con la caza de insectos, y las mariposas, las abejas y las libélulas bajaban a beber en el cáliz de las flores. ¡Mañana olorosa de los trópicos, de perfumes penetrantes! El viejo atravesó el puente y a lo largo de la orilla izquierda del río caminó bordeando la vegetación de su margen. En la humedad, que, a pesar del sol, conservaba en el terreno la tupida vegetación y la frondosidad ancha y parasólica de los árbo-

(1) Grupo de obreros reclutados para la industria del azúcar.

les corpulentos, crecían robustas y frescas las madreselvas trepadoras y las sampaguitas. Las flores del *Kabibi* (1) y del *Kamuning* (2) tachonaban el follaje de sus árboles. Olía a trópico primaveral y a sol naciente.

Y el viejo, encorvado sobre la tierra, miraba el suelo en busca de las setas. Eran las siete de la mañana cuando llegaba a la choza de Blas. Dió varias vueltas en torno de ella para ver si salía el vaquero. Llevaba un sombrero de paja en la mano lleno de setas.

—Buenos días, Blas —saludó tan pronto como le vió surgir tras la puerta de nipa y caña de su covacha—. Tú que conoces este terreno, ¿quieres indicarme dónde hay criaderos de setas?

—Yo que conozco el terreno y en él vivo tengo derecho a comérmelas —replicó cortante.

—Bueno, hijo, no te incomodes —contestó el viejo dulcemente—. De todos modos, ya tengo un buen puñado de ellas y estoy muy cansado. Agradecería un trago de agua... y un rato de descanso.

El vaquero entró en la casuca y le ofreció

(1) Arbol copudo y frondoso, de flor pequeña, olorosa.
(2) Arbol mediano, con flor de perfume y forma parecidos al azahar.

un agua limpia servida en la cáscara pulida de un coco. Ante la puerta había un tronco atravesado y Blas se lo indicó como asiento. Inmediatamente volvió a entrar en la choza y sacó un cesto viejo, poniéndose a remendarlo.

El viejo se limpió el sudor con la manga de su camisa china, pasándose el antebrazo por la frente. Después, mientras jugueteaba con las setas dentro del sombrero colocado en el suelo, le preguntó:

—¿Qué tal la vacada? ¿Tienes muchos chotos?

—¡Bah! —indefinidamente gruñó.

—Y *Hada*, tu vaquita, ¿te sirve de algo?

—La monto para seguir al ganado.

—¿No te ha dado ningún choto?

En contra de su costumbre, Blas siguió respondiendo. La tormenta del día antes y la estación, toda canción y amor, le habían rozado levemente.

—Se podría morir —respondió a la última pregunta—, y no la cruzo.

—Para lo que te sirve —sonrió el viejo—, en cambio te podría dar una cría útil.

—¿Y de qué utilidad iba a serme la cría? dijo levantándose.

El viejo comprendió que la conversación estaba acabando y que Blas se escabullía. Se atrevió a abordarle de una vez.

—¿No has vuelto a saber nada de Doric?

un agua limpia servida en la cáscara pulida de un coco. Ante la puerta había un tronco atravesado y Blas se lo indicó como asiento. Inmediatamente volvió a entrar en la choza y sacó un cesto viejo, poniéndose a remendarlo.

El viejo se limpió el sudor con la manga de su camisa china, pasándose el antebrazo por la frente. Después, mientras jugueteaba con las setas dentro del sombrero colocado en el suelo, le preguntó:

—¿Qué tal la vacada? ¿Tienes muchos chotos?

—¡Bah! —indefinidamente gruñó.

—Y *Hada*, tu vaquita, ¿te sirve de algo?

—La monto para seguir al ganado.

—¿No te ha dado ningún choto?

En contra de su costumbre, Blas siguió respondiendo. La tormenta del día antes y la estación, toda canción y amor, le habían rozado levemente.

—Se podría morir —respondió a la última pregunta—, y no la cruzo.

—Para lo que te sirve —sonrió el viejo—, en cambio te podría dar una cría útil.

—¿Y de qué utilidad iba a serme la cría? dijo levantándose.

El viejo comprendió que la conversación estaba acabando y que Blas se escabullía. Se atrevió a abordarle de una vez.

—¿No has vuelto a saber nada de Doric?

Blas no se inmutó. Sin mirar a su interlocutor le lanzó esta respuesta:

—Se murió.

—¿Se murió? ¿Cuándo?

—Se murió en mi vida. ¿Ves lo que me interesas tú? ¿Lo que me interesan los de la hacienda, lo que me interesa ese tronco donde estás sentado? Pues igual me interesa ella.

Conforme iba hablando, sus ojos se abrían, y una espumilla blanca escurría por los ángulos de la boca. Se agachó cogió el sombrero lleno de setas y se lo puso en las manos al viejo.

—Toma, vete y di a los que te han enviado que Blas no se ha muerto todavía, pero que apenas es de este mundo. Diles que no me he muerto porque antes de morir he de cumplir unos deberes que me he impuesto.

El viejo se había levantado. Blas dió media vuelta, se metió en la choza y cerró la puerta. El viejo oyó entonces un grito horrible, mitad rugido, mitad estertor, que se prolongó un instante y quedó cortado súbitamente, como si algo sobrenatural ocurriese dentro de la cabaña. A pesar de la mañana, clara abrileña, sintió miedo y se marchó apresuradamente, sin atreverse a volver la cabeza. Al cabo de unos momentos percibió el chirrido de la puerta que se abría y oyó una carcajada infernal.

—¡Ja, ja, ja, ja...! Me tenéis miedo, me tenéis miedo.

Si hubiera vuelto la cara hubiera visto a Blas gesticulando como un loco delante de su choza.

* * *

Cristina no pudo marcharse en busca de Doric, porque la mujer de Roque había quedado embarazada otra vez. Un embarazo penoso que abotargaba la cara y los miembros, con hinchazones dolorosas y una palidez fatídica. No se la podía dejar sola para un viaje sin plazo y sin itinerario fijos.

Pero a pesar de los cuidados, a pesar de que se llamó al médico del amo, a pesar de su ciencia más o menos eficaz, el parto fué tan difícil, que hubo que operarla, y al nacer un niño, aparentemente robusto, la madre tributó un vida al nuevo brote.

Y ahora, un año más tarde, ese niño, hijo único y nieto de Cristina, criado por ella con todos los esmeros, agonizaba también.

Las últimas gallinas se habían sacrificado para desagraviar al enojado espíritu que lo consumía. En aquella noche de lluvia tropical, persistente, tenaz y despiadada, el amo había visto al chiquillo sacudido por convulsiones periódicas, que cesaban cuando el niño se des-



—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Me tenéis miedo, me tenéis miedo!

vanecía, con los ojos en blanco, como un trozo de carne muerta ya.

Con un tiempo menos inclemente, se hubiese ido a buscar al médico del pueblo. Pero en la época de lluvias, ni los carros tirados por un carabao podían atravesar la enfangada distancia sin peligro de quedarse en la carretera. Además, aquella noche llovía más que ninguna, y el médico se hubiese negado a venir. Se envolvió el cuerpo del enfermo con toallas húmedas y calientes para calmarlo. Y el nuevo día le halló menos inquieto, pero más extenuado.

* * *

Cuando, algún tiempo después, Juana nos volvió a contar esta historia, porque su repertorio se agotaba y forzosamente había de repetir los cuentos ante nuestra insistencia infantil, añadió a lo ya transcrito el final, doloroso y trágico.

Cristina y Roque explicaron al amo con obstinación su creencia de que era el *Tic-Tic* el causante de la enfermedad del niño, así como de todos los males que les habían acaecido. Y el *Tic-Tic* era Blas.

—Señor, si acaso..., si usted fuese a verle..., quizá conseguiría algo —le suplicaban—; seguro que lo conseguiría.

Sólo por darles este último consuelo, el amo fué en busca de su caballo y partió para el

Calatcat. Blas no estaba en su choza. Empujó la puerta y ésta se hallaba atada con una cadena a otro bambú que servía de jamba al hueco de aquélla, quedando los extremos de la cadena sujetos con un candado. El amo picó espuelas para dirigirse a los pastos, pero al pasar junto al toril vió a las vacas encerradas aún comiendo una abundante cantidad de hierba que les había dejado el vaquero. Todo ello le pareció tan extraño, que retrocedió hasta la choza. Atisbó por un agujero entre las nipas y no vió nada en el interior. Sin forzar la puerta, regresó a la hacienda.

Esta ausencia del vaquero confirmó aún más las sospechas de Cristina y Roque.

—Señor, es que está convertido en *asuang* para acabar de matar al niño.

El amo calló. Y se envió por el médico.

Por la tarde volvió a la choza de Blas, donde todo seguía lo mismo. Pero las vacas encerradas estaban sin alimento. El vaquero no había vuelto para ocuparse de ellas. Y cerrada la noche, fué una vez más a averiguar si Blas se había recogido. Ni la puerta cedió, ni hubo respuesta a las llamadas, ni el ganado tenía el pienso de la noche.

Y el niño agonizaba. La abuela le miraba resignada, mientras el padre permanecía silencioso con los amigos y parientes que habían ido a acompañarle.

Se levantó súbitamente, cogió su bolo, llenó de sal un talego y se dispuso a bajar.

—¿A dónde vas? —le preguntó un compadre.

—Si Blas está aquí matando a mi hijo, su medio cuerpo debe hallarse escondido en algún paraje recóndito. Y a eso voy, a encontrarlo y a aniquilarlo.

Quisieron detenerle, pero no pudieron. Dos de ellos le acompañaron hasta la salida del caserío; allí, las tinieblas y el miedo les hizo retroceder. Sólo el padre supo vencer y siguió adelante.

Cuando volvió, pasada la media noche, su casa se llenaba de llantos. El niño acababa de morir.

—Ya está —exclamó—, ya no volverá a hacerme daño.

Y colgó el talego vacío en un rincón de la cocina.

* * *

Al día siguiente se presentó al amo para decirle que en un cañaveral, el más espeso del Calacat, había encontrado, la noche antes, el medio cuerpo de Blas y había volcado sobre él la sal que llevaba.

—Blas se habrá muerto a estas horas, porque al volver a buscarlo no habrá podido reunirse con su "mitad".

El amo le miró para cerciorarse de que no estaba loco. Pero los ojos de Roque permanecían serenos, y su mirada, firme.

—Monta una vaca y vamos a verlo.

Y tras el caballo del amo fué hasta la choza. Al llegar allí se adelantó Roque para marcar el camino. Las vacas mugían de hambre en el toril. A través de la mañana clara, sobre la planicie verde y parda, iban Roque y su amo en busca del cuerpo de Blas. Atravesaron un riachuelo, bordearon un campo de Iñam y, al fin, penetraron en el cañaveral. El recodo de un arroyo, al recoger la humedad, había desarrollado una vegetación tupida y robusta de *tigbawes*, madreselvas, liana y otras enredaderas tropicales de hojas gigantes, formando una cueva vegetal en la cual apenas penetraban los rayos del sol.

Dentro de ella, el cuerpo de Blas, segado por la cintura, yacía sin vida, con las vísceras expuestas en macabro espectáculo.

* * *

Juana no nos contó si el amo hizo preguntas para averiguar la verdad o si intervino la justicia. Ella creía, y a nosotros nos convenció de ello, que Roque había echado sal al cuerpo escondido del vaquero, con lo cual el *Tic-Tic* murió.

Y nosotros casi nos alegramos de su muerte.



La leyenda del Camá-Camá

Es un duendecillo muy divertido. La primera vez que Juana nos habló de él éramos ya mayorcitos. Fué en una mañana del mes de mayo. Juana nos hacía madrugar, con el propósito de que durante las horas de menos calor bajábamos a cortar flores para el altar de la Virgen. Por la tarde nos llevaban al pueblo, a la escuela de doña Encarnación. La escuela constaba de una sola habitación, en los bajos de la casa donde vivía con una hija suya y todos los nietos. Yo no sé si doña Encarnación tenía el título de maestra. Tampoco sé si puso la escuela en vista de que tenía que ser forzosamente la instructora de tanto nieto.

El caso es que la única escuela privada que había en el pueblo era la de doña Encarnación. Y dentro de ella organizaba la maestra los cánticos y las loas en honor de la Virgen durante el mes de mayo.

Podían acudir a la devoción todos los hijos de los amigos, pero era preciso que cada cual llevase flores de su jardín para el altar, blanco y azul, que en un ángulo de la clase levantaba sobre unos tableros la vieja maestra.

Una mañanita tropical, con vaho de evaporación en la atmósfera, Juana nos habló de este duendecillo y nos contó un cuento pagano mientras engarzábamos flores para la Madre de Cristo.

* * *

Mi hogar era un caserón cuadrado, asentado sobre muros de mampostería, con amplio zaguán y una habitación a su derecha levantada del suelo medio metro. A la izquierda estaba la escalera, y en el fondo, a lo largo de toda la fachada posterior, un gran espacio rectangular, cuyos lados cortos median la mitad de cada fachada lateral. Esta habitación, más granero que otra cosa, se llamaba la bodega.

En el piso de encima encontrábanse las habitaciones nuestras, con su comedor, su gran salón, amplias alcobas y un balcón corrido de tres metros de ancho bordeando la fachada principal y la lateral derecha.

Detrás, separado de la casa por una plataforma abierta, de madera, se levantaba un segundo edificio pequeño, dividido en dos mitades, la cocina y el cuarto de higiene. Todo muy primitivo, pues aunque el fogón era de hierro, se quemaba en él leña; y respecto a la habitación para la higiene, al penetrar en ella se veía una tina alta, de base y boca ovaladas, que hacía de bañera; unos arcones con brazos y respaldo, en cuyas tapas se abrían sendos agujeros grandes, mirando verticalmente a un corral donde había cerdos y gallinas.

Para ahuyentar los olores, se hacían estas habitaciones alejadas del edificio vivienda. Vivíamos el año 1901 y estábamos en el Extremo Oriente, muy lejos de la capital, donde existían ya tranvías, conducción de aguas y alcantarillado. En medio del campo no había posibilidad de más lujos ni de más higiene. Además, el sol lo desinfectaba todo. Todo lo que dejaban de engullir los cerdos y las gallinas.

Al pie de la tapia del corral corría una vereda bordeando por un lado la tapia y por el otro un cañadulzal maduro, con el tallo escamado de hoja seca y la frente empenachada de verde. Pasada la tapia quedaba a la derecha el huerto de la casa, que se extendía hasta la ribera del río. Un río torrentoso, hundido en el barranco seis o siete metros bajo el nivel de la planicie. Su curso festoneaba el huerto con un abrazo húmedo, que se hacía más fértil en el ángulo del codo, corriendo el antebrazo por el lado sur, y abriendo la mano en una laguna remansada en el propio lugar donde terminaba la huerta. La

vereda moría en la ribera sobre el brazo del Este, a cierta distancia del codo. Pero antes, y a lo largo de toda la tapia también, cogieron nuestras manos infantiles flores de sampaguita, azucenas, gumamelas y madreselvas. En la orilla del río, éstas se hacían más tupidas, entrelazándose con la liana y demás enredaderas silvestres del trópico, que techan las riberas sostenidas por el entramado del ramaje de los árboles.

Aquella mañana del mes de mayo, Juana marchaba delante llevando un *calalao* (1) sobre la cabeza. Había llovido la tarde anterior espectacularmente, con una tormenta de rayos y truenos seguida de lluvia torrencial. El suelo estaba aún mojado y las huellas de nuestros pies descalzos sellaban el sendero con marcas humanas. Las manos, repletas de flores y húmedas de rocío, se abrían sobre el *calalao* para empezar de nuevo la tarea de cortar. Cuando llegamos al río, ya teníamos las suficientes para el tributo que doña Encarnación exigía. En vez de adentrarnos en la huerta, torcimos hacia la izquierda, sobre el llano del cañadulzal, huyendo de la humedad del arbolado. Abajo, el río murmuraba la canción clara del agua rizada sobre las piedras limpias y redondas, sobre las arenas

(1) Cesto plano, cuadrado, de bordes bajos.

frescas que se esforzaban por asomar a la orilla o abrir un islote, en busca de la caricia del sol. Este lucía esplendorosamente, acelerando la evaporación.

—¿Nos sentamos un rato para ensartar las sampaguitas? —preguntó Juana.

—No, yo quiero buscar nidos de mayas —contradijo el mayor de los hermanos.

—Y yo voy a ver si anda cerca el *ibid* (1); el otro día casi le di en la cabeza con una piedra —replicó Carlos. (Carlos era el hermano segundo.)

—Y tú, Luis ¿qué haces? —preguntó Ricardo—; ¿vienes conmigo a buscar nidos o te vas con Carlos?

Luis, el pequeño, se quedó dudando. Luego se decidió.

—Voy por nidos; es más divertido.

—Si, lo que a ti te ocurre es que tienes miedo al *ibid* —dijo Carlos, y añadió despectivamente—: "Gallina".

Juana, acostumbrada a oírnos y a no hacernos caso, bajaba ya por el talud, en el lugar más fácil y soleado. El atajo buscaba una diminuta playita de arena llena de sol. Pero antes cruzaba por debajo de la maraña del ramaje y la enredadera, palio natural sobre el sendero. Aquí el piso estaba húmedo y sobre

(1) Lagarto de río.

él se distinguían las huellas rectilíneas y flabeladas que suele dejar la pisada de la gallina. Mientras discutíamos marchábamos detrás de Juana inconscientemente. De pronto surgió mi exclamación:

—Pero, Juana, ¿es que las gallinas vienen a beber al río?

—¿Cómo han de venir si están encerradas en el corral? —objetó Juana.

—Entonces, ¿de qué bicho son estas pisadas?

—Anda, boba, si son de las patas del *Camá-Camá*.

—Yo no he visto nunca ese pájaro —observó el mayor, que presumía de cazador.

—No es un pájaro: es un duende, y a los duendes no se les ve —replicó Juana, consciente de su autoridad y su saber.

—¡Un duende! —rió Ricardo desectivamente—. Papá me ha dicho que los duendes no existen, que tus historias son mentiras.

El pleno sol le infundía valor, alentando su incredulidad.

—Papá sabe que hay duendes, pero no quiere que tengamos miedo —contestó Carlos.

—Embustero, papá dice que no hay duendes. Hoy mismo se lo preguntaremos.

Juana callaba, porque contra la opinión del amo no se atrevía a discutir. Si aquél se enteraba que le desautorizaba podía haber un disgusto serio. Y para que su silencio no nos extrañase, se puso a mascar *buyo*.

—Mira cómo Juana calla —se envalentonó Ricardo.

—Uuu, uuuu, uu —gesticulaba Juana, señalándose la boca silenciada por la salivación.

Todos reímos.

—Está mascando y no puede hablar —protesté yo.

Me agarré, mimosa, a su *patadiong*.

—Que vayan éstos por nidos y lagartos. Nosotras ensartaremos las sampaquitas y tú me cuentas un cuento del *Camá-Camá*.

Juana asintió con la cabeza.

—¡Ah! Pues si vas a contar un cuento, yo me quedo a escucharlo —decidió Luis.

—Ya está Periquito entre ellas —se burlaron los mayores.

Habíamos llegado al arenal. Nos sentamos sobre una peña. Luis, indiferente a la burla, se acomodó también.

Los mayores, mientras se alejaban, repetían el estribillo: "Periquito entre ellas. Periquito entre ellas". Luis les tiró una piedra. El ruido de un cuerno que se arrastra surgió del matorral en donde había caído aquélla. Luego, una cabeza verde, unos ojos saltones, una vértebra erizada y una lengua afilada y partida asintándose entre las fauces abiertas del animal. Era el *ibid*, que huía y se orientaba.

Los dos mayores salieron corriendo tras él. Por encima de nosotros, una bandada de mayas pasó piando. ¿Dónde habrían dejado sus nidos? Pero Luis, el pequeño, no se movió. Contento con haberse librado de sus hermanos y de su burla, sonreía esperando con curiosidad. Le apasionaban los cuentos.

* * *

Juana escupió el buyo. Y comenzó...

El *Camá-Camá* es un duendecillo diminuto y travieso, muy travieso, muy travieso. No es pérfido ni obra nunca por malicia; sólo quiere divertirse con diabluras, con burlas y, sobre todo, pellizcando a todo aquel que pasa por su lado...; pero, bueno, ¿vamos a trabajar o no? —interrumpióse a sí misma.

—Tú, Luis, vete clasificando las sampaguitas; coloca aquí las mayores; ahí, las más chicas, y en este rincón, los capullos. Y tú —se dirigía a mí— me vas dando lo que te pida.

Enhebró la aguja con hilo grueso.

—Venga un capullo, luego dos flores pequeñas, luego una grande y otro capullo, y así hasta terminar. ¿Te has enterado?

—Sí— contestó, y repetía—: primero, un capullo; luego, dos pequeñas...

El sol comenzaba a picar, pero nosotros, ligerísimamente vestidos y acostumbrados a sus ardores, agradecíamos la caricia.

—Pues sí, el *Camá-Camá* es como un enanito con cabeza y patas de garza. No tiene muchas plumas; la cabeza, las patas y los brazos —que son como unas alitas con dos dedos— van cubiertos de ellas. El resto de su cuerpo es de persona. Con sus dedos se agarra a las ramas de los árboles, y con las alas puede volar un poco para ayudarse a subir más rápidamente, en caso de peligro. Al hacerse visible le persiguen el *ibid* y las *iguanas* (1).

—¿Cómo es de alto? —interrumpí yo.

—Ah, pues veréis: el dios de las aves hizo al primer *Camá-Camá* de la estatura de un niño de dos años; pero luego sus hijos fueron del tamaño de las garzas que espulgan el lomo de los carabaos.

—¿Y por qué hizo eso? —volví a inquirir, curiosa.

—Pues ese es el cuento. Escúchalo sin interrumpirme. Antes quiero que sepáis que el *Camá-Camá* no es un *asuang*. Este es siempre un ente malo y aquél es un duendecillo travieso, al que le gusta divertirse a costa de los pastores, los niños, los enamorados y los animales de los pastos y de los bosquecillos. Sus grandes amigos son los pájaros. A éstos no les hace burlas ni les juega malas tretas, al contrario, son sus cómplices, los que le

(1) Lagarto grande, negro.

ayudan en sus maquinaciones y juegos infantiles. (Dame otra hebra, que ya he terminado esta guirnalda.)

Se la alargué con prisa y con curiosidad. Y continuamos en la tarea de ensartar flores.

—Escuchad —comenzó Juana otra vez—. Hace muchos, muchos años, cientos de años, cuando aun no habian venido los hombres blancos, ni existían arados ni máquinas de moler caña, cuando se comía lo poco que se sembraba y lo mucho que crecía espontáneamente, así como la caza y la pesca; cuando los bosques eran una maraña espesa de árboles gigantescos, lianas, bejucos, arbustos, orquídeas fantásticas, todos poblados de monos, de cacatúas, de murciélagos enormes, iguales a esos que aun se ven alrededor del volcán Canlaon; cuando no había pueblos, ni municipios, ni presidentes, ni concejales; cuando un jefe o reyezuelo mandaba sobre la tribu, cuando había casas edificadas entre las ramas de los árboles, o levantadas en medio de las islas de los lagos, sucedió lo que os voy a contar. En una tribu pequeña mandada por un viejo muy bueno, pero enérgico y valiente...

—Ah, sí, con barbas —interrumpió el pequeño—, como los patriarcas de la Historia Sagrada.

—No, no —replicó Juana—, no tenía barbas. Era un jefe *visayo* (1), y los hombres de nuestro color no tienen pelos en la cara. La tribu vivía en la costa, cerca de Pulupandan, porque allí la vida era más fácil, el pescado, abundante, y con la fruta de los cocoteros se elaboraban muchos alimentos. Sin embargo, sucedía algunas veces que de otras islas del Sur llegaban unos hombres, de color también, pero crueles, ladrones y sanguinarios. Se llamaban moros. No creían en nuestros dioses antiguos ni respetaban las piedras donde moraban las almas de nuestros antepasados, aquellos que protegían las cosechas, enviando la lluvia, regulando la crecida de los ríos, anegando las huertas y fertilizándolas. Los hombres malos tenían otro dios, creían en un profeta que nació en tierra distante, pero que llevó su religión hasta sitios lejanos enviando sus predicadores, acompañados de guerreros, en unos *praos* (2) veloces que arribaban a todas las playas. Y ellos, haciéndose de aquella religión, comenzaron a maltratar a sus hermanos, los de las otras islas. Llegaban cautelosamente durante la noche, con sus rápidas embarcaciones, y saltaban a tierra en silencio mientras el poblado dormía. Una vez en el caserío, lanzaban sus gritos guerreros y sa-

(1) Perteneciente a las Islas Visayas.
(2) Embarcaciones rápidas de vela, malayas.

queaban a los pobres habitantes, llevándose cautivos a los más principales.

El jefe, viejo, noble y valiente, tenía también una mujer buena y un niño de diez años, muy fuerte, muy hermoso, pero excesivamente travieso. A su madre le daba enormes disgustos porque se ausentaba sin permiso y hacía jornadas tierra adentro, donde los reptiles acechaban a sus víctimas y los gavilanes eran como águilas enormes, capaces de llevar un niño entre sus garras. Mientras descansaba de sus escapatorias se entretenía en hacer diabluras, rompiendo los cilindros de bambú llenos de agua dulce, descolgando las ristras de maíz de los aleros y paredes, arrojándolas luego a los cerdos, y tirando piedras a los animales domésticos para ahuyentarlos del poblado. Enturbiaba el agua de los manantiales, daba avisos falsos de la presencia de animales dañinos, para engañar a los mayores, que salían a combatirlos con sus lanzas; ponía trampas en las entradas de las casas, que atrapaban a los habitantes incautos, y cuantas ideas molestas cruzaban por su mente las ponía en práctica inmediatamente. Y, sobre todo, pellizcaba despiadadamente a quienes se pusieran a su alcance. Las bromas llegaban a ser tan inconvenientes algunas veces, que los súbditos de su padre, impotentes de tomarse la justicia por su mano, presentaban a su jefe las quejas contra el hijo. Entonces el buen rey viejo llamaba a éste y, delante de su madre, le reñía suavemente, añadiendo luego una letanía de buenos consejos, exponiéndole ejemplos de otros jefes, que antes de serlo fueron buenos hijos, respetuosos de los súbditos de su padre, que habían de ser suyos luego.

El niño se llamaba Ino-Dactú. Prometía enmendarse, compungido y dolorido; su padre le perdonaba y su madre le dormía en su regazo, mientras invocaba la bendición de sus dioses para el futuro jefe de la tribu.

Después de una travesura de mayor importancia que las anteriores, su padre llegó a ponerle las manos encima. Con este motivo, el arrepentimiento se exteriorizó más que ningún otro día y juró solemnemente ante su madre reprimir sus instintos y no causar nuevas inconveniencias, molestias y males a los vasallos de su padre.

Ah, pero al siguiente día salió de su gran casa con muy buenas intenciones; el sol las tostó primero, se hicieron quebradizas, luego se rompieron y el viento caliente las llevó lejos, lejos. El también se fué, con sus intenciones buenas, por los valles y las cumbres, a empapar sus pies en el rocío de las hierbas exuberantes, a rozar su frente con la caricia de las hojas olorosas, a atalayar desde los copudos árboles lejanías sin horizonte, alturas

sin límites, cielos azules, que se fueron haciendo fuertes en su color y luego oscuros, bordados más tarde con lentejuelas doradas que guiñaban sus reflejos sobre una campiña dormida en la media luz del crepúsculo. Se había hecho de noche. Ya no podía espejar su rostro en los arroyos, y esperó, esperó hasta que la luna inundó los espacios. ¡Qué pronto se había pasado el tiempo aquel día! ¿Y dónde estaría? ¿Lejos de su casa? Si no supo medir las horas, tampoco sabría medir las distancias. Estaba cansado, solo..., tuvo miedo..., se acordó de sus padres... ¿Por qué tan pronto los había vuelto a desobedecer? ¿Por qué tan raudamente se iban de su alma los propósitos de enmienda, los buenos deseos de ser agradable y dulce en la vejez de su padre, el rey; en la ternura de la reina, su madre? ¿Qué espíritu del mal o de la inconsciencia arañaba de su frente la reflexión y el buen sentido?

No, no podía meditar mucho en estas cosas: la noche se llenaba de ruidos, de brisas, de crujidos, de llantos, de zumbidos. Los cucuyos, guiñando sus luccitas, apagaban y encendían cada hoja y cada flor en el ramaje; los pájaros nocturnos emitían sonidos lúgubres, o martilleaban secamente sobre una misma nota monótona; pero el ritmo también le atemorizaba; cuando se acercaba a los ríos, oía el llanto de los cocodrilos, las ráfagas suaves del viento

prestaban siseos medrosos a la espesura. Inodactú aceleraba el paso, sin saber si retornaba a su hogar o si se internaba más en la selva. Notó, sin embargo, que el arbolado se iba haciendo más bajo y menos espeso, que las matas se poblaban con el chirrido de las cigarras, que la luna ponía claros más anchurosos sobre el paisaje, y esto le dió alientos.

Huyendo, huyendo siempre, apresuraba su andar, corría casi, para librarse también del eco de sus pisadas, del crujido de las hojas bajo sus pies. Jadeaba rendido cuando surgió de la selva a la llanura. Los herbazales soñaban su idilio de luna llena, a sus sentidos subía el olor penetrante de las madreselvas, y, viéndose tan pequeño y tan solo en la inmensidad de la noche tropical, sintió un temblor extraño en sus piernas y cayó al suelo.

Y le pareció que una mariposa le rozaba con sus alas, que una golondrina le picoteaba, suavemente primero, más enérgicamente después, las orejas, la nuca y hasta los ojos; finalmente, los picotazos se hicieron feroces y dolorosos sobre su corazón. Despertó. Ante sí vió un bulto blanco, que se fué dibujando poco a poco en su despertar. Y en seguida, una voz estridente que gritaba: "De prisa, de prisa, que lo veo venir, que ya se acerca."

Era una cacatúa blanca y rosada la que así gritaba, pero el cúmulo algodonoso que advir-

tió en su despertar fué una garza, que le susurró imperiosamente al oído: "Sígueme sin titubear, sin volver la cabeza, sin preguntar."

En su voz había algo divino que captaba la voluntad, y él se levantó, corriendo tras de ella, que se alejaba, abandonando el sendero y la vegetación.

Un cuerpo avanzaba arrastrándose en pos de los fugitivos, y de reojo vió Ino-Dactú las fauces abiertas de un cocodrilo, que acechó la presa desde la ribera del arroyo caudaloso y corría a hacerse cargo de ella para el vientre hambriento de toda su madriguera. La cacatúa seguía gritando: "¡Que os coge, que os coge!" Pero su voz agria se perdió pronto en la distancia, en el espacio y en el plenilunio de la llanura.

Y pronto también la garza se paró, volvióse hacia Ino-Dactú y le dijo dulcemente:

—Siéntate, ya puedes descansar.

El niño, aterrado todavía, giró la mirada por los alrededores.

—No temas —volvió a decirle la garza—, los ríos y las selvas quedaron lejos, ya no hay cocodrilos ni serpientes grandes. Las pequeñas de los herbazales no se atreven a acercarse a mí. Reposa tranquilo.

—Gracias —balbuceó Ino-Dactú—. Pero, dime, yo no sabía que las garzas pudiesen hablar.

—Yo no soy una garza como todas las demás; el amor me dió la voz, el corazón me prestó la palabra. Pero tú no sabes nada de esto todavía.

El niño la miró perplejo.

—¿Estoy muy lejos de mi casa? —preguntó.

—Sí —replicó la garza.

—Pero aquellas palmeras que se ven enfrente son los cocales (1).

—Son cocales, en efecto, pero no los de tu poblado. Toda la ribera tiene cocales, y tú anduviste mucho paralelamente al mar, internándote poco en la espesura.

—Yo quiero volver en seguida a mi casa. Mi madre debe estar muy triste.

—Tu poblado..., tu madre... —suspiró la garza tristemente, sin concluir la frase.

—Sí, mi poblado, mi madre —gimió Ino-Dactú, ajeno al sentido de las palabras de la garza.

—Descansa un poco más —interrumpió ésta—. Marcharemos directamente al mar, y desde allí, bordeándolo siempre, descenderemos hasta tu lugar.

—Ya he descansado; vamos.

Se levantó impaciente y comenzó a andar.

---

(1) Extensiones sembradas de cocoteros.

Era voluntarioso el hijo del reyezuelo malayo. La garza se adelantó humildemente y le señaló el camino.

Desembocaron en el cocotal poco antes de romper el alba.

Sobre el mar, en la lejanía, la fosforescencia rodaba espumas iluminadas, y al venir el crepúsculo matutino dibujó la silueta de unos *praos* veloces que se alejaban de las playas visayas.

—¿Serán moros? —preguntó Ino-Dactú con cierto temor.

—Pueden serlo —musitó la garza imperceptiblemente.

—¿Irán a saquear mi poblado? —volvió a interrogar el niño con inquietud.

—Llevan la dirección opuesta.

—Vamos pronto, vamos pronto. Yo quiero llegar a casa.

Y otra vez hicieron el camino, a lo largo de la playa ahora, sobre las arenas húmedas, blancas de sol y de conchas, tiernas de agua marina, ausentes de huellas.

* * *

El poblado de Ino-Dactú era una mancha negra, enlutada por el fuego y el saqueo. Los moros habían estado allí; la hermosa vivienda de nipa y bambú con adornos de maderas finas



—¿Serán moros?

en la escalera, y el frente de la casa, yacía aplastada sobre el suelo, hecha carbón y cenizas. Sólo los utensilios de hierro, armas en su mayoría, conservaban su forma, sin lustre y sin pulimento. El niño lo contempló todo a distancia, y el dolor, el coraje, el rencor, le hicieron hombre. No lloró. Apretó los dientes y permaneció silencioso largo rato. Luego se acercó al trozo de tierra donde se había levantado su vivienda, rebuscó con los pies y las manos y cogió un *bolo* (1) que había usado su padre más que ningún otro, como un favorito entre sus armas. Era pequeño, y encajó bien sobre su cintura, atada la vaina de madera al cinturón de rota entrelazada que sostenía en su sitio la exigua vestimenta del muchacho. Torso desnudo, piernas desnudas y sólo un lienzo fuerte de colores chillones partía del cinturón por encima del ombligo, se ceñía al cuerpo entre los muslos y subía otra vez al cinturón bien anudado, para caer suelto después hasta las corvas.

Ino-Dactú quiso reconocer luego los cadáveres mutilados y calcinados que, en contorsiones macabras, yacían en el suelo; por alguna sortija sin valor, por algún arete sin precio, supo de esta o aquella persona. Ninguno le pareció su padre ni su madre. Tampoco los criados de la casa parecían haber sido muertos, ni los principales del poblado. Sin duda se los llevaron cautivos, en espera de un rescate, o para esclavos los más fuertes. ¿Y su madre? ¿Qué harían con su madre? ¿Esclava? ¿Favorita? Ante estas ideas sintió Ino-Dactú que el corazón se le apretaba. Alejándose del lugar, se sentó en el suelo; hundió la cara entre las rodillas, levantadas, mientras con los brazos, cruzados y apoyados sobre ellas, se cubría la cabeza. La garza, entristecida también, se colocó a su lado, y con el pico acarició sus cabellos. Ante esta única ternura del momento, Ino-Dactú levantó la cabeza, apretó el cuerpo blanco de la garza contra su pecho y, bajando la frente hasta su plumaje, lloró amargamente mucho rato. Ninguno de los dos hablaba. Silencio y lágrimas, lágrimas y silencio. El niño se fué quedando dormido; la garza lo dejó caer suavemente sobre el suelo y, rendido de sueño y de cansancio, durmió muchas horas. Pero en el cuello de la garza blanca las lágrimas del hijo del rey malayo dejaron un collar de perlas limpias, gruesas, preciosas, de un valor inapreciable.

(1) Cuchillo típico, largo, ancho y afilado.

* * *

No muy lejos de aquel paraje, pero bastante internado en la selva, había vivido un hom-

bre en una casa que edificó él mismo entre las ramas de un frondoso *talisay* (1). Este hombre solitario había venido de otra isla en busca de arenas de oro, de piedras preciosas y de perlas, porque alguien le contó que en épocas remotas habían abundado estos tesoros en aquellos lugares. La leyenda narra que todo cuanto iba encontrando lo llevaba siempre encima de sí, hasta que un día halló con su carga al fondo del mar, buceando tras una perla de gran tamaño, y murió ahogado, sin conseguir salir a la superficie, arrastrado por el peso de sus piedras y metales. La casa en la copa del árbol aun existía, pero sólo los pájaros se atrevían a acercarse a ella. La garza condujo al muchacho a esta vivienda, para que tuviese lugar donde reposar y escondrijo donde ocultarse antes de que las tribus vecinas se enterasen de que el hijo de su antiguo enemigo había sobrevivido a la catástrofe y quisiesen vengar en él los agravios de su padre.

Limpiaron de alimañas la única habitación de la casa, extendieron en el suelo una capa de hojas secas con mullido de algodón de árbol y flor de *tigbau* y colocaron encima las láminas verdes de la hoja del plátano para que el

(1) Arbol del país, de gran altura y hoja grande.

lecho fuese blando y fresco. Tres garzas montaron guardia, siendo ellas las encargadas de ahuyentar a los reptiles y los insectos, y un monó le subía el agua para su sed.

Se desnacharon entonces doscientas mavas, que, volando en bandada, lograsen localizar a los moros secuestradores de los padres de Ino-Dactú. Mientras esperaron sus noticias, se cortó un tronco corpulento y fuerte; talaron en él un hueco, le dieron forma de quilla con la proa bien afilada y terminaron la embarcación poniéndole un mástil y una vela robada por los monos a las tribus vecinas.

Al fin, un día las mayas regresaron y relataron todo cuanto habían visto y averiguado. Sabían que los moros eran de Joló, conocían exactamente el lugar donde se hallaban los cautivos. El reyezuelo estaba enfermo y parecía tener poca vida. Su esposa, recluída algunas temporadas, formaba parte de la servidumbre de la favorita cuando salía de viaje. Esto entristeció mucho a Ino-Dactú, pero reaccionó rápidamente. Precisamente para liberarla antes de su cautiverio debía actuar en seguida. Rogó a la garza que reuniese en consejo a todos aquellos animales que les habían ayudado hasta entonces y que les pudiesen ayudar de allí en adelante.

—Antes de nada —le dijo a la garza—, dime cómo he de llamarte.

—Por mi nombre —replicó ésta con un tono de autoridad.

—¿Y cuál es tu nombre? —inquirió el niño.

—Me llaman *Mahamut* —contestó orgullosa.

(Mahamut quiere decir Olorosa.)

—Precioso nombre —admiró Ino-Dactú—, pero, ¿por qué te lo pusieron y quiénes te lo adjudicaron?

—Mis padres colgaron su nido en la rama más alta y escondida de una gardenia gigantesca. Mi madre puso tres huevos; los otros dos se malograron y nací yo sola cuando el arbusto estaba tan florecido que contenía tanta flor como hoja. Y más que ninguna otra garza lo haya sido nunca, nací yo blanca y perfumada con el intenso perfume de las gardenias que me vieron nacer. Entonces, el dios de las aves me llamó *Mahamut*.

—Bien, Mahamut; esta noche en mi casa nos reuniremos todos.

Asistieron los monos, las garzas, las ratas, dos águilas amigas de Mahamut, la cacatúa que les libró del cocodrilo y un buho sabio.

Presidía Mahamut y enfrente se sentó Ino-Dactú.

—La señora Cacatúa va a prestar juramento de no repetir nada de lo que aquí se hable. Todos conocemos la facilidad con que repite cuanto oye, y es menester que por su honor prometa no hacerlo.

La pobre Cacatúa juró, imponiéndose el sacrificio de callar por amor a Ino-Dactú.

—Se trata —comenzó Mahamut— de buscar un medio para poner en libertad a los padres del príncipe. Se sabe que están en Joló; las mayas nos llevarán al lugar exacto donde se encuentran, pero una vez allí, ¿cómo conduciríes hasta nuestra embarcación sin ser vistos por sus guardianes o por las gentes del palacio del sultán?

Los monos comenzaron a chillar diciendo mil tonterías a la vez.

Esto le molestaba de tal forma a Ino-Dactú, que estuvo a punto de expulsarles de la reunión, pero Mahamut le había advertido de antemano que tuviese paciencia con ellos, puesto que eran los únicos que podrían penetrar por agujeros relativamente pequeños y hacer mil cosas útiles con las manos. Trepaban y saltaban bien, y aunque su estupidez no tenía límites, en un momento dado podrían ser insustituibles.

—Está muy bien, está muy bien todo lo que sugeris —les dijo adulándolos Mahamut—, pero hemos de escuchar también los demás.

Y dirigiéndose a una ratita le preguntó:

—¿No podrías tú dar algún consejo?

La ratita era sabia —casi todas lo son—, y contestó:

—Para esta empresa hace falta poner mucho valor, ya que habrá que arriesgarlo todo, yendo a ciegas a la acción. El que lo tenga debe personarse en el lugar donde se hallen los cautivos, y una vez allí, estudiando el terreno, hacer los planes necesarios.

Como los monos no son demasiado valientes, comenzaron a chillar otra vez.

—¿Y quiénes crees tú deban ir? —volvió a interrogar la garza.

La ratita reflexionó un momento y dijo:

—Iré yo con mis dos hijos mayores; nosotros como ninguno podemos trazar pasajes subterráneos desde un lugar del bosque hasta las mazmorras.

—Pero es que la reina está en una especie de torreón levantado sobre un montículo guardado día y noche —replicaron las mayas.

—Estaba —dijo la ratita—, ¡pero quién sabe si la habrán trasladado a alguna mazmorra a donde es tan difícil llegar! Por si aun sigue allí, iréis vosotras también, para llevarla los mensajes sin llamar la atención, y las águilas, para los menesteres de la vigilancia desde los aires. El señor Buho, que ve mejor de noche que de día...

—No —interrumpió el buho adivinando que le iban a comprometer en una aventura incómoda y poco científica—, no; conmigo no contéis. Me parece tan absurdo lo que pretendéis, que mi prudencia se subleva contra ello, y mi consejo es que desistáis.

—¿El buho nunca tuvo madre? —preguntó algo insolente Ino-Dactú.

—De ella aprendí la prudencia; ni aun por salvarme a mi hubiera acometido una empresa tan desatinada como la que vais a emprender. Príncipe, si el destino de vuestra madre es la prisión o la servidumbre, nada puede cambiar lo que las estrellas decretaron.

Se rascó la cabeza con la pata, descendió de una rama y se alejó del lugar.

Ino-Dactú se puso de mal humor, y con acento autoritario preguntó a los monos:

—Y vosotros ¿querríais venir si fueseis necesarios?

Todos intentaron contestar a la vez, pero no se entendió a ninguno.

—Que hable uno sólo —gritó el príncipe.

Se adelantó una mona en nombre de los demás.

Situada entre la garza y el niño comenzó así:

—Nosotros acompañaríamos gustosos al príncipe si el viaje hubiera de ser por tierra, pero el mar...

—La barca es segura —interrumpió una de las ratas—. La hemos examinado y ofrece

todas las garantías, y cuando nosotras, las ratas, lo aseguramos es porque así es.

—No se trata del miedo a naufragar —contestó la mona—; es que ya saben todos que los monos nos mareamos embarcados.

—¡Ja, ja, ja! —rió Ino-Dactú—. Se marean, ¡ja, ja!, se marean.

—Si el príncipe se burla de nosotros...

—Sí, me burlo, me burlo. Podéis quedaros. Habéis sido hasta ahora compañeros de todos mis juegos, tretas y diabluras; cómplices a lo largo de mi vida; pero después de oíros me da vergüenza teneros por camaradas, y de aquí en adelante seréis víctimas mías en vez de lugartenientes. ¡Cobardes!

La mona, enfurecida, gruñía enseñando los dientes, y se volvió a armar la algarabía.

—Y si en lugar de ser nosotros las víctimas fueses tú el que...

No concluyó de hablar, porque la garza le propinó tal picotazo en una oreja, que de un salto vino a caer a los pies de Ino-Dactú, quien, a su vez, colocó el más formidable pisotón sobre su rabo diciendo:

—Pues toma para empezar. El que da primero da dos veces. La guerra queda declarada.

La mona salió aullando de dolor, y tras ella, de rama en rama, fué toda la manada.

—¿Hay alguno más que quiera irse? —preguntó Ino-Dactú.

Nadie se movió.

—¿Y tú, señora Cacatúa?

—Yo iré gustosa a donde el príncipe me mande. Además, puedo ser muy útil; nadie como yo aprende con tanta rapidez las lenguas, nadie imita tan bien las voces, los modos de emitir y de pronunciar. Yo podría hacer creer al sultán o a su favorita que le hablaba algún antepasado, llenándole de pavor. Oír una voz sin saber de dónde procede y sin ver al que habla infunde miedo sobrenatural.

—Ya está, ya está, ya encontré la solución —gritó Ino-Dactú golpeándose la frente—; con burlas y supercherías espantaremos a los moros, y cuando se hayan alejado del lugar, libertaremos a mis padres.

La idea de hacerlo así, engañando a sus enemigos, entusiasmaba a Ino-Dactú; pero la garza y las ratas pensaron que no se podría obrar tan a la ligera. Sin embargo, no osaron llevarle la contraria, temerosas de despertar otra vez su mal humor.

—Puesto que está dispuesto que vayamos los que aquí nos encontramos, lo mejor es ponernos en camino en seguida. Y una vez allí, trazar el plan de acuerdo con el lugar y las circunstancias.

Las ratas asintieron y se fijó el día de la marcha. Almacenaron en la barca una buena cantidad de cocos, agua, pescado seco y arroz,

eslabón y pedernal para hacer fuego, con otras cosas necesarias.

El día antes de la salida vinieron las ratas a contar a Mahamut que por una conversación escuchada desde un canalillo seco, se habían enterado que un primo de Ino-Dactú estaba reclutando gente y fabricando armas. No sabían para qué, pero se temían que este pariente del reyezuelo quisiese volver a formar la tribu erigiéndose él su jefe y usurpando así el lugar de Ino-Dactú, heredero directo del mandato que su viejo padre ostentaba.

—No se lo digáis al príncipe —recomendó la garza—; si se prepara una usurpación, debemos traer al rey o a su compañera lo antes posible. Por lo tanto, hemos de zarpar sin pérdida de tiempo.

Una noche de luna partieron de las playas visayas. Sin alejarse de la costa remontaron el cabo y pusieron proa al Sur. Agarrrado al timón, Ino-Dactú acariciaba con la otra mano a Mahamut, la frente muy alta y la mirada en las estrellas.

* * *

—Ya había dicho antes —prosiguió Juana— que una de las aficiones más arraigadas en el hijo del reyezuelo visayo era el dar bromas pesadas a todo el que se pusiera delante. Las tretas, las añagazas, las travesuras,

estaban tan metidas en su sangre, que sólo en los momentos más graves de su vida procedía con seriedad y raciocinio. Lo más doloroso que le había sucedido desde su nacimiento había sido la destrucción de su hogar y de su tribu y el secuestro de sus padres. Ya sabéis que hasta lloró, y su llanto había sido tan sentido, tan precioso, que las lágrimas se ensartaron en torno al cuello de la garza protectora. Durante los días que siguieron a la hecatombe, Ino-Dactú no dió una sola broma ni procedió maliciosamente con ninguno de los animales que le rodeaban. Estaba triste y no podía divertirse. Sonrió con rabia cuando la mona recibió su castigo por haberle faltado al respeto, y se prometió hacer a los de su especie el blanco de sus burlas y jugarretas.

Pero como tal inclinación estaba amasada en su alma con tinte imborrable, pronto salió a la superficie otra vez el color de sus aficiones, y desde el momento en que la cacatúa le inspiró la idea de hacer el rescate asustando a los moros con imitaciones de voces de fantasmas y de antepasados, el niño se ilusionó con una empresa que iba a divertirle, y como, además, era optimista en sumo grado, se fué borrando su tristeza a medida que se acercaba con su barca al lugar donde iba a encontrar a sus padres. Así, pues, el viaje fué agradable para él.

Navegaban siempre de noche, costeando,

y descansaban durante el día, al amparo de los arrecifes, donde pescaban o desembarcaba Ino-Dactú para hacer nueva provisión de cocos, cogiéndolos en los cocoteros de las playas. Si alguna vez se cruzaban con otra embarcación, Mahamut se escondía para no llamar la atención, y el chiquillo tendía una red pretendiendo pescar o buceaba hondo para hacer creer a los que le miraban que era un pescador de perlas. Como le veían un niño y sus trazas eran de pobre, le deseaban buena suerte y se alejaban sin molestarle. Hasta los piratas se reían de él, sin sospechar cuál era su cuna y qué empresa alentaba su pecho juvenil, pero bravo.

Las águilas y la cacatúa volaban sobre tierra firme y sólo embarcaban para pasar de una a otra isla, proyectando de antemano el lugar de cita donde habían de recogerlas. Las ratitas comían maíz y arroz. Inspeccionaban la barca para asegurarse de sus buenas condiciones y daban consejos sabios, llenos de buena voluntad, al hijo del reyezuelo. Mahamut pescaba pececitos, que eran su alimento predilecto, en los remansos de las playas o sacándolos del mar con su pico tan pronto como se acercaba uno a la barca. Y cuando el viento soplaba recio, sin huracanarse, Ino-Dactú desplegaba la vela china, que, como un ala de murciélago, se extendía y se hinchaba, dando velocidades fantásticas a la embarcación, que, levantando espumas y fosforescencias, avanzaba, avanzaba sobre el mar tropical de la Insulindia. Entonces el niño, príncipe y marino, sujetaba fuertemente el timón y maniobraba, con la mirada de águila clavada en las olas, con el torso moreno inclinado hacia delante y los nervios y el espíritu en tensión. Era un deporte que le entusiasmaba haciéndole olvidar todo. Hasta la blanca y tierna Mahamut y cía ausente, un poco triste, en el fondo de la barca, ¡Ah!, pero en las noches de calma obtenía la garza un precioso desquite. Al lado de su príncipe, en pie, porque no había temor a que el viento la llevase, contemplaba el rielar de la luna sobre las aguas somnolientas. La barca, casi inmóvil, no necesitaba atención, y entonces Ino-Dactú acariciaba a Mahamut y cantaba canciones nostálgicas de la tierra dulce, sones melancólicos, melodías de mar, lamentos de amor, añoranzas de cautivos en tierras extrañas o anhelos de siervos eternamente enamorados de princesas, de hijas de jefes, de mujeres cuya casta más elevada las hacía imposibles a su amor. O bien remedos de cantos de pájaros, silbidos, gorjeos y gritos de selva, o lamentos largos y potentes, como la voz del océano y la resonancia de las enormes caracolas de las playas del trópico. Se tendía boca arriba sobre la barca y miraba a las es-

trellas, todas luz, todas ensueño, mientras Mahamut reposaba sobre su pecho y rozaba con el plumaje de su cabeza los labios del muchacho. Felicidad mayor no podía existir para la garza enamorada —porque eso es lo que le ocurría a Mahamut, que estaba enamorada de Ino-Dactú—. Sin embargo, un pájaro no puede casarse con un ser humano. También su amor era un imposible, al menos que algún hada o algún dios realizasen, con su varita mágica, el milagro de transformarlos. Mientras esto pudiera llegar a ser, Mahamut, resignada, amaba intensamente al príncipe y le servía con abnegación, con ternura, con heroismo. Y por razón de este amor, tan grande como imposible, la felicidad inundaba sus horas y su pecho en aquellas noches de luna y de mar en calma, en las cuales Ino-Dactú, ante la imposibilidad de navegar, se abandonaba al suave vaivén de la embarcación y cantaba de cara a las estrellas, mientras su garza le besaba con el beso blanco de su plumaje.

* * *

Al fin llegaron. En el torreón ya no estaba la madre de Ino-Dactú. Tampoco estaba en ninguna mazmorra. Las ratas visitaron todas y supieron de la muerte del reyezuelo, padre del príncipe. Y mientras buscaban a la esposa

del jefe, la cacatúa ensayaba sus voces fantasmales.

De retorno de un vuelo, las águilas trajeron la nueva de que la esposa del reyezuelo vivayo se hallaba con la favorita pasando unos días cerca de la fuente de la Salud. Esta última, aquejada de una enfermedad desconocida y misteriosa, había ido a desagraviar al Profeta, tallado en piedra, que guardaba la entrada de la fuente, y se había quedado unos días a beber el agua que sanaba. Cumplida su misión, la favorita represaba para reunirse otra vez con el sultán. Pero no volvía curada; al contrario, su mal se había agravado. El sultán, guerrero incrédulo y sanguinario, esperaba poco de la fuente de la Salud, y hasta dudaba del Profeta. Fatalista, como buen mahometano, dejaba al Destino resolver por sí solo los problemas. Aquella misma noche la cacatúa se posó cerca de su ventana y comenzó la faena. Antes, una de las ratitas, emplazada en el ángulo superior exterior de la alcoba del sultán, roía el bambú del entramado con ritmo misterioso y despertaba al soberano. En seguida la cacatúa emitía un sonido lúgubre e inmediatamente, con la misma entonación, pero entubando más la voz, decía en dialecto joloano: "Se acerca tu castigo."

El sultán saltaba del catre de bambú, adornado con hojas entrelazadas de cocotero, y se

asomaba para descubrir al charlatán. Pero ya la cacatúa había volado y la ratita se había escondido.

Cuando la favorita, en los días que siguieron, escuchó la lúgubre voz de la cacatúa anunciando un castigo, que parecía haber empezado ya con su enfermedad, se atemorizó tanto, que hubo necesidad de montar guardia especial para ver si se descubría la patraña o, por el contrario, quedaba confirmado el presagio con la persistencia de la voz misteriosa, como un anuncio sobrenatural.

Ino-Dactú y su comparsa debían, pues, actuar con mucha mayor cautela. Se le propuso a la cacatúa teñirla de negro para mejor impedir su visibilidad, pero ella, presumida y envanecida con la belleza de su plumaje, se negó en rotundo.

—Prefiero correr el riesgo de que me atraviesen el pecho con un flechazo antes de consentir tal tropelía —gritó indignada.

Y como suspender la farsa hubiera sido fatal para la empresa de salvar a la madre de Ino-Dactú, hubieron de continuar en su cometido, situando a la cacatúa un poco más alejada del palacio, disimulada entre las flores blancas de un magnolio. La garza montaba guardia en otro árbol más distante, y casi al borde de la empalizada, Ino-Dactú, echado sobre el suelo, dentro de un embudo de tierra.

observaba a la cacatúa y a la garza, dispuesto a auxiliarlas en cualquier momento de peligro. Los soldados del sultán vigilaban, haciendo ronda por la floresta, unos con lanzas, otros con arcos y flechas. Mostraban serenidad y audacia hasta el momento en que la cacatúa lanzaba su grito lastimero. Entonces palidecía de terror, incapacitados de escuchar con atención la frase siguiente para mejor localizar la garganta que la emitía. Estaban convencidos de que no existía tal garganta, de que era una voz de ultratumba la que así hablaba. Y en cada nueva noche íbanse alejando cada vez menos de la vivienda del sultán. Este, enfurecido, los sustituyó con guerreros más audaces; pero también éstos rehuían poner su valor al servicio de una lucha no contra hombres, sino contra los poderes sobrenaturales.

Las ratitas hacían sus correrías durante el día, recogiendo los comentarios y explorando el ánimo de las gentes. En la intimidad de los hogares se murmuraba ya contra la irreligiosidad del sultán, que se negaba a dar por hecho un aviso directo de los dioses. El pánico cundía. Las águilas hacían amistades con las aves y animales de los alrededores para enterarse de los rumores. Y a sus oídos llegó que un buho, al cual consultaban los astrólogos del sultán, se iba dando cuenta de la farsa y

estaba a punto de hablar. Aquello era un gran peligro, pues el buho, con su fina vista en la oscuridad, habia descubierto a la cacatúa y se habia enterado luego que actuaba por cuenta de un muchacho malayo a quien se veia en compañia de una garza. Las mayas, pio-piando, también confirmaron lo que repetia la voz popular.

—Lo que no sabe el buho —decian— es que somos muchos en la conspiración, y lo que más le intriga es dónde nos escondemos durante el dia.

—Me he olvidado deciros —nos advertia Juana— que Ino-Dactú dejó la barca bien oculta entre la vegetación de un arroyo, que era un afluente del rio grande, por donde se llegaba a la residencia del sultán. Este rio principal salia al mar por la costa sur de Joló, mientras el afluente desembocaba en otro ramal que a su vez moria en la costa oeste. Por el rio mayor entraban embarcaciones grandes y juncos chinos. Pero el buho, que habia visto a la cacatúa y que descubrió luego a Ino-Dactú de bruces sobre el suelo, y más tarde levantarse y unirse a la garza, les perdia de vista tan pronto como amanecia y el sol le dejaba ciego. Cuando la recobraba con el oscurecer, ya estaba el niño en su escondite dentro del parque del sultán, de forma que no se enteraba de dónde venian.

Las águilas trajeron la nueva de que, por mediación de un gato montés, el buho les habia propuesto que le prestaran el servicio de averiguar el paradero de un muchacho y una garza que andaban por aquellos lugares, a lo cual ellas, las águilas, se prestaron gustosas, pretendiendo una alta remuneración, para mejor despistar al docto noctámbulo. Pero al ver éste cómo los dias pasaban sin que las águilas le proporcionasen información alguna, se dió cuenta de la burla, y, sin esperar más, puso en conocimiento de los astrólogos todo cuanto sabia. Los informes le vinieron al sultán de perilla, porque ya la favorita, presa del terror más grande, se habia negado a permanecer en palacio y se habia vuelto-a la fuente de la Salud con la madre de Ino-Dactú. El sultán, enfurecido, proyectó una venganza refinada, llevada a cabo con sus propias manos. Y aquella noche, tan pronto como escuchó la voz de la cacatúa, llamó a los soldados que con él habianse previamente escondido en unos macizos de *gumamelas* (1), les señaló el ave oculta en lo alto del magnolio, les llamó "cobardes", "indignos del nombre de guerreros", y les dijo:

—Ahora mismo voy a disparar una flecha para matarla.

(1) Arbuso de flores grandes variadas.

Y al amparo de la luna creciente, apuntó hacia el árbol.

Los guerreros quisieron detener su brazo, recordándole que aquella cacatúa podía ser un ave sagrada enviada de los dioses y no debía tocarla; pero él, soltando una ruidosísima carcajada, levantó el brazo para lanzar el dardo. En este momento una flecha le atravesó el codo. Ino-Dactú acababa de disparar contra el sultán. Y cuando los guerreros intentaron huir despavoridos, ignorantes de quién había podido atacar al soberano, el buho les gritó desde lo alto:

—Es el muchacho que se halla escondido en la entrada del subterráneo cegado, del *mangostán* (1).

Viéndose perdido, Ino-Dactú disparó otra flecha, que se hundió en el pecho del sultán. Los guerreros, al ver herido a su jefe, tensaron sus arcos y apuntaron, unos contra la cacatúa, otros contra Ino-Dactú. Este se disponía a disparar por tercera vez, sin rehuir el combate, sereno y altivo.

El buho contemplaba la escena desde la altura, vigilando de reojo a Mahamut, situada ésta en un árbol cercano al suyo, pero sobre una rama más baja.

(1) Arbol que da el fruto llamado también mangostán.

Sabía que Ino-Dactú no podría ya salvarse, porque, aunque él disparase antes su arma, ésta podría eliminar a un enemigo, evitar una flecha contraria, pero no las cien que le apuntaban; y se regocijaba con su triunfo, porque la burla de las águilas había herido su amor propio y expuesto su prestigio de ave sensata y sabia. Sucedió, sin embargo, que, en el preciso momento en que iba a decidirse el destino del muchacho, el buho vió que Mahamut sacaba con su pico algo de entre el plumaje de su pechuga, por debajo del ala, y lo lanzaba a lo alto contra él. Entonces, rápido, alcanzó el cuerno lanzado y, mientras lo sujetaba con su propio pico, volvió a mirar a Ino-Dactú, porque a su oído había llegado ya el silbido de las flechas disparadas.

Pero, ¡oh, prodigio! Ni Ino-Dactú estaba allí ni la cacatúa en su rama del magnolio. Su mirada escrutó la floresta, la enramada, los arbustos, los canalillos, y no vió nada. Tanto Ino-Dactú como la cacatúa se habían hecho invisibles.

La luna iluminaba el parque, pero ni aun así distinguió a los desaparecidos.

Y antes de que llegase a averiguar lo que pudiera ser aquel cuerno redondo detenido por su pico en el aire, oyó un estruendo ensordecedor de armas y cuernos que chocaban, de gritos de guerra y de muerte; mil flechas cru-

zaban la floresta, cien lanzas atravesaban el parque y, finalmente, unos guerreros desconocidos, con escudos malayos, perseguían a los soldados del sultán. También él huyó despavorido, refugiándose en el tronco hueco de un árbol viejo, mientras el sultán se desangraba y moría en el suelo, pisoteado por la turba invasora.

—No cabe duda —pensaba el buho—, esto es una maldición de los dioses. Las voces no eran fingidas: la cacatúa, el niño, la garza, todos, todos, enviados del más allá para infligir un castigo.

Y tembló de arrepentimiento y de pavor.

* * *

Al llegar a este punto de su narración, Juana se levantó apresuradamente, porque había oído la campana de la casa llamando al desayuno. Un desayuno fuerte, de huevos con chuletas de cerdo o pollo, morisqueta frita, tortas de harina de arroz y café con leche de cabra.

—Bueno, Juana, pero ¿qué pasó con Inodactú y la cacatúa? ¿Por qué se hicieron invisibles? —preguntaba yo, temerosa de que quedase suspendido el relato en el momento más interesante.

—Echad a andar, que vais a llegar tarde.

Y trepaba por el talud con prisas de regreso.

—Bueno, cuenta, cuenta —insistía yo con tenacidad infantil.

Pero ella corría jadeante. Cuando pasábamos por delante del mango dulce del huerto divisé a lo lejos, por un sendero que desembocaba en la calzada principal, el caballo de mi padre, sobre el que venía montado.

—Mira papá, lo lejos que viene —exclamé regocijada—, no podemos desayunar mientras no esté él en casa. Sentémonos debajo de este mango hasta que le veamos llegar.

Juana, convencida, accedió.

—Escuchad, que esto es lo más bonito —nos dijo. Y continuó relatando.

* * *

El objeto que Mahamut extrajo de entre su plumaje y lanzó contra el buho era una perla, una de las lágrimas del príncipe, colgadas de su cuello la mañana triste en que lloró su amargura abrazado a la garcita blanca. Aquellas perlas tenían una virtud, un don, un poder; pero estaban condicionadas estas gracias a que un buho, si era de noche, o un águila, si era de día, las cogiese en el aire con el pico al ser lanzadas al espacio por la garza. Quiero decir que el dios de las aves, cuando dió su nombre a Mahamut, le hizo esta promesa: "Si algún día, por tu bondad o por tu

heroismo, consigues que un personaje real llore de agradecimiento sobre tu plumaje, sus lágrimas ensartarán un collar de perlas en torno a tu cuello. Por cada perla te será concedida la gracia que desees, siempre que al desearla dispares la perla al espacio y sea alcanzada con el pico por un buho o por un águila, según sea de noche o de dia. Si la perla cae al suelo, la gracia te será negada, y habrás desperdiciado una ocasión al perderla."

Era la primera vez que Mahamut hizo uso de tal privilegio, puesto que la vida de Ino-Dactú y de la pobre cacatúa le eran bien queridas.

Viéndoles en gran peligro, pidió al dios de las aves que los salvase y lanzó una perla al espacio; el buho, al detenerla, libró a sus enemigos.

Entonces Mahamut corrió presurosa al lugar donde estaba Ino-Dactú, invitándole a que huyese. Cuando iban a saltar la empalizada, el fragor de la lucha que se desarrollaba a sus espaldas les hizo volver la mirada atrás. Vieron cómo los soldados del sultán huían llenos de pavor, y cómo los asaltantes sembraban la muerte entre gritos de victoria. A la cabeza de ellos, arrogante y valeroso, iba un hombre que el niño reconoció en seguida. Era su primo, el mismo que mientras Ino-Dactú salía de la isla de Negros, se hallaba reclutando

hombres y fabricando armas para un ejército.

—Mahamut, Mahamut —dijo, invadido por la sorpresa—, es Hamabul, mi primo; ¿qué intención le habrá impulsado a hacer esto?

—Huyamos, huyamos —replicó la garza—, que no te vea; por las almas de tus antepasados, que no sospeche que estás aquí.

Y con su poder irresistible y misterioso arrastró al muchacho tras de ella.

Mientras corrían amparándose entre las sombras de los árboles, escuchaban el clamor de las armas al chocar, los lamentos roncos de los heridos y moribundos, los gritos de guerra y victoria de los triunfadores. Y más a lo lejos, las pisadas de los fugitivos que huían de los poblados para librarse de los asaltantes, que pronto saquearían e incendiarían sus aldeas.

Ino-Dactú se paró súbitamente y exclamó:

—Ahora o nunca, Mahamut; vamos a la fuente de la Salud a libertar a mi madre.

—Ten prudencia, muchacho, y esperemos. ¿No ves que nos vamos a encontrar con gentes por doquier?

—¿Y qué importan las gentes, si no nos conocen? Acompáñame, Mahamut, o me voy yo solo.

Una de las ratitas se les presentó de improviso.

—Llevo media hora buscándoos. ¿Dónde está la cacatúa?

Ninguno de los dos la había vuelto a ver.

—Búscala tú —ordenó Ino-Dactú a la rata— y esperadme en la barca.

—¿A dónde vais? —preguntó la ratita.

—A la fuente de la Salud, en busca de mi madre. Adiós.

De un salto salvó un foso y salió corriendo. Le siguió la garza. Pero antes encargó a la ratita que, si sobre el amanecer no habían regresado, saliesen las ágiles en vuelo de reconocimiento para localizarlos.

* * *

El palacete de caña y paja de la fuente de la Salud estaba ardiendo cuando Ino-Dactú y Mahamut llegaron al lugar. La imagen de Mahoma que guardaba la entrada yacía derribada y rota en el suelo. Ni un ser humano se veía en aquellos parajes. Los que habían llegado hasta allí se habían marchado ya con las mujeres que fueron a buscar.

Ino-Dactú gimió, desesperado:

—Tarde, tarde; ya me lo presumía.

Pero la garza le consoló:

—Estás muy nervioso, muchacho; cálmate, date un buen baño en la cascada y regresemos luego a la barca.

—¡Sin averiguar antes dónde está mi madre?

—Seguramente las ratitas o los pájaros tendrán noticias que darnos y nos dirán si la han visto.

Esta reflexión serenó al príncipe. Se chapuzó en la laguna, llegó nadando hasta la cascada y aspiró, pletórico, el aura perfumada con la Dama de Noche bajo el beso de la luna, mientras el agua espumosa caía sobre su cabeza morena y daba descanso a su cuerpo fatigado.

—¿No puedes tú venir hasta aquí? —gritó, eufórico, a Mahamut.

—No; acaba y marchemos.

—Espera, espera todavía —contestó entusiasmado y radiante.

Volvía a ser un niño. Se olvidó por un momento de su madre, de su aventura, del peligro, de la barca, de sus compañeros. ¡Aquella soledad, aquella cascada que ponía aureolas de espuma a su cuerpo, aquella laguna dormida sobre el regazo de la noche iluminada, aquel susurro del bosque perfumado...!

Saltó otra vez a la laguna y comenzó a nadar trazando círculos en el agua.

—Vámonos, vámonos —insistía Mahamut.

El muchacho se zambullía, buceaba, surgía de nuevo, cortaba el agua con las piernas y volvía a desaparecer bajo la superficie.

—Es indispensable que regresemos —gritó, seria e imperiosamente, la garza.

Ino-Dactú nadó a la orilla y se dispuso a marchar.

—Tengo muchas ganas deestar de vuelta en mi isla, con mi madre —murmuró el príncipe.

—Yo también —suspiró la garza.

• • •

En la barca estaban todos, todos menos la cacatúa. Una preocupación comenzaba a inquietarles. ¿Dónde estaría la cacatúa? Pero había que esperar algo más antes de emprender una búsqueda.

Las ratas sabían lo que había ocurrido en la fuente de la Salud. Hamabul, tan pronto como se enteró del paradero de su tía, corrió personalmente al lugar donde se hallaba, y en una hamaca de mano se la llevó. Detrás, a pie, iba la favorita del sultán como cautiva.

Las habían embarcado en sus praos y habían salido al mar por el río grande. Sólo una embarcación quedaba para recoger a los rezagados y salir tan pronto como amaneciese.

—Por lo tanto, no nos queda ya nada que hacer aquí —opinó la rata madre—. Debemos partir antes de que rompa el alba para evitar caer en manos de los moros cuando regresen a sabiendas de que sus enemigos ya abandonaron el lugar.

—Pues preparémonos a zarpar —dijeron las mayas.

—No podemos dejar aquí a la cacatúa, que tan bien se ha portado —objetó Ino-Dactú—. Esperaremos hasta que empiece a clarear el día.

Dos horas después vieron avanzar hacia ellos un bulto blanco, y sin dar tiempo a la cacatúa para que les explicase la causa de su ausencia, desembocaron en el mar por la salida del Oeste, siguiendo el curso del afluente donde se habían refugiado. Cuando el sol iluminó de lleno la superficie del agua, notaron que a la cacatúa le faltaba el moño. Una flecha se lo había llevado en la refriega, y en vez del penacho de vivos colores, hubo de resignarse la bella charlatana con lucir la monda de su cabeza desplumada. Su pena no tenía consuelo. En vano le aseguró Ino-Dactú que había sido la más brava y la más útil de la expedición; vanamente también la quiso convencer de que sus plumas volverían a salir, más jóvenes, más vivas de color y más empingorotadas. Ella se pasó el viaje de regreso oculta debajo del asiento de popa, y juró no dejarse ver por nadie hasta tanto no recobrase la maravilla cromática de su cresta de plumas.

En este momento de la narración hubimos de penetrar en casa, porque mi padre se apeaba del caballo frente a la puerta.

• • •



Notaron que a la cacatúa le faltaba el moño.

Apremiada por mi impaciencia, Juana tuvo que relatarme rápidamente el desenlace de esta historia, ya que no quise esperar a la velada de la tarde para saber por qué el primer *Camá-Camá* había tenido la estatura de un niño de dos años, y todos los que le siguieron fueron de la altura de una garza. Aprovechando un breve descanso en su trabajo, me contó este final:

—Y al llegar a su tierra desembarcaron sin ser vistos lejos del lugar del antiguo poblado, se instalaron en la casa del árbol que el avaro pescador de perlas dejó en el bosque, y luego que se hubieron enterado que la expedición de su primo Hamabul contra los moros se debía al noble afán de éste por rescatar a su tía y restituir en su jefatura al viejo reyezuelo, presentóse Ino-Dactú a su madre y a aquél.

Hamabul había preparado previamente una casa para los jefes de la tribu, a la cual fué la madre de Ino-Dactú. Nombrado éste reyezuelo, pidió a Hamabul que se ocupase de la jefatura hasta que él fuese mayor de edad. Y el muchacho se dedicó a atender a su madre, a reanudar su afición por las bromas y las tretas y, sobre todo, a amar y acompañar a Mahamut. Conservaron en buen estado la casita del bosque para estar juntos muchas horas, sin que los súbditos ni sus familiares supiesen nada del escondido nido. Allí, Mahamut le tuvo que re-

latar el misterio de su poder, el regalo del dios de las aves, el don especial de las perlas y cómo por primera vez probó su mágico efecto para salvarle a él y a la cacatúa de una muerte segura. Entre ternuras y rubores, hubo de confesarle también su amor y cómo esperaba algún día llegar a ser su esposa.

—Pero eso es muy difícil, Mahamut —le contestaba Ino-Dactú tristemente—; para la realización de tu deseo tendría yo que dejar de ser rey y de ser hombre.

—O yo dejar de ser garza —contestaba ella.

—Mira, ésa me parece mucho mejor solución: que tú fueses mi princesa y luego mi reina —exclamaba entusiasmado.

Entonces Mahamut callaba. Ella sabía que, tarde o temprano, su padrino, el dios de las aves, había de hacerla feliz del todo.

La tribu de Ino-Dactú se rehizo y fué engrandeciéndose bajo la sabia y desinteresada regencia de Hamabul. Sus enemigos quisieron destruirla cuando, débil aún, en los comienzos de su reorganización, creyeron que sucumbiría fácilmente. Pero el mágico poder de las perlas de Mahamut fué salvando los obstáculos y remediando las desgracias. El niño-rey siguió con interés el desarrollo del poblado y lo vió florecer con alegría; pero nostálgico de su independencia de niño, deseoso de evadirse del peso de la responsabilidad de un gobierno y,

sobre todo, temiendo perder el encanto de sus horas íntimas en la dulce compañía de Mahamut, deseó que nunca llegase el momento de ser proclamado jefe efectivo, y suplicó a los dioses que, por una u otra causa, la jefatura quedase ya para siempre en manos de su buen primo Hamabul.

Llegó un día en que a Mahamut no le quedaban más que dos perlas de su precioso collar, y comunicó a Ino-Dactú que por nada del mundo volvería a hacer uso de ellas, puesto que quería reservarlas para un supremo instante de necesidad en su vida y en su felicidad.

Poco tiempo después enfermó gravemente la madre del reyezuelo niño. Se llamaron los mejores curanderos para que estudiaran la enfermedad y la sanaran. Ninguno acertaba con el remedio necesario. La madre del pequeño rey se moría. Mahamut, remisa a perder una perla más, se hacía la sorda ante las alusiones e indirectas del muchacho. Hasta que le vió llorar y tuvo que prometerle que salvaría a su madre.

Efectivamente, al siguiente día Mahamut esperó, con los ojos puestos en el cielo, a que cruzase un águila. Cuando la vió planear tiró hacia lo alto una magnífica perla. Ella e Ino-Dactú, plenos de emoción y de ansiedad, la vieron pasar muy cerca del águila y luego caer pesadamente al suelo. La garza la había lan-

zado bien, pero el águila estaba ciega y no hizo presa. El muchacho lloró amargamente y corrió al lado de su madre enferma.

Llegó a punto de recibir su bendición y de recoger su último suspiro.

* * *

Como siempre, Mahamut fué el gran consuelo en la tristeza de Ino-Dactú. Cumplidas las ceremonias de los funerales y después de que el cuerpo de su madre, expuesto a la intemperie entre el ramaje de un gran árbol, fué consumido por los pájaros, el muchacho se retiró a su casita del bosque, y cuando regresó al poblado fué para comunicar a Hamabul que deseaba abdicar en él y seguir siendo libre como un ciudadano cualquiera. Hamabul trató de inculcarle la responsabilidad que encierra el haber nacido en una cuna real, de la que no se debe renegar por caprichos o por hacerse la vida más fácil e independiente. "Los pueblos —le dijo— viven unidos cuando son regidos por una dinastía, sintiéndose fuertes en el ideal ismo de ser gobernados tradicionalmente por una misma sangre, prolongada en hijos y nietos." Pero Ino-Dactú estaba firmemente resuelto a no ser rey y, sobre todo a fundir su vida con la de Mahamut amalgamando ambas en un solo sentir. Su realeza era el gran inconveniente y debía eliminarla.

Así fué cómo Hamabul pasó a ser el reyezuelo de la tribu, con gran contento del poblado, al que había gobernado justiciera y rectamente durante la regencia. El contacto con él inculcó en sus hombres el aprecio de sus virtudes y la admiración de su valor. Ninguno mejor para regirles que aquel guerrero heroico y bueno, reorganizador de la tribu, rescatador de la madre del príncipe, después de haber aniquilado al sultán que arrasó el poblado con instinto sanguinario de rapiña.

Consumada la abdicación, nada le quedaba que hacer a Ino-Dactú más que vivir holgadamente en compañía de la garza, recordando en sus cuidados la ternura de su madre y en su amor la posible pasión de su "mañana" viril. Y pasaron los días, se fué curando de su pena, vagaba sin preocupaciones por los bosques, se internaba en las selvas, cruzaba los ríos, reñía con los animales de los montes, los vencía con ayuda del bolo favorito que recogió entre los restos calcinados del poblado, hablaba con los pájaros y molestaba a los monos dondequiera que los hallase. Llevaba al cinto un *sumpit* (1) con una gran bola de arcilla, y las pildoritas de barro, introducidas en la cañita, salían lanzadas por su soplido, yendo a

(1) Cañita hueca, que usan los chiquillos indígenas para disparar bolitas de arcilla.

pegarse en las orejas de los monos que tranquilamente dormían sus siestas sentados sobre las ramas. Les preparaba trampas, escondía las crías a las hembras y, en fin, todo cuanto podía atormentarles lo ponía en práctica el muchacho.

Llegó la época de la reproducción; las mayas escondían sus nidos a millares por entre los *tzjobxvales*, la selva se llenaba de trinos, las flores cabeceaban bajo la brisa que transportaba su polen a otras flores, y las libélulas, las abejas, las mariposas libaban del néctar llevando entre sus patas la semilla que había de dar el fruto meses más tarde. Los animales, obsesionados con un renacer de vida en sus entrañas, se perdían por los bosques y se dejaban cazar, olvidándose de la cautela, de los peligros, de todo lo que no fuese la fuerza inconsciente del amor.

Y una noche de plenilunio Ino-Dactú le contó a Mahamut que estaba triste. Luego le preguntó:

—¿Tú no tienes amor? ¿Tú no haces tu nido como los demás pájaros?

—Yo tengo amor, pero no hago nido. Yo no amo a ninguno de mi especie; mi amor eres tú, pero tú no sirves para el nido de una garza.

—¿Por qué? —interrogó el muchacho.

—Porque eres un hombre y yo soy un ave —contestó Mahamut.

—Y si yo fuera pájaro...

—Haríamos un nido —interrumpió la garza.

—Yo quiero ser garza, Mahamut; yo quiero ser garza —suspiró Ino-Dactú.

Mahamut comprendió y sonrió, dichosa.

—¿Estás seguro de que quieres ser garza? ¿No te arrepentirás nunca de haber dejado de ser hombre?

—Nunca —contestó resuelto—. Los hombres son malos, yo prefiero ser ave. Me gustaría volar, tener plumaje, dormir en un nido... Me gustaría ser garza como tú.

Mahamut le miró largo rato y habló así:

—No me queda más que una perla del collar que colgaste en mi cuello; mañana pediré a mi padrino que te convierta en garza.

—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó el muchacho.

—Los buhos son poco seguros; podría fallar el destinado a coger la perla con el pico; mañana, cuando se presente un águila, esperaremos a verla hacer presa para cercionarnos de que no está ciega. Entonces arrojaremos la perla al espacio. ¡Mira qué hermosa! Y se la mostró a Ino-Dactú.

El muchacho apenas pudo dormir aquella noche. No se sabe si de felicidad o de preocupación. Sentía un deseo indefinido de amar, pero pensaba que si amaba a alguien que no fuese la garza, esta moriría de tristeza, y ma-

quinalmente apartó de sí la idea de una mujer compartiendo su vida. No, por nada del mundo podía causarle una pena a Mahamut. Además, amante empedernido de la libertad, le horrorizaban los convencionalismos de la tribu, atada a leyes absurdas para su mentalidad, expuesta a ser arrasada por sus semejantes y obedeciendo siempre a un hombre. Los espacios del cielo le atraían, y ésos eran para las aves; el campo y la selva, los arroyos, los herbazales, la montaña, el prado, los valles, toda la naturaleza, en fin, le embriagaban y podían ser más para él siendo pájaro que hombre. Tenía la certeza también de que nadie sabría amarle con la abnegación, la ternura y la intensidad con que le amaba la garza. Sí, decididamente, era mejor ser ave para siempre jamás.

¡Ah, pero si la perla no fuese alcanzada por el águila! Era la última, y tras el fracaso nunca ya podría realizar el sueño de fundir su existencia con la de Mahamut. ¡Qué sobresalto más punzante mantenía sus ojos en vela dolorosa! Se revolvía sobre su lecho de hojarasca, sentía calor... Se asomó al borde de la plataforma —pues la casa no tenía ventanas y estaba abierta por un lado—; vió que la luna se había ido y que las estrellas se apagaban también ante una claridad lechosa que velaba el cielo. Iba a amanecer.

Mahamut le miraba, pero nada le decía. Volvióse el muchacho a su lecho. A los pocos minutos surgió la claridad asomándose por el horizonte. Más tarde, el sol. Ya estaba el campo lleno de voces, de murmullos, de susurros.

—¿Y si el águila falla en coger la perla? —preguntó, al fin, a la garza.

—Será que mi padrino, el dios de las aves, no te quiere para sí. Siendo ésa su voluntad, habremos de resignarnos.

—¿Y qué haríamos entonces?

—Yo, seguirte a todas partes; tú, marchar por tus caminos de hombre, prescindiendo de mí —replicó Mahamut.

—No, no; yo no sería feliz así. ¡Qué angustia, Mahamut; qué angustia...! ¿Dónde está la perla? ¿No ves ningún águila? Tírala pronto, Mahamut; tírala pronto.

El muchacho voluntarioso de ayer se había hecho vehemente, autoritario, impaciente.

—Espera, espera, Ino-Dactú; cerciorémonos antes de que no está ciega el águila que elijamos —aconsejaba la garza.

—Por allí viene una; anda, tírala; vuela muy bien, es joven y rápida; ¿no ves los giros que hace? ¿La puedo disparar yo?

—No, ha de ser mi pico el que la lance.

—Pues hazlo; ya planea hacia aquí —insistía el muchacho.

—¿Y si te arrepintieses luego? —dudó la garza, entristecida.

—Nunca, Mahamut, nunca —y la besó en el plumaje del cuello para convencerla.

Mahamut, contagiada, perdió la prudencia y lanzó la perla con entusiasmo, radiante de ilusión, encendida en la pasión de Ino-Dactú.

La perla subió muy alta, por encima de la cabeza del águila. Esta la vió elevarse, pero no pudo atraparla mientras ascendía, y dió un giro para remontarse sobre ella. Cuando quiso bajar, la perla había comenzado a caer. Como era grande y pesada, descendía rápidamente. Mahamut e Ino-Dactú la vieron precipitarse hacia tierra, apretados en un abrazo de angustia y de temor. El águila, joven y vigorosa, aguijoneada por su fracaso, se lanzó impetuosamente sobre la presa que se le escapaba y la alcanzó unos metros antes de llegar al suelo. Pero el niño y la garza observaron que, a pesar de todo, se estrellaba sobre el campo un cuerpo, mientras el águila remontaba el vuelo otra vez con un objeto en el pico.

No se explicaban lo que había podido ocurrir. Simultáneamente el muchacho sufría una metamorfosis. Como si se vaciase todo él, como si perdiese peso, como si parte de su materia se evaporase, se encontró ligero, aéreo, incorpóreo. Mahamut le miraba con ojos de asombro y también de horror.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Estoy enfermo? ¿Me estoy muriendo?

Y se miró a su vez. Ya no tenía pies, los muslos se le habían cubierto de plumas, y las pantorrillas, de escamas, rematadas en cinco garras iguales a las de Mahamut. Pero el pecho y la espalda eran de hombre, así como el cuello, y en las manos no tenía más que dos dedos, que se cerraban y se abrían como un garfio, mientras los brazos eran anchos, aplastados y revestidos de plumaje. Se tocó la cabeza. Allí estaban las plumas largas del casco de las garzas; los ojos se le habían corrido a las sienes; tenía pico en vez de nariz y boca. Sí, la cabeza era de garza toda ella. Ino-Dactú no sabía si alegrarse o llorar.

—¿Qué es esto, Mahamut? —interrogó al fin.

—No me explico —respondió la garza, sin comprender—. ¿Puedes andar? —le preguntó.

—Probaré —respondió Ino-Dactú.

Y como sabía hacerlo tan bien como una garza cualquiera, le dijo:

—Sígueme. Vamos a ver qué es lo que cayó al suelo después de que el águila hubo alcanzado la perla.

En el sitio indicado hallaron la mitad de ella. El águila había puesto tanto ímpetu y tanta fuerza por alcanzarla, que al hacer presa la partió en dos. Una mitad cayó al suelo; la otra se la llevó en el pico. Debido a esto, sólo se cumplió a medias el deseo de Mahamut.

Ino-Dactú no era ni hombre ni ave, sino ambas cosas a la vez, por partes iguales.

—¡Qué desgracia! —exclamó Mahamut—. No eres ni garza ni hombre.

—¿Qué tamaño tengo? —preguntó aquél.

—Algo más alto que yo, pero más bajo que antes.

—¿Quepo en un nido de garza?

—Sí, eso sí —contestó Mahamut, más animada.

—¿Me quieres así? —interrogó de nuevo Ino-Dactú.

—Te quiero mucho más —le respondió, dándole un picotazo de cariño.

—Pues soy feliz... —y luego añadió—, pero me da un poco de vergüenza que me vean con esta traza.

—No te preocupes; al lanzar la perla pedí al padrino también que te hiciese invisible. Sólo yo puedo verte, y aquellos a los cuales te quieras mostrar.

—Magnífico; déjame probar si puedo pellizcar con estos dos dedos.

Mahamut dió un grito porque le había hecho daño.

—Lo que me voy a divertir dando bromas sin que sepan por dónde vienen.

Así surgió el primer *Camá-Camá*. Hicieron un nido más grande que los corrientes. Y fueron felicísimos; tan felices, que Juana no encontraba palabras para expresar su dicha y dejó a nuestra imaginación el modo de averiguarlo. Yo tampoco sabría explicaros, lectores, la grandeza y el reboso de su contento, y brindo, a mi vez, a vuestra mente el pintároslo como podáis. No llegaréis nunca a la realidad, porque aquella felicidad quedó por encima de todo cuanto podamos idear. Sólo sé deciros que no volvieron a acordarse de las perlas ni las echaron de menos, porque en ningún momento desearon nada, ya que todo lo alcanzaron con su amor. ¡Ah, y sus hijos fueron todos *Camá-camaes*, traviesos, bromeadores y dichosos, como sus padres!



EL BAGAT



Cuando Epifanio, el cocinero, se emborrachaba, Juana tenía que hacer la cena. La cena precisamente, y nunca la comida, porque Epifanio no se emborrachaba más que por las tardes. Por las tardes, especialmente, porque era cuando iba al pueblo a comprar aves y huevos, y un trago aquí, otro trago allí, tuba en este *tiangui* (1), aguardiente en aquel otro, el cocinero iba perdiendo la noción de las cosas y del tiempo por efecto de los vapores, que ponían confusiones en su cerebro. Si conseguía llegar a su casa, su mujer enviaba un recado para anunciarnos que Epifanio no podía venir. Otras veces se retrasaba tanto, que algún hijo

(1) Tenducho indígena, de caña y nipas, donde se venden menudencias, tales como buyo, tuba, petróleo, cerillas, etc., etc.

tenía que salir a buscarle por la carretera del pueblo. Cuando al dar las siete no se había presentado en casa, Juana empezaba a preparar los alimentos. Nosotros la acompañábamos en la cocina. Solía ocurrir también que, una vez comenzados los guisos, apareciese Epifanio a medio emborrachar o borracho del todo. Entonces le daba por explicar, quieras o no, el motivo de su retraso. E indefectiblemente el causante era el *Bagat*. El *Bagat* es un *asuang*. Un *asuang* ya sabemos que es un ser sobrenatural, invisible y maligno. Los llamados *Bagat* tienen como especial misión de su existencia detener a los caminantes en los lugares solitarios, conduciéndoles por caminos errados, despistándoles, en fin, para evitar que lleguen a su destino, o para retrasarles la hora en que deben alcanzar un lugar señalado. Naturalmente, esto trae consigo inconvenientes y hasta desgracias irreparables.

También suele manifestarse el *Bagat* en apariciones fugaces, las noches de luna, sirviendo de aviso sobrenatural, precursor de infortunios y desventuras. Epifanio nos contaba, por ejemplo, que un terrible macho cabrío se le había atravesado en el camino y no le dejaba continuar. Entonces tenía forzosamente que retroceder o esperar a que el animal le dejase el paso expedito. Y al mostrarle nuestra incredulidad, nos citaba mil ejemplos y nos narraba

cien historias, todas ellas verídicas, según su criterio.

—Sin ir más lejos —nos decía—, aquí mismo, a la vuelta, vive un *Bagat* en el *Talisay*. Se me aparece siempre bajo la forma de un cura, me da las buenas noches gentilmente, me entretiene un ratito y luego me deja pasar. También oigo cantar a una hermosísima mujer que mora en el *imbornal* (1) del cruce de esta calle con la calzada. Dentro de la chimenea del *canarin* (2) habita un cafre, que hace tres meses mató con la mirada a Taoulo cuando pasaba por delante y no quiso detenerse al ordenárselo aquél.

Juana le excusaba de la cocina y le enviaba a su casa. Epifanio, entonces, se iba sumiso, y nosotros preguntábamos a Juana si era verdad que existía el *Bagat*.

—Sí, el *Bagat* existe —nos replicaba, consciente de su saber—, pero no siempre es cierto todo lo que cuenta Epifanio.

—Pero ¿sale realmente a tu encuentro y no te deja pasar? —preguntaba yo.

—No cabe duda.

---

(1) Se llama así, en la Isla de Negros, la alcantarilla que atraviesa las carreteras y calles.

(2) Edificio grande de una sola planta, abierto, pero techado, donde se instalaban los hornos, maquinarias, calderos, enfriaderas, depósitos, etc., para elaborar el azúcar de caña.

—¿Y para qué hace eso? —volvía a inquirir.

—Para alcanzar un fin, que suele ser frecuentemente la venganza.

—La venganza ¿contra quién?

—Contra quien sea: contra un enemigo, contra un agravio.

—Pero, Juana, eso es terrible —decía yo, aterrada.

—Sí, nena, muy terrible; pero hay cosas inexplicables que son terribles y no sabemos siquiera quién nos las envía.

—¿Tú sabes alguna historia del *Bagat*? —preguntaba curiosa.

—Sé muchas, y vosotros sabéis también una —contestó Juana.

—¿Nosotros? ¿Cuál?

—Lo sucedido cuando la muerte del señorito Manolo, el cuñado del señor Gaiztegui.

—No nos acordamos de eso, Juana —decía el mayor de los hermanos.

—Claro, como que erais muy pequeños. Pero recordaréis, sin duda, la mañana aquella en que visteis llegar a un jinete montado a pelo sobre un caballo cubierto de sudor y espuma. El jinete venía pálido, desencajado, tembloroso, jadeante, el rostro cubierto de polvo, el cabello en desorden, la voz ronca. Y apenas pudo anunciar: "Los *Pulíjanes* han cogido al amo, a su hijo y a su cuñado. Ahora se dirigen hacia aquí." Entonces mamá os

arrebujó en unas sábanas, os metió en un carro con el equipaje imprescindible y partisteis para el pueblo. Yo me quedé y me enteré de todo cuanto acaeció luego.

—¿Y qué ocurrió, Juana?

—Esto...

MALA SUERTE

El apellido Gaiztegui era uno de los más antiguos de La Carlota. Tenía sus haciendas muy internadas en el monte, y por este motivo los varones pasaban largas temporadas en ellas, mientras las hembras y los niños vivían en una casona dentro del pueblo. La más principal de entre sus fincas era la hacienda "San Francisco". Para ir a ella, el trayecto que había de recorrerse resultaba largo y penoso, porque la calzada —que cruzaba nuestra hacienda— se hacía estrecha y polvorienta tan pronto como se atravesaba el río, con baches profundos, donde en la estación lluviosa se atascaban los carros. La vida en el monte era más dura que en la llanura. Los braceros rehuían ir allá, y sólo los aventureros, los de dudosa conducta, huídos de la justicia o ambi-

ciosos en pos de un jornal más alto, se avenían a trabajar por aquellos lugares. Esto quiere decir que, si abajo los amos y los capataces esgrimían el *bejuco*, los puños y hasta la pistola, arriba el trato era aún más rígido, mejor dicho, más cruel. Y el espíritu de venganza acechaba el momento oportuno para llegar a la saciedad en su cumplimiento. Gaiztegui se había hecho viejo trabajando los campos, moliendo luego la caña, cociendo el zumo, elaborando el azúcar. La carga pesada de la lucha cala ahora sobre los hombros fuertes de su hijo Julián, bronceado de sol tropical, atlético, afanoso, trabajador. Y para que sus hombres rindiesen, su disciplina era dura, inhumana, colonial. en fin. Era la época y las costumbres. Se azotaba a los hombres, se les castigaba por el menor motivo, y los indígenas, aceptando tal estado de cosas como algo inevitable, guardaban en estado latente una levadura que cualquier *mañana* había de levantar efervescencias de rebeldía. De vez en cuando, alguno de ellos, con hartura de sufrimiento, huía más al monte todavía y se unía a una banda de salteadores, mandada por un hombre que se hacía pasar entre sus huestes como capitán profeta, como guerrero enviado de Dios contra los blancos. El jefe se llamaba a sí mismo Papa Isio, y su banda era conocida por el nombre de *Puláj anes*, tomado de la palabra *Pulá* (rojo). Para

hacerse invisibles en la oscuridad. los bandoleros iban vestidos de colorado. El origen de aquélla partía de la época de la guerra de España contra los Estados Unidos. Los filipinos, que se rebelaron contra los norteamericanos tan pronto como vieron que se les dejaba incumplida la promesa de independencia, anunciada por sus jefes como premio a su colaboración con aquéllos para reducir más rápidamente a los españoles, retrocedieron, batiéndose, hacia los montes. Los últimos focos de resistencia fueron exterminados en el monte bajo, y los guerrilleros que no quisieron rendirse se refugiaron en las escabrosidades de los picos, degenerando luego en banda de salteadores. Contra ellos luchaba la Costabularia cuando ocurrieron los sucesos que se van a narrar. A pesar de que en las residencias de las haciendas se montaba guardia toda la noche, los *Puláj anes* asaltaban las fincas y, después de saquear la casa, se llevaban presos a sus moradores.

Así sucedió que una noche los bandidos penetraron en casa de Gaiztegui y apresaron al viejo, a su hijo y a su cuñado Manolo. El golpe iba dirigido contra Julián, por espíritu de venganza personal; pero se llevaron al padre también, con vistas a un buen rescate. En cuanto a Manolo, víctima única, a fin de cuentas, de aquel suceso, era tan apreciado por los in-

dios, que quisieron dejarle en libertad, invitándole a que partiese para el pueblo. Manolo, sin embargo, con un gesto de lealtad, no quiso separarse de los suyos y decidió compartir su suerte, acompañándoles en su cautiverio, aun contra la voluntad de los apresores.

(Juana nos decía que ya desde un principio el señorito Manolo actuaba por inspiración del *Bagat*, que quería perderle.)

Los bandoleros hicieron alto en un paraje escabroso, entre riscos y vegetación, y desde allí enviaron a su casa al viejo Gaiztegui acompañado de un mensajero para que pactase con la familia el rescate de los rehenes. Dando pruebas de su buena voluntad, los *Puldjanes* habían libertado a don Atanasio, pero Julián no sería libre hasta que no fuesen entregados los tres mil pesos que se pedían. El trato quedó cerrado: aquella misma noche les sería pagado el rescate y simultáneamente habían de soltar a los prisioneros.

La Costabularia, naturalmente, intervino en el asunto, pero se acordó que se abstuviese de atacar a los malhechores mientras no se hallasen en libertad los cautivos, o sea que debiendo entregarse el dinero sobre la media noche, las fuerzas armadas no habían de romper fuego hasta la madrugada. Dispuesto todo de esta manera, se buscó un hombre de gran confianza para encomendarle la misión de llevar la moneda en plata y papel, recomendándole muy especialmente que por nada ni por nadie se rezagase en el camino, y que por encima de todo, el rescate debía ser pagado antes de las cinco de la mañana del siguiente día.

—Has de tener en cuenta —se le advirtió— que en tus manos está la salvación de dos vidas. Si la Costabularia ataca a los *Puldjanes* antes de haber recibido la cantidad estipulada, los rehenes estarán aún en su poder y serán asesinados en el acto. Ni por cansancio, ni por sueño, ni por miedo debes retrasarte lo más mínimo y menos aún dejarlo para el día siguiente. ¿Juras hacerlo así?

—Lo juro, señor —respondió solemnemente Jacinto.

Este Jacinto, nacido en el pueblo, de padre desconocido, había sido abandonado por su madre. La familia Gaiztegui lo recogió, y primero de criado en la casa, luego de capataz en la hacienda, se hizo el hombre de confianza de sus protectores. Andarín y montaraz, por haberse dedicado alguna vez a la venta de plátanos, de camote y de buyo, conocía los caminos y las veredas del monte Canlaón, así como las colinas que le circundaban, los picos, los riachuelos, todo el terreno montañoso, en fin, y por eso también se le eligió entre otros para la misión delicada de llevar el rescate. La deuda de gratitud que tenía con la familia que le

crió era, además, razón de peso para que se esperase de él un fiel cumplimiento del compromiso.

Y en efecto, Jacinto se puso en camino con su valiosa carga inmediatamente después de haberle sido entregada; pasó por Cubay sobre las cuatro de la tarde, continuando hacia la Castellana, para emprender el ascenso en busca de la guarida de los bandoleros, a muchos de los cuales conocía. Como era valeroso, no le importó que la noche se le echase encima, y gran conocedor del terreno que pisaba, lo andaba con facilidad y holgura, con despreocupación casi. Todo fué bien hasta las dos de la madrugada, cuando ya sólo le faltaban cincuenta minutos escasos de camino para dar cima a su cometido. A esta hora pasó por un barrio indígena, pobre y miserable, donde Jacinto tenía un compadre que, tiempos atrás, había sido su socio en el negocio de la venta de productos del monte. El tal compadre se enamoró de una *montesa* (1), con la cual se casó, quedándose ya a vivir en aquellos lugares, porque su mujer no se avenía con la vida de la llanura. Ganas le entraron a Jacinto de subir a descansar un rato y beber una copa de aguardiente, como era su costumbre siempre que pasaba frente

(1) Mujeres indias que nacen y viven en las montañas.

al caserío, pero la importancia de su misión le recordó su deber y siguió adelante. A medida que avanzaba, por un no sé qué inexplicable y extraordinario, el deseo de detenerse se fué haciendo más patente, hasta llegar casi a lo irresistible. El mismo Jacinto no comprendía esa ansia angustiosa que se apoderaba de su voluntad, ansia que conseguía apaciguar gracias al esfuerzo inaudito de su decidido afán por continuar. Pasó al poco rato por delante de una chimenea altísima, que había pertenecido a una hacienda cuyo propietario se arruinó. De las ruinas del camarín sólo quedaba en pie, erguida y majestuosa, la chimenea de ladrillo encalada. En la noche, su silueta blanquecina le prestaba el aspecto de un fantasma gigantesco y espectral. Detrás de su base parecieron agitarse unas sombras, y por primera vez Jacinto sintió miedo. Se paró en seco asegurando con una mano el saco del dinero y empuñando con la otra su revólver. Pero las sombras se disiparon. No habían existido más que como la quimera de una visión nocturna. Jacinto esperó un rato, hasta que viendo que nada extraordinario parecía suceder (aparte del miedo de su pecho y el deseo aumentado de regresar y descansar bajo el techo de su compadre), decidió continuar. Sin embargo, y a pesar de la aparente normalidad, Jacinto no se movía. Algo desconocido le tenía clava-

do en el suelo: el peso incomprensible de sus piernas y la angustia desmesurada de su corazón. Pasaron unos minutos más, largos, interminables, durante los cuales Jacinto tomó la decisión de volverse para serenar su agitación en casa del compadre y rogarle que le acompañase lo poco que quedaba de camino.

Pero no pudo ni girar sobre sí mismo, ni andar hacia atrás. Entonces, comprendiendo la inminente desgracia que se cernía sobre su persona y la familia protectora de su infancia y de su vida, acumuló, en un supremo empuje de su voluntad, todas sus fuerzas, y apretando los dientes y cerrando los ojos se desprendió de la tierra y del sitio y echó a correr.

Jadeaba cuando alcanzó el final de la cuesta y se detuvo. Ceñido a su cintura iba el saco del dinero, mientras la otra mano empuñaba la pistola. Mirando con recelo la base de la chimenea, que quedaba allá abajo, siguió, paso tras paso, con fatiga y con pavor, hasta que la perdió de vista. Más sereno ya, con el contento, además, de haber conseguido vencer la tentación y el miedo, aceleró el andar, deseoso de llegar lo antes posible y acabar con la tarea que se le había confiado. Siguió por la vereda que rodeaba el monte, pasó por un desfiladero conocido, empezó una ascensión penosa y larga, y al llegar a lo alto y doblar un recodo, cuando creía que allí cerca iba a encontrar la

cueva con la gente, desembocó al pie de una montaña y, ¡oh sorpresa!, se encontró otra vez frente a la chimenea, a diez minutos de la casa del compadre. ¿Qué era aquello? ¿Cómo había sido posible que hubiera sufrido tan inexplicable despiste? Oyó cantar un gallo desde el caserío y echó a andar de nuevo por miedo a que sus pies volviesen a clavarse en la tierra, y obsesionado ya con la idea de llegar a tiempo junto a los *Pulájanes*. Anduvo de prisa unos minutos, pero tan pronto como desapareció de su vista la chimenea embrujada, retardó el paso con el fin de orientarse mejor y no volver a extraviarse. Sí, allí estaba el camino que luego se estrechaba hasta convertirse en vereda. Bordeó un riachuelo, cercioránd ose antes de cruzarlo de que la vereda bifurcaba hacia la derecha en un atajo que trepaba a los picos para descender más tarde sobre una calzada ancha. La calzada terminaba en la residencia de la hacienda más grande del lugar, muy al oeste de la isla. Meditó un rato, y completamente seguro de su rumbo, echó por la izquierda, atravesó el arroyo y siguió ascendiendo hasta el desfiladero. Fué comprobando la ruta con señales inequívocas; aquí era un gran *talisay* solitario en el camino; allí, la cascada, ancha y blanca, que se precipitaba como un velo de novia sobre la rebalsa del riachuelo; más lejos, la cabaña de unos negritos, con el

camotal (1) al lado, bordeado por plantas de betel y amparado por los brazos anchos, erizados y extendidos, de las palmeras de la *bonga*. Después, las paredes del desfiadero se hacían más elevadas, y en la oscuridad de la sima Jacinto palpaba los peñascos, mojaba las manos en los manantiales, media con los brazos el tronco de éste o aquel *lunuk* y confirmaba su camino localizando todas las señales más evidentes. Al final del desfiladero comprobó desde lejos la existencia del tamarindo que coronaba su cima, y animoso y anhelante, aceleró el paso, porque después del árbol se torcía a la derecha para descender ya a la cueva de los bandoleros.

¡Oh desdicha! Una vez más, en lugar del sendero que bajase a los riscos de la falda de otra cumbre, se halló Jacinto al pie de la misma colina del punto de partida, en el camino de La Castellana, la casa del compadre detrás, y enfrente, fatídica, amenazadora, altiva y ultraterrenal, la chimenea blanca de la hacienda en ruinas.

La prueba resultaba demasiado fuerte, no obstante su tesón y su valor, mil veces comprobados en otras ocasiones. Ahora, empero, se trataba de lo sobrenatural. No había duda: era

(1) Plantación de camote (especie de batata grande).

el *Bagat*, el *Bagat* quien impedía su misión. Contra él no existían armas humanas con las cuales luchar: el hombre es una víctima de su maldad, y su frágilidad material, una pavesa en el fuego intangible de esos espíritus del mal. Y sin embargo, había que agotar todos los recursos por que no se dijese que Jacinto se había dejado vencer sin una lucha a muerte, recurriendo hasta a lo sobrehumano para cumplir; estaba sobre el camino; a un lado la chimenea abandonada, habitación del duende; detrás el caserío mísero lanzando el ¡ki-ki-riki! de sus gallos, clarines de la aurora que anunciaban ya la hora fatídica.

Eran las cuatro y media de la madrugada.

Corriendo mucho, sin obstáculos que vencer ni estorbos que afrontar, aun se podía llegar a la hora. Dándose cuenta de lo que el más leve lapso de tiempo podía significar, lo pensó sólo un momento, lanzándose después en carrera loca por la misma ruta de antes, la única, la verdadera. A los pocos minutos de recorrido, vió Jacinto cruzarse en su camino un enorme mastín negro, manchado de blanco, que, abriendo las fauces, fruncía los morros y enseñaba los dientes a través de un gruñido extrañamente amenazador. Sintió un escalofrío bajo el sofoco de su carrera y empapó su frente copioso sudor. Tardó, sin embargo, un instante antes de avanzar hacia el animal orde-

nándole que se retirase, pero el perro gruñó con más fuerza, mientras sus ojos se hacían dos ascuas fosforescentes en la negrura acentuada que precede al amanecer. Entonces, loco de coraje y de pavor, empuñó la pistola apuntando al mastín. Este desapareció un trecho breve para volver a hacerse visible una y otra vez en distintos lugares del recorrido. Jacinto conseguía defenderse y ahuyentarlo siempre por el procedimiento anterior, mientras corría enloquecido y alucinado a lo largo del desfiladero, buscando con la mirada desorbitada, pero anhelante, el tamarindo de la cima. Al fin, lo divisó. Comenzaba a clarear. Se dió mayor prisa e iba avanzando con mayor rapidez cuando justamente a cien metros del árbol el perrazo negro y blanco tornó a interponerse en su camino, esta vez más amenazador, más terrible, más siniestramente sobrenatural. Ya no se intimidó el animal frente al cañón de la pistola. Con las patas delanteras apoyadas rígidamente contra el suelo, la cabeza levantada y echada hacia atrás, los cuartos traseros encogidos sobre el piso en actitud de embestir, las fauces abiertas, erizada la boca de dientes blancos y afilados, el perro duende, espíritu del mal, le cerraba el paso al caminante cuando llegaba casi al término de su jornada. Jacinto intentó varias veces rebasarle por un borde u otro del sendero, pero el can retrocedía unos pasos con



El perrazo tornó a interponerse en su camino, más amenazador y más terrible.

agilidad pasmosa, taponando siempre la salida. Penosa y lentamente, aun consiguió el mensajero ganar terreno hasta llegar muy cerca del tamarindo. En este lugar, el perro se plantó, furioso y terrible, sin dejar mover a su enemigo. Entonces, Jacinto, exasperado y enardecido, comenzó a disparar sobre él. Las balas, empero, parecían rebotar contra el animal, sin que por esto el hombre, con la razón casi perdida, dejase de hacer fuego. Llegó un momento en que le pareció escuchar una respuesta a sus tiros con otros que venían de los montes. Creyó al principio que eran el eco de los suyos, pero al agotársele la munición, los tiros siguieron sonando en la lejanía, cada vez más claros y más fuertes.

Jacinto entonces comprendió que ya era tarde para todo. La Costabularia estaba atacando a los *Pulájanes*. Y aun no había sido entregado el rescate.

Eran las cinco de la mañana.

El perrazo había desaparecido.

Contra el horizonte iluminado se agrandó la silueta del tamarindo.

Sin saber lo que hacía ni a dónde iba, Jacinto echó a correr hasta perder la noción del tiempo y del lugar. Cayó a tierra y se sintió herido en la sien... Luego fué una lengua áspera y caliente lamiendo su sangre y dejando en la herida las babas, que corrían, viscosas, por su rostro. El perro chascaba la lengua contra el paladar, deleitándose en el sabor acre de la sangre humana, y tornaba a lamer y a chascar una y otra vez. Pero Jacinto, inmovilizado, no podía ni levantar los brazos ni hacer el menor gesto para defenderse. La viscosidad babosa del perro escurría ya hasta su garganta, hasta su pecho. Y a través de la congoja asfixiante de su corazón, subía a su cerebro el pensamiento de la muerte.

De la angustia de su pesadilla despertó, al fin. Junto a sí estaba su compadre lavándole la herida con un lienzo que empapaba en el agua de un *tabo* (1). Enfrente, la chimenea, que bajo el sol era ahora una sonrisa inocente y blanca.

—¿Qué ha sido esto, Jacinto? —interrogaba el compadre.

—Algo terrible, algo terrible —musitaba Jacinto.

—Un robo, no: aquí tienes el dinero.

—Peor, peor. ¡Si el cielo hubiera permitido que no lo tuviera! —gimió.

—¡Diantre! ¡Explícate mejor, pues no te entiendo! —contestó, asombrado, el compadre.

—El dinero, tenía que entregarlo y no lo he entregado —gimoteó más.

(1) Vasija redonda hecha con la cáscara pulimentada del coco.

—¿Es que te pusiste malo y no pudiste continuar?

—Peor, peor.

—¡Rayo! Pues por la herida no será; es una insignificancia.

—No, por la herida, no; peor, mucho peor.

—¡Rayo y demonio, habla de una vez! —rugió el compadre.

—Ha sido el *Bagat*..., el *Bagat* —plañó Jacinto.

—*Sus, Marí, Usep* (1) —clamó aquél acordándose del cielo, y continuó—: ¿Pero no llevas *anting-anting*? (2)

—Lo perdí, hace unos días, bañándome en el río.

—Mala suerte, compadre, mala suerte... ¿Y la herida?

—No sé— contestó Jacinto.

El compadre sacaba de un cestillo tejido con *buri* (3) una pulgarada de plumón medicinal de ave y lo aplicaba al corte sangrante. Acto seguido le vendó con un lienzo blanco.

—Tápame la venda con un pañuelo negro:

(1) Exclamación piadosa, abreviada, que usa el indígena, y que equivale a nuestro "Jesús, María y José".

(2) Amuleto para alejar los males.

(3) Palma de Filipinas con cuyas hojas se tejen cestillos y sacos.

tengo que huir, tengo que esconderme, y la venda me delataría.

—Pero, ¿qué has hecho? —interrumpió, asombrado, el compadre—. Anda, vámonos a casa, que allí me contarás todo.

—No, no; a tu casa, no, de ninguna manera —se negó Jacinto.

—¿Por qué?

—Porque es menester que puedas jurar que yo no he estado en tu casa.

—Bueno, compadre, veo que como tienes débil la cabeza te hace mucha falta comer y dormir.

Entonces Jacinto se puso muy serio y habló así:

—Mira, yo no voy a tu casa ni puedo dormir; lo que he de hacer es marcharme de aquí ahora mismo, antes de que me encuentren. Coge ese dinero y entrégaselo a mis amos y repíteles lo que te voy a contar tan pronto como nos refugiemos en aquel cañaveral para no ser vistos. ¿Me has colocado el pañuelo negro sobre la venda?

—Sí.

—Pues vamos.

Y Jacinto relató al compadre todos los sucesos de la noche anterior.

—No sé si esta herida —terminó— habrá sido producida cuando caí a tierra con el conocimiento perdido o si me la hizo el rebo-

te de alguno de los tiros rozándome levemente. Comprenderás, compadre —añadió—, que después de todo esto yo no me puedo presentar ante mis protectores.

—¡Por qué no? Creo, al contrario, que deberías ir a defenderte con los hechos.

—No me creerían, no me creerían; los *castilas* (1) piensan que los *asuangs* no existen, que son patrañas inventadas por los indios para justificar su mala conducta...; pero tú, compadre, sabes que es verdad, que yo luché y que el *Bonal* pudo más que yo...

—Naturalmente que lo creo, Jacinto —interrumpió, convencido, el comadre.

—Entonces no me digas que vuelva a casa: no me creerían y me pegarían, me matarían..., ¡qué sé yo! Tú vete —continuó suplicando—, vete ahora mismo y entrégales el dinero para que no piensen que soy un ladrón...; yo aquí te esperaré para que me cuentes lo que hayan dicho de mí. Necesito enterarme antes de marcharme lejos..., lejos.

—Pero quédate en casa hasta que regrese.

—No, no; eso, no; yo no quiero comprometerte, ni quiero que me cojan. A estas horas ya me estarán buscando. Vete pronto,

(1) Nombre con el cual designan los indígenas a los españoles, derivado de la palabra Castilla.

compadre, vete pronto: es imprescindible que desaparezca lo antes posible.

El compadre, apiadado de él, no quiso insistir más y se fué a su casa para seguir al pueblo inmediatamente.

Cuando regresó, a las ocho de la noche, se dirigió con prisa al lugar del cañaveral donde había dejado a Jacinto. Pero éste ya no estaba allí.

Y no pudo recibir el perdón que para él traía de sus amos.

—Mala suerte —balbuceó el compadre con acento fatalista.

* * *

Guiado por su relato, el comadre recorrió el camino que anduviese Jacinto la noche antes, hallando todo de acuerdo con sus palabras: la cuesta, el riachuelo, la cascada, el desfiladero, otra vez una segunda cuesta y, al fin, el tamarindo en lo alto. Pasado el tamarindo, dobló hacia la derecha, y entre los riscos encontró la cueva. Pero ni los *Pulíjanes* ni Jacinto estaban en ella. Continuó buscando a su compadre dos días y sus noches. No tropezó con el más leve rastro del amigo. En su lugar descubrió, dentro de un bosquecillo de *Iñam* (1), el cuerpo del señorito Manolo, cubierto de bolazos, devorado por una sed abrasadora, lacerado de do-

(1) Arbusto que abunda en la Isla de Negros.

lores y con las heridas supuradas roídas ya por los gusanos. Lo bajó al pueblo y se lo entregó a los suyos. Pocas horas después moría.

Había sucedido que, al verse atacados por la Costabularia, los *Pulájanes*, creyéndose burlados, se dirigieron, bolo en mano, hacia los prisioneros.

Julián, fuerte y decidido, rompió las cuerdas que le ataban, derribó de dos puñetazos a sus guardianes y se puso a salvo corriendo por entre las peñas hasta esconderse dentro de la vegetación. Manolo intentó hacer lo propio, cayendo víctima de su mezquindad física. En él se ensañaron la ira y la venganza de los bandoleros, dejándole malherido. Tambaleándose primero y arrastrándose después, consiguió guarecerse en el bosquecillo donde fué hallado.

* * *

Durante meses y años, el compadre buscó a Jacinto por el monte y por la llanura. Alcanzó la otra costa, pasó a la isla vecina y llegó hasta la de Bohol. Preguntó en las haciendas, visitó los pueblos, ascendió a las escabrosidades de las alturas, convivió con las tribus solitarias, salió a la mar con los pescadores y con los mercaderes insulares, y en las cabañas y en las residencias de los blancos y en los caseríos intentó descubrir su paradero. Nadie le había visto, nadie le conocía,

nadie sabía de él. Un día, de regreso a su hogar, topó con los *Pulájanes* y preguntó por su compadre. Le dijeron que hacía mucho tiempo que se había presentado a ellos, herido y preocupado, para hacerles saber que sus amos, fieles a su palabra, le habían enviado con el dinero del rescate, pero que el *Bagat*, interponiéndose en su camino, no le había dejado llegar a tiempo.

—Mala suerte para él y para nosotros... Mala suerte, porque contra el *Bagat* no se puede pelear —comentaron los malhechores.

—¿Y no dijo a dónde iba?

—No dijo nada más. Al parecer, sólo le interesaba hacer constar que sus amos eran gente decente y habían cumplido su compromiso.

—Mala suerte —murmuraba, desalentado, el compadre.

—Ya lo creo —asentían los bandoleros.

Y tras una breve pausa tornó a preguntar:

—¿Y desde entonces...?

—No le hemos vuelto a ver...

—Mala suerte para todos. ¡Mala suerte!

Entonces, el compadre se dispidió, melancólico y descorazonado. Llegó a su casa, abrazó a su mujer, besó al hijo que había nacido durante su ausencia y comenzó a andar otra vez los caminos, los valles y los montes, buscando aún y siempre al gran amigo del alma, al leal compadre Jacinto.

El lunuk del remanso verde



La familia Arruezo se extinguió por culdel *lunuk* (1), que bebía del agua de la gran poza del río con las mil trompas afiladas de sus raíces. Unas raíces largas, vigorosas, extendidas, buceando primero en la tierra, porosa y húmeda, y más abajo dentro del agua estancada del remanso verde. El tronco del árbol surgía de la tierra a mitad del camino, entre el nivel del río y el de la planicie que se derramaba más arriba sobre la llanura. La pendiente del talud quedaba dividida en dos por este brotar del *lunuk* gigantesco, que bajaba con su trama subterránea a sorber el frescor del agua y subía con su copa en pos

(1) Arbol de grandes dimensiones que crece en los lugares húmedos.

del sol y del espacio. Y fué tan elevada la altura que buscó, que después de asomar sobre el borde de la ribera aun levantó la cabeza dieciséis metros por encima del campo. Su copa, extendida y tupidísima, formaba un círculo de cerca de veinte metros de diámetro. Y por esto su gran pecado era la enorme sombra que proyectaba sobre el cañadulzal, sombra alargada y agrandada por el sol poniente robando claridad de siesta a una porción mayor del sembrado. Este gran trozo del campo daba cañas tan exiguas y precarias, que no pagaban el gasto del cultivo. Y el amo miraba al árbol como a un enemigo de su renta. Era hermoso, eso sí; un pintor lo hubiera escogido cien veces entre otros para un cuadro que se hubiese podido titular *Sombra en el trópico;* un artista lo hubiera contemplado ratos prolongados para goce de la vista y recreo del espíritu, pero los indígenas pasaban de largo cuando tenían que cruzar aquel lugar y la vereda que orillaba el borde superior de la ribera se desviaba unos metros antes de llegar al *lunuk*, trazaba un semicírculo para esquivarlo y volvía a festonear el talud tan pronto como aquél quedaba atrás.

Los indígenas sabían que el *lunuk* era la morada de un *tamao*. De un *tamao* poderoso y vengativo. Y abajo, en la rebalsa más grande y honda que tenía el río, no se bañaban nunca, porque sus aguas eran de un verde tenebroso, de una hondura oscura, que no reflejaba nada del exterior.

Muertas, extáticas, las aguas de este remanso amplio tenían una mirada de ciego, sin vista para la luz, pero con visiones internas de muecas macabras, de torturas frías, de voces que callaron a lo largo de los siglos, de tumbas escondidas bajo sus pies, de ayes y lamentos lanzados por almas en pena; todo un retablo dantesco de misterios indescifrables, de horrores condensados, de alucinaciones sobrenaturales. Era el reino frío, oscuro y tenebroso del *tamao*.

Los chiquillos de la hacienda íbamos a bañarnos junto a la poza, rebozándonos en las ondas rizadas y la arena ondulada sobre la cual corrían; más allá, la roca se abría en canal por donde se precipitaba el torrente, dejándonos arrastrar por él; pero si alguna vez, descuidadamente, éste nos llevaba a la poza del *lunuk*, nadábamos de prisa para salir de ella, repelidos por el miedo, por el limo de sus orillas, resbaladizas y macabras, y por el frío de su agua sin fondo, donde enjuagaba el árbol la cabellera de sus raíces desnudas. Y a pesar de que en ella era donde mejor se hubiera podido nadar, jamás bucebábamos en sus entrañas, prefiriendo andar un kilómetro más allá, bajo el sol abrasador, en busca del

otro remanso, alejado del caserío, pero limpio, sonriente, cristalino, sin morada de *tamao* en su ribera que estremeciese de miedo y sobresalto la fibra sensible de nuestra imaginación infantil. Esta rebalsa, desfondada también como la otra, atraía, sin embargo, nuestro anhelo aventurero de descubridores y nos hacía bucear horas enteras, con afanes de llegar a su lecho; empresa imposible, porque ni aun con un bambú de los más largos conseguimos tocar aquel fondo alejado, pero amigo, que nos reclamaba con promesa de regazo cálido a través de los sueños abiertos de nuestra cabeza emprendedora.

Nunca llegamos a explicarnos de lleno por qué se mostraba nuestro valor tan propicio a la empresa en este remanso, y en cambio, en el otro se nos helaban la audacia y el afán. Pero Juana, un día, nos relató los hechos en torno a los cuales se forjó la leyenda del *tamao* que habitaba el *lunuk*, prolongando su palacio hasta el fondo sin fondo de lo sobrenatural, por debajo del agua de la poza verde.

Y su cuento fué éste...

* * *

La hacienda donde nacimos y donde crecimos no había sido siempre nuestra ni de nuestros abuelos. Antes que a ellos perteneció a la familia Arruezo. El primer Arruezo vino de España con una graduación baja de militar y se instaló en Manila. Allí se casó con una mestiza *tagala* (1), y poco tiempo después —cuando la paga no bastaba para las bocas del nido— se trasladó a la Isla de Negros, que por lo alejada de la capital era ofrecida a quienes quisiesen trabajar sus tierras y poblar sus lugares. Y Arruezo recibió una extensión vastísima de tierras sin desmochar, que fué cultivando y ofreciendo a otros compatriotas, muchos de ellos venidos directamente de pueblos de España, halagados por el ofrecimiento que les hacía el paisano ausente. Fundó un pueblo, solicitando el cura párroco al Arzobispado, tramitando el nombramiento de autoridades y ayudando a que se instalasen en sus calles, simétricamente trazadas, las familias de los que habían de cultivar las tierras en los alrededores. Tanto ofreció y tan generosamente cedió sus propiedades, que Arruezo se quedó con dos únicas fincas: una muy alejada en el monte y aquella donde nosotros vivíamos y a través de la cual corría el río y crecía el *lunuk* objeto de este relato.

El primer Arruezo trabajó bien la hacienda, sacó de ella caña dulce en abundancia, elaboró azúcar y al cabo de unos años aumen-

(1) Los naturales de Manila y sus alrededores son tagalos.

tó de tal forma su caudal, que se le consideró el más rico de la isla.

Entonces, acuciada su nostalgia por la patria, decidió hacer un viaje, visitar su pueblo natal, abrazar a sus familiares y reponer sus fuerzas, mermadas por el clima tropical, renovando la sangre y tonificándola con un par de inviernos europeos. Su mujer, reacia en un principio a que se alejase de su hogar, hubo de conformarse más tarde, porque comprendió que el viaje no era sólo un capricho ni un afán de ostentación ante los parientes pobres de la patria chica, sino una necesidad para la salud del hombre blanco, que había soportado ya el agobio de veinticinco años de clima cálido, sin alternativas tonificantes para un organismo de clima moderado.

Ultimados los preparativos, paseaba el amo sobre su caballo inspeccionando los sembrados, cuando acertó a pasar por el lugar donde crecía el *lunuk*. Llamó su atención el que en torno al árbol la caña estuviese raquítica, amarillenta, casi marchita, mientras unos metros más allá todo era vigor, lozanía, desarrollo. Envió por el cabo —que así se llamaban los capataces que vigilaban y dirigían las labores rutinarias agrícolas— y le pidió una explicación del fenómeno.

—Es la sombra del *lunuk*, señor —contestó el cabo.

—Pues corta el árbol, Cadio (se llamaba Arcadio). ¿No ves que se desperdicia mucha caña de esta manera?

—Señor, el árbol no se puede cortar; lo que haré es no sembrar el trozo que lo rodea —respondió Cadio con aire misterioso.

—Qué tontería, si se puede aprovechar el terreno sólo con eliminar la sombra que estropea el sembrado.

—Pero el árbol, señor, no se puede cortar —insistía Cadio.

—¿Por qué? —interrogó, intrigado, el amo.

—Porque es la casa del *tamao*, y éste se vengaría, señor.

El amo se rió.

—Vas a mandar cortar el *lunuk*, Cadio, porque es mi voluntad que así se haga —ordenó Arruezo.

Cadio calló un momento, pensativo, pero pronto comenzó a hablar bajando la voz, en tono humilde.

—El amo sabe con qué fidelidad le he servido siempre: nunca desobedecí, nunca robé, nunca esquivé el trabajo con que aumentar la riqueza del señor; tampoco negué nada a mi amo, le busqué las mujeres más atractivas del poblado, salvé como mejor pude los momentos difíciles, defendí su vida con mi propio pecho, y de ello hablan las heridas que recibí por interponerme entre él y el *bolo* de

un enemigo que quería matarle...; pero ahora, ahora tengo que decir al amo que yo me niego a mandar cortar el *lunuk*. Os vais a ir, amo, a vuestra patria; pues bien, si este árbol se corta, el *tamao* hará que no volváis a ver esta tierra de nuevo, ni a vuestra mujer ni a vuestro hijo. Os lo ruego, os lo suplico, no mandéis cortar ese *lunuk*.

El hombre blanco palideció ante tal posibilidad, pero su reacción fué sentirse ridículo frente a sí mismo, y más ridícula la superchería del indígena, servidor leal, sí, pero ganado por el miedo supersticioso a lo sobrenatural.

—Está bien, Cadio; no serás tú el que corte ni mande cortar el *lunuk*. Ordenaré a otro que lo haga, porque el árbol ha de ser talado antes de que yo parta de aquí. Y ya verás cómo me voy a reír cuando regrese. Se alejó del lugar. Cadio lloraba.

El día antes de la partida, el *lunuk* fué derribado a hachazos. El amo se fué. El viaje fué largo; las noticias, escasas. Eran los tiempos lentos, sin telégafos ni teléfonos; menos aún la radio. Se iba a Europa dando la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza: algunos veleros tardaban hasta seis meses; los primeros barcos de vapor lo hacían en no menos de tres. Y un mal día llegó la triste nueva.

En un hotel de una calle de Madrid, el

amo había muerto repentinamente. Y añadía: "Murió del corazón, pues lo encontraron sin vida en su lecho."

La señora llamó a sus capataces y les comunicó lo sucedido. Cadio habló:

—Yo sabía, señora, que el amo no podía volver. No fué el corazón: fué el *tamao*, al cual dejó sin hogar cuando mandó cortar el *lunuk* del río.

Y Cadio lloraba otra vez.

Pero la señora le riñó:

—Cadio, ¿es ése el único consuelo que ofreces para mi pena? Vete, vete; el *tamao* no existe... El amo tenía el corazón cansado por el trabajo y por el calor; su sangre estaba pesada y el corazón tuvo que esforzarse para moverla. El amo murió porque Dios así lo quiso. Es pecado que hables del *tamao*. Vete a pedir perdón a Dios por lo que has dicho. Vete, vete.

Cadio calló. Pero no pidió perdón a Dios. Este buen Dios sabía también que había sido el *tamao* el asesino del amo. Y la señora, ¡qué ciega! Lo mismo que el amo. ¡Pobre amo! ¡Pobre amo!

* * *

La señora quedó sin marido; la hacienda, sin señor. El hijo único del primer Arruezo era muy niño: tenía doce años. Las hembras, todas ellas mayores, habían muerto. Y como



—Yo sabía, señora, que el amo no podía volver.

la hacienda necesitaba un nuevo señor, y el niño, un padre, el ama se casó con Alberto, primo hermano de Arruezo, al cabo de un año de haberse quedado viuda.

La hacienda marchó porque Cadio se ocupaba de ella. El nuevo patrón amaba más la holganza que el trabajo. Tenía un carácter jovial, bromista, dicharachero, despilfarrador, y sus energías se desbordaban en festejos y en alardes deportivos. Y con el tiempo se fijó en que la poza verde del *lumuk* podía ser una maravillosa laguna para competiciones de natación.

El árbol había vuelto a brotar, más frondoso y más lozano, después de la tremenda poda que se le hizo al talarlo, dejándole sólo parte de su tronco, y su ramaje sombreaba la rebalsa con un toldo verde natural.

—Está sucia —le decían los hombres de la hacienda, y, además, los pies se enredan en las raíces del *lumuk*.

—La mandaré limpiar y quedará muy bien —respondía, optimista, el amo Alberto.

Esta vez no fué Cadio quien diese la voz de alarma respecto al peligro de turbar la morada del *tamao*. Acostumbrado a la laboriosidad del antiguo señor, no miraba con buenos ojos la holgazanería del de ahora; la boda con la señora también le fué dolorosa, porque quería al niño. Y al verle despilfarrar

la fortuna del pequeño, pensaba muchas veces que sería una gran suerte el que Dios se llevase a su padrastro.

Por eso calló. Pero otros le advirtieron que el *tamao* tomaba venganza en quienes estropeasen su morada.

—Si le voy a hacer un favor limpiándole los alrededores y afeitando un poco sus raíces —decía con desenfado, en son de broma.

—Las raíces precisamente son la visera de la entrada a su reino subfluvial; detrás de ellas debe estar la grandiosidad cavernosa de las estancias negras. No toques el *linao* (1), Alberto —le aconsejaban.

Pero ahora, como entonces, el amo se rió; trajo un buro de Ilo-Ilo, que se hundió en las profundidades, dragó el fondo y recortó el fiemvillo flotante entre dos aguas de la poza.

Alberto entonces preparó los espectáculos, encargó bebidas abundantes, mató lechones, corderos y terneros y buscó cocinero nuevo que guisase con más maestría que el antiguo de la casa.

Y así, de jolgorio en jolgorio, de embriaguez en embriaguez, se pasaron unas fechas.

Los hombres de la hacienda también se emborracharon el día de la gran fiesta, el de la patrona de la finca, con la cual se cerraba

(1) Remanso, rebalsa.

el ciclo de los festejos. Y aquella noche el cocinero nuevo, saturado de aguardiente, llegó tarde a la casa para preparar el banquete. El amo Alberto le salió al paso y le insultó groseramente al propio tiempo que le cruzaba la cara con un látigo.

El cocinero sacó del bolsillo una navajita sin importancia y se la clavó en el pecho al señor. Apenas tenía cuatro centímetros de larga, pero un punto de su extremo alcanzó el corazón de la víctima.

Y antes del amanecer, la señora quedó viuda por segunda vez. El *tamao* se había vengado.

* * *

Dos años estuvo Alberto casado con doña Amalia, y durante ese tiempo el caudal del primer Arruezo quedó muy mermado por el exceso de gastos y mínimo de laboriosidad. El niño, último de la línea Arruezo en Filipinas, tenía ya cerca de quince años. Era robusto, audaz, valeroso y amante de su madre y del cabo Cadío. Este había prolongado en el heredero, Fermín, la veneración que saturó su alma por el padre. Y le enseñó a cazar, le explicó las faenas del campo, la elaboración del azúcar, el modo de combatir la langosta y demás plagas, la manera de canalizar para que las aguas estancadas no pudrie

sen las raíces, el golpe de arado que había que dar para arrancar efectos distintos, según las necesidades de tiempo y de crecimiento; todo, en fin, lo que pudiese hacer del muchacho un buen hacendero. Y para su diversión, le instruyó del modo que se hacían trampas para los pájaros y los gatos monteses; cómo se atrapaban los lagartos de río y de campo, el truco que se empleaba para coger a los monos por el procedimiento del coco atado a la rama de un árbol; cómo copar las *mayas* (1) en su nido y cazar los *pitaos* (2) con antorchas por la noche, y al cocodrilo con el ladrido de un perro, y al jabalí y al murciélago de los montes altos.

Le señaló dónde estaban los peligros, los naturales de la vida y los sobrenaturales de los mundos ocultos. Y con frecuencia le hablaba del *lunuk*, misteriosa guarida del *tamao* pérfido y vengativo, que guardaba, además, agravios contra su padre, contra su familia, contra la sangre que corría por sus venas.

—No, nunca, Fermín, nunca te acerques a él siquiera. No te bañes a una distancia menor de quinientas brazas del *linao*. Aunque te

(1) Pajarillos rojizos con pico bermejo. Van en bandadas.
(2) Pájaros de tamaño regular, comestibles.

he entrenado diariamente para hacer de ti el mejor nadador de la isla, en el linao del *lunuk* te ahogarías irremisiblemente.

Y en las horas más medrosas de las noches oscuras, en las fechas fantasmales religiosas, como el día de las Animas, durante los comentarios en torno a crímenes o sucesos misteriosos, en los epílogos luctuosos que sucedían a grandes catástrofes sísmicas o meteorológicas, tifones, riadas, terremotos, Cadio aprovechaba el fenómeno psicológico del miedo para hablar al muchacho del *tamao* del *lunuk* e inculcar en él un terror desmesurado hacia el lugar y el duende.

Además de temer al espíritu maligno, Cadio ahora tenía miedo a la tradición. Pero su obra se fué consolidando; Fermín adquirió la obsesión del *lunuk* y del *tamao*. Y, aunque callaba su terror con el pundonor del hombrecito que era ya, esquivaba el lugar. Con ello también daba gusto a Cadio, en quien adoraba, porque el cabo, cada día más compañero, más maestro y más protector, le quería como a un hijo propio. Y le llamaba *Nonoy*, el Nene. El Nene, a los cinco años; el Nene, a los diez; el Nene, ahora que ya tenía quince. Y el Nene hubiera seguido siendo si la vida no hubiese abierto una laguna entre el cabo, fiel, leal y abnegado, y el heredero, hecho hombre, jefe de la familia, amo. Sin embargo, Cadio no sabía aún lo que

el destino le reservaba de amargura y decepción en sus relaciones con el *Nonoy*. Ahora era feliz, porque le quería, porque se sentía correspondido por el muchacho, admirado por el niño, respetado por el futuro amo de la hacienda. Y siempre a su lado, pensó que los días risueños iban a ser eternos, que la vida se iba a estancar precisamente en esa época de felicidad, de bienestar, de paz. Y, sin embargo, llegó un día en que el muchacho hubo de separarse de Cadio, para enviarlo a la capital, a Manila. Debía estudiar el bachillerato y una carrera después. En vano Cadio quiso disuadir a la señora de enviar el chico al colegio; no le hacían falta los libros ni las ciencias para ser un gran agricultor, para ganar el dinero a manos llenas.

Pero la señora rechazó suavemente las insinuaciones del cabo y le recordó cuántas veces su padre había resentido y exteriorizado el deseo de que el chiquillo fuese un hombre de carrera.

Y Fermín se fué. Las nostalgias de la tierra y de la hacienda pusieron pesos de angustia sobre su pecho infantil. En los atardeceres, mientras el crepúsculo inundaba de una luz amarillo-rosada el salón de estudiar, Fermín entornaba los ojos con tristeza sobre el libro abierto, sin ver nada, sin leer nada, con la imaginación muy lejos vertida sobre los barbechos erizados de sensitivas de espina, derramada a través de los *tigbawales* (1) moteados con nidos de *mayas*, bañada en el agua riente y rumorosa del río, o afanada en el trajín del camarín de la molienda, en los apresuramientos de la amplia plaza cubierta con el bagazo de la caña, bagazo que había que dejar secar y recoger antes de que el gran chaparrón tormentoso lo humedeciese dejándolo inservible, unos días, para los hornos que habían de cocer el zumo de la caña. También se acordaba de las noches de luna, cuando le dejaban jugar hasta muy tarde con los muchachos del caserío, de los cuidados de su su madre y de la compañía constante casi, siempre simpática, tierna, abnegada, del cabo Cadio. ¡Quién le pudiese transportar a aquella casuca de nipa del servidor para escuchar de sus labios los cuentos malayos de duendes y guerreros, mientras le invitaba a un trago de *tubalina* (2) o al manjar de la carne azucarada del coco tierno seguido de sorbos de su propia agua, bebida en la cáscara pulimentada de otro coco, que hace entre los indígenas las veces de vaso. Y oírle, acompañado por la guitarra, cualquier canción en tono menor,

(1) Lugares donde crece el tigbaw.
(2) Secreción líquida del tallo de la flor del cocotero, usada como bebida.

típica de la tierra visaya, o el *daigon* (1) melodioso de los días de Navidad. Cuando oscurecía y el profesor encendía la luz, Fermín no había estudiado nada; sus ojos parpadeaban sobre el brillo triste de la lágrima retenida, enrojecidos por el esfuerzo por no llorar. Su llanto quedaba para la noche, para la almohada caliente de los lechos tropicales, enjaulados por el mosquitero, cuyos mil ojos miraban los suyos arrasados en lágrimas.

* * *

Pasó el tiempo, se fué haciendo a su vida nueva, contrajo amistades, se espaciaron sus crisis nostálgicas, estudió, tuvo buenas notas, ganó premios y regresó al hogar para las vacaciones largas.

Y así otro año, y otro, y otros más. El muchacho se fué refinando, se fué sintiendo señor, se dió cuenta del puesto que ocupaba en la vida, y aquel *Nonoy* de ayer iba siendo para Cadío cada vez más amo, cada día menos hijo, menos compañero, menos amigo. Su juventud tuvo la culpa; la vida, verdugo siempre del corazón, del bueno, de la sencillez, de la abnegación, a Cadío, como a tantos otros, le jugó esta mala pasada. El arrimo sencillo que ayer buscaba el muchacho en él era desdoro hoy. Cadío no podía ser ya más que un servidor, y como a tal había que tratarle. El señorito, con su ciencia, con su occidentalismo, con su elegancia, con su destreza en los deportes, desde su puesto de mando, como dueño y señor, no podía tener ante el viejo empleado más que un gesto de autoritarismo complaciente, pero siempre guardando las distancias. También se impuso sobre su madre como un ser superior. ¡Ah!, comenzaba a vivir; su camino eran sus sueños, y los sueños del que empieza son pistas amplias, llenas de sol, de colores, de promesas, fáciles de andar. Toda su hombría, toda su virilidad, eran un desafío al mundo, un torrente que inundaba las planicies, se encaramaba por las laderas, remontaba las cumbres y no llegaba al sol porque la juventud resbala mejor sobre la tierra que a través de los espacios hacia el cielo.

Y su madre, con su cariño humilde de mujer cristiana, le admiraba, reconociéndole el derecho a ser así, porque ante sus ojos el hijo se lo merecía todo.

Pero el cabo Cadío sentía la amargura del desdeñado, del desapercibido, del que quedó relegado al olvido por imposiciones de la vida, a pesar de haber sido él quien le enseñó a trepar para encaramarle hasta las alturas.

Bien estaba, bien estaba, porque, de mo-

(1) Canción de Navidad.

mento, no tenía remedio el caso; pero cuando el mancebo volviese de su viaje por el mundo de los ensueños al de las realidades, Cadío, lleno otra vez de autoridad, habría de darle la lección dura del llanto de su corazón, de sus heridas abiertas, de la amargura que la ingratitud deja en ellas por el pecado inconsciente e inevitable de ir ya cara al ocaso, sin haber escalado más cúspides que las de la rectitud, el trabajo y la lealtad. Bien estaba el vuelo irrefrenable del mozo, bien por hoy; pero mañana...

* * *

Terminó la carrera. Antes se enamoró de una mujer, más occidental, más alta en la escala social, casi fuera de su alcance.

Era la hija del Gobernador español de las islas, nacida de una gran familia, elevada en su alcurnia, indomable en el orgullo de su apellido, arruinada. Y sólo por una gran fortuna hubieran sus padres hipotecado la gloria de su nombre, la pátina vetusta de sus pergaminos, el escudo granítico y secular de su casa. La fortuna habría de ser grande para comprar todo eso. Fortuna que Fermín no poseía. Porque su hacienda seguía mermando, no por falta de labor y esfuerzo, menos aún por ausencia de maestría o técnica en el cultivo, no; es que los tiempos habían cambiado. Cada día llegaban españoles nuevos a las islas en busca de fortuna, los naturales también habían aprendido a labrar, a elaborar, a vender; la competencia, en fin, reducía las ganancias, todavía pingües, pero ya no fabulosas.

El heredero gastaba mucho en su afán por brillar, por aparentar, por deslumbrar. Y ésta era la primera vez que Fermín conocía el tropiezo, veía alzarse contra él un obstáculo, presentía dolorosamente el fracaso.

¿Qué le importaba a la noble muchacha y a su orgullosa familia la hacienda grande y la otra pequeña que el pretendiente tenía en Negros? ¿De qué le servía el insignificante lustre de que Fermín pudiese pertenecer un día a la aristocracia colonial de un país oriental y exótico si esa aristocracia había de estar integrada por individuos venidos de otros, cuyas cunas humildes, villanas muchas, radicaban en la metrópoli? Hombres del campo que llegaron al Oriente remoto en busca de fortuna, sin más bagaje que su fortaleza física y el anhelo tenaz de su voluntad. Analfabetos muchos, sin instrucción, sin refinamientos, convertidos en señores de la noche a la mañana por el arte de birlibirloque de su raza aria, de su color blanco transplantado a la tierra morena de Malasia; detalle del color que borraba las inferioridades de nacimiento,

cultura y señorío. Porque el español con categoría social más elevada tenía que hacer de todo blanco un ídolo ante los indígenas, y en el remoto país colonizado habían de borrarse las distancias y transigir con las desigualdades por motivos de unidad frente al colonizado. El de condición más alta se veía obligado, por patriotismo, a admitir la amistad y estrechar la mano del campesino, del palurdo, del gañán, para borrar diferencias y dar la sensación de una superioridad única de raza. Por otra parte, el afán de camaradería en un ambiente falto de otra sociedad, la nostalgia de la patria lejana y el lazo común de una misma misión colonizadora eran araduras secundarias que también ligaban.

Pero ella era de allá, de Europa, de aquella tradición, de aquella alcurnia, de aquella esfera occidental, que sólo perdonaba cuando se podía borrar la murmuración con oro, con opulencia, con poder. En Manila misma, los verdaderamente suyos, los pocos señores, hubieran juzgado mal tal enlace. En la metrópoli no se lo hubieran perdonado.

A Fermín le parecía mucho más doloroso su fracaso, porque no comprendía. Encerrado y educado en el círculo reducido de las islas, lejanas, primitivas, donde él era uno de los privilegiados por su nacimiento y por su fortuna, su mentalidad no alcanzaba a medir y valorar el contenido de una genealogía, el brillo de lo vetusto, de lo arcaico, de lo rancio, de lo tradicional en materia de cuna, familia y nombre. No, ésos eran valores para los pueblos que ya trasmontaron la cumbre de las edades, para los que habían de mirar hacia atrás, porque el poco camino que les quedase delante les causase tristeza; para los que, a falta de porvenir, habían de fraguar su inmortalidad en el recuerdo, condensar su aspiración a lo perenne, en una página de historia.

Pero él, Fermín, pertenecía a un país niño todavía, indeciso de paso, balbuciente de habla, con los afanes naturales por lanzarse al movimiento y a la expresión, con la mirada muy lejana, oteando caminos sin fin perdidos en horizontes infinitos; país con toda una vida por delante, y no comprendía por qué y cómo se puede caminar llevando la cabeza vuelta hacia atrás, ni qué importancia podía tener en el afán de la existencia un abuelo más o menos remoto, una casona crujiente, reseca y patinada, un lienzo con una historia gráfica o la elasticidad de un mismo nombre estirado a través de los siglos. El, inteligente, había cursado estudios con brillantez, conocedor de la filosofía de los tiempos, no alcanzaba a asimilar esa otra ciencia occidental de las castas, las alcurnias y las oriunde-

ces, ni menos aún explicarse cómo podía ser obstáculo entre dos corazones jóvenes, cómo podía ser motivo para que una mujer, aunque fuese hija del gobernador español, desdeñase a quien como él era uno de los hombres más codiciados por las demás señoritas de la sociedad de Manila. No lo comprendía, pero la realidad era así. Luisa, que de este modo se llamaba la dama de sus ilusiones, se mostraba risueña, cortés, gentil, simpática, angelical...; pero llegado el momento de la declaración de amor, siempre decía que no podía ser. ¿Por qué? ¡Ah! Las mujeres tienen motivos que pueden callar, sin que el caballero tenga derecho a exigir que los explaye. Hasta que un amigo —quizá más amigo de ella que de él— le explicó lo que podrían ser las razones para una negativa, y añadió:

—Si tú poseyeras una inmensa fortuna, probablemente los papás variasen su punto de vista...; desde luego, sólo esto los haría cambiar.

—Pero ella, pero ella, ¿cómo se resigna? ¿Es que no la gusto? ¿Es que no me quiere?

—Quizá te quiera, pero el modelo de hija buena exige que ésta se case de acuerdo con sus padres, ya que se debe suponer que éstos no deseen más que el bien de las hijas. Es la moral de nuestro tiempo.

Y Fermín calló. Pero fué madurando un

proyecto; primero, acorralar el corazón de Luisa hasta hacerle hablar la verdad de su interior; segundo, si esta verdad ofrecía posibilidades, arrancarla una promesa de especera, y tercero, trabajar con todos los afanes de su hombría para reunir la fortuna necesaria. Cambió. De dicharachero, jovial, botarate que era, se tornó serio, taciturno a ratos, reflexivo, maduro.

* * *

Malacañang (1) encendió las luces de su palacio y de sus jardines el día de Santiago, el Apóstol. La colonia española, y con ella la buena sociedad filipina, celebraba la fiesta del Santo Patrón de España. Por la mañana fué la misa, el *Te Deum* y la recepción en palacio. Por la noche, el gran baile de gala.

El nombre de Fermín aparecía repetido en el carnet de Luisa. Mazurkas, *schottises*, valses, rigodones, lanceros; más mazurkas, más *schottises*, más valses, y la noche se empezó a cansar. Caliente y sudada, le molestaron las luces y quiso salirse de los salones en busca de la humedad del río, del fresco de los jardines. Los bancos moteaban el césped con guiones blancos, marcando el límite entre el parque y la orilla del Pasig. Luisa y Fermín

(1) Palacio residencia de los gobernadores en Manila, situado a orillas del río Pasig.

se sentaron junto a dos arbustos de *gumamelas* dobles (1), los pies perfumados por las matas de *camias* (2). Había otros aromas en los macizos, las *sampaguitas* (3), las *gardenias* (4), los *kamuningas* (5), todo el blanco oloroso del trópico. Las aguas, abajo, estaban oscuras y quietas, soñando ya con el mar o enamoradas de la quietud de las orillas. Y enfrente, nada: el misterio de la noche y el eco de los violines incrustando somnolencias sensuales en la floresta. O efluvios de admiración en el alma ingenua y primitiva de las chozas indígenas, que miraban con sus ventanas de párpados pajizos las maravillas del otro lado. Arriba, las estrellas; tantas, tantas, que más que un cielo tachonado, parecía un lienzo espolvoreado con arenas de oro.

En este ambiente acogedor de poesía íntima, captadora de voluntades, Fermín comenzó su asedio. El enemigo le era propicio, porque el cansancio le alentaba a rendirse, y así, poco a poco, con toda suavidad, Luisa fué descifrando el secreto primero, hizo promesas después y se doblegó, finalmente, en un juramento de amor. Le había amado siempre. Quizá no sabría ya amar a otro ninguno. Pero

(1, 2, 3, 4 y 5) Flores de Filipinas, las cuatro últimas, blancas y de olor intensamente perfumado.

habían sellado sus labios deberes filiales, y ahora tenía que sellar su corazón por idéntico motivo. Dentro, sin embargo, quedaba él, Fermín. Esperaría hasta que Dios quisiese cambiar la situación. Su alma, saturada de emociones, pletórica de amor, henchida de impresiones, impregnada de tristeza, estalló, al fin. Y la noche vió rodar unas lágrimas por sus mejillas que traicionaron su intensa pasión. Fermín las enjugó y por ellas juró hacerse un nombre y una fortuna. Las aguas del Pasing recogieron juramentos y sollozos, lágrimas y promesas. Y rio abajo, hacia el mar, la corriente los llevó.

* * *

Fermín regresó a la hacienda con grandes proyectos. Saludó a Cadio muy afectuosamente y le anunció que venía a trabajar sus tierras, a explotarlas racionalmente, a sacar de ellas todo el provecho posible, a organizar la industria, a hacerse rico.

Cadio callaba.

—Mañana mismo vamos a recorrer la hacienda. Madrugaremos para no cansar a los caballos con el calor.

—¿A qué hora salimos? —preguntó Cadio.

—A las cinco.

Y el amo con su cabo inspeccionaron la

llanura hasta llegar a una extensión grande donde todo era *cogonal* (1).

—Y esto, ¿no se siembra nunca, Cadio?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque el suelo es pobre y daría poco provecho. Es tierra de pastos y de *palay*.

—¿Habéis probado abonarlo?

—No, señor.

—Toma nota, Cadio. Que metan los arados en seguida, y cuando el campo esté limpio que le echen estiércol.

—El acarreo del abono va a costar un dineral —objetó Cadio.

—Haz trabajar duro a tus hombres; engáñalos con aguardiente, promételes barattías, fiestas..., lo que quieras, pero hazles trabajar. Necesito ser rico, necesito ser rico —repetía, nervioso.

Cadio, silencioso, dudaba del éxito. Y luego se preguntaba: "¿Qué falta le hará ser más rico?"

Se desmochó el terreno, se aró, se abonó..., se sembró. Los gastos subían, subían. Más puntas, más carros, más ganado, más hombres. Pero como el año vino bien de agua y de sol, la cosecha fué abundante

Fermín entonces encargó una maquinaria

(1) Lugar donde crece el cogón.

nueva, de mayor capacidad, más moderna. Se araron nuevas tierras, se trajeron abonos mejores, se sembró mayor extensión.

El cabo Cadio callaba, callaba y trabajaba. Pero sabía que si el tiempo venía torcido, que si la langosta entraba no habría defensa posible para aquella extensión de terreno pobre. El tiempo no se torció, ni la langosta vino. Y la cosecha fué buena.

—Ves, ves —le decía Fermín al cabo—, ves como tengo razón. ¡Qué dos cosechas, Cadio, qué dos cosechas!

—Me alegro, señor, me alegro; pero haríais bien en canalizar todo el terreno nuevo que habéis sembrado.

—Qué disparate, Cadio; eso costaría un dineral.

—Sí, señor; pero ved que si lloviese mucho, las raíces se pudrirían y habría que tirar la caña.

—No lloverá, Cadio; no lloverá.

Estaba optimista en sumo grado. Si seguía así, pronto podría comprar otra hacienda, y luego, otra..., y otra..., y entonces..., Luisa.

Llegó una carta. Su novia regresaba a España. Habían depuesto a su padre. Vendría otro gobernador. La familia tornaba a la patria. Fermín tuvo que marchar a Manila. La despedida selló otro juramento: le esperaría tres años, pero seis meses antes de cumplirse

el plazo, él, Fermín, tendría que estar en España.

* * *

Cuando regresó a la hacienda Fermín se sintió solo, desgraciado, desalentado. Y regó con melancolía sus afanes. Quiso abarcar más y visitó la hacienda pequeña del monte. Si, era pequeña, pero ¡qué tierras más feraces! Allí no hacía falta sembrar más que cada tres años. Se cortaba la caña y volvía a brotar robusta y lozana. Con sólo unas vueltas de arado y algunas labores para limpiarla de hierba se llegaba a la siguiente cosecha. Ni abono, ni roturación, ni siembra. Pero estaban cultivados sólo una tercera parte de los terrenos. Lo demás era bosque. Habló con Cadio otra vez.

—¿Por qué no desmochamos esos montes y plantamos caña?

—Amo...

—No me llames amo, Cadio —interrumpió Fermín—; llámame como antes: Fermín, o señorito Fermín si quieres.

A Cadio se le inundó el corazón de luz hasta olvidarse casi de los agravios pasados. Pero se guardó la alegría y contestó respetuoso:

—Bien, le llamaré señorito Fermín.

Al mismo tiempo pensaba: "Si todo hubiera ido a mi gusto, yo le llamaría como antes: *Nonoy*."

Fermín cortó sus pensamientos:

—Y ¿qué me decías?

—Decía que estas tierras no se pueden labrar, porque nadie querría trabajarlas a jornal. Se cogen las calenturas, la malaria, y los hombres se mueren.

—Sin embargo, aquí hay tierras sembradas ya —objetó Fermín.

—Se dieron en arriendo o en aparcería, casi regaladas, y aun así no fué fácil encontrar quien las quisiese trabajar. Su padre dejó de buscar aparceros porque se morían muchos, y un día me dijo que prefería no hacer dinero a ser responsable de esas vidas.

Fermín quedó callado y pensativo.

—¿Mi padre decía eso? —murmuró al cabo de un rato.

—Su padre era un gran corazón, señorito Fermín.

—Cadio —dijo excusándose—, es que mi padre no necesitaba ser rico para su felicidad, pero a mí me es imprescindible hacerme millonario.

—No comprendo —replicó Cadio entristecido.

—Quizá no comprendas nunca; yo tampoco comprendía, pero aun sin comprenderlo, es imprescindible que me haga inmensamente rico. Por encima de todo, Cadio, búscame aparceros, arrendatarios, lo que sea. Hay que

talar esos bosques, hay que sembrar esas tierras, son las únicas que pueden enriquecerme rápidamente.

—¿Y las vidas de los hombres, señorito Fermín?

—¿Y la mía, Cadío? ¿Te importan más sus vidas que la mía?

A Cadío le dieron ganas de decir: "Me importa más la tuya que todas las demás juntas." Pero no podía perdonar tan pronto sin que el mozo supiese siquiera parte de lo que había sufrido con su conducta.

—No veo que le pueda ocurrir nada grave a su vida porque la hacienda no tenga labradas todas sus tierras. Hasta ahora habéis vivido bien con lo que teníais.

—Si es que tú no sabes, Cadío, que si no me hago rico, una mujer no se casará conmigo.

—Hay muchas mujeres en la tierra, y la que conviene a un hombre es la que se casa por amor.

—Tienes razón; anda, vamos a descansar un rato y a dar de beber a los caballos —cortó Fermín sintiéndose incomprendido.

Y suspiró profundamente.

Bajaron al río, se sentaron a la orilla mientras bebían las caballerías; Fermín se quitó el *salacot*, lo colgó de sus rodillas, se limpió el sudor de la frente y volvió a suspirar. Sentía necesidad de aliviar el peso de su corazón en una confidencia, necesitaba compartir su pena con otro ser que le amase, con un amigo que le comprendiese, y ya lo hubiera hecho con Cadío si él, el señorito, no se hubiera elevado tanto por encima del cabo, sembrando distancias verticales, con gestos autoritarios, indiferencias y olvidos. Ahora no era tan fácil descender rápidamente al calor del corazón del cabo fiel. Sin embargo, Fermín retornaba inconscientemente a la vida sencilla; juzgó una infidelidad toda expansión galante, y automáticamente huyó de las fiestas, de las reuniones en los amos haciendas, donde se bailaba, se bebía y se hacía el amor a las muchachas casaderas. A Fermín le invitaban en un principio, luego le reprocharon su alejamiento, y poco a poco anté sus negativas o ausencias, por despecho unas veces y por exceso de dignidad otras, se prescindió de él.

Ya no era el hombre del día; dejó el lujo de los caballos e hizo caso omiso de la moda. Indudablemente, y por causa de aquella mujer, Fermín se convertía en un vulgar provinciano trabajador y huraño.

Las mujeres, si eran frívolas, se reían de su debilidad, y las más románticas envidiaban el destino de aquella otra capaz de absorber de ese modo la vida de un hombre.

Y llanamente Fermín se fué identificando con la tierra, con el campo, con el trabajo y con el cabo Cadio. Pero no se atrevía a abrirle de par en par su corazón. Por eso, después de un rato de haber descansado sobre la ribera, volvieron a montar, y despacio, bajo el calor, en silencio, regresaron a casa. Al despedirse del cabo le dijo:

—No te olvides, Cadio; búscame gente que limpie aquellas tierras, aunque sea en condiciones excepcionales. Traeré mucha quinina y la tomarán todos para prevenir, para curar.

Una sonrisa amarga y escéptica frunció la boca del cabo. Al amo había que librarle de un segundo hechizo. Ya no era únicamente la amenaza del *tamao* resentido, condensando agravios, el enemigo de su vida y de su felicidad. También existía otro fantasma, otro poder sobrenatural, acechando en la ausencia y la distancia, con las garras curvadas sobre el corazón de Fermín. Y contra todo, sólo Cadio, el labrador llano de la planicie tropical, el hombre de color, sin recursos, sin apoyos raciales, sin cultura, sin occidentalismo; el hombre niño del país joven, desprovisto de repliegues espirituales, de prevenciones hereditarias, de sabidurías populares, de picarescas atávicas. El solo, desnudo e ingenuo a la luz del día, contra todos.

* * *

Fermín había incluido en el entierro de muchos de sus recuerdos infantiles aquel *lunuk* del río, morada del *tamao*, que, según Cadio, asesinó a su padre y a su padrastro; había olvidado todos los miedos, todas las advertencias del servidor y hasta olvidó la vereda entre el cañaduzal y el borde alto de la ribera por la cual se iba a los pastos del Calatcat, pasando debajo del ramaje del frondoso árbol. Y como lo había olvidado, no se dió cuenta de que tal vereda había dejado de existir. Al Calatcat se llegaba ahora por otro camino, estrecho, entre dos campos de caña, que arrancaba de la calzada principal, quinientos metros más allá del puente, y acababa en las mismas lindes de la tierra labrada con el terreno baldío de los pastos, entroncando en la vereda antigua, a lo largo de la ribera, pero muy alejada ya del árbol peligroso. Todo ello había sido obra de Cadio. Borrando el camino no había riesgo de que Fermín pasase junto al *lunuk*, de que Fermín se diese cuenta que debajo de su ramaje la tierra no se sembraba. Y los hombres de la hacienda agradecieron esa nueva ruta porque les evitaba el tener que pasar también junto a la morada del *tamao*, cada día más temido. Fermín, afanado en sus trabajos, inmerso en sus preocupaciones, cavilando siempre medios con que enriquecerse y ensoñando durante

las pocas horas de descanso los momentos vividos junto a su amada, no se dió cuenta de que ahora tenía que rodear más para ir a las tierras recién sembradas del Calatcat; no se había percatado que seguía una dirección sesgada, con la cual quedaba partido en dos un hermoso campo rectangular; no recordó que en cierto lugar de la ribera existía aquel árbol, habitado por un ser temible, cerca del cual había pasado siempre con terror. No, aquello quedó borrado, y el cabo se libró muy bien de traerlo a su memoria. Había pasado ya tanto tiempo, que hasta el mismo Cadío comenzó a olvidarse del *tunuk*, recordando al *tamao* sólo cuando por su mente cruzaba el peligro de aquel otro ser, hermoso, lejano, que era la novia de Fermín y de la cual había también que librarle. Pero los caminos que conducían a ella no los podía eliminar Cadío. Confiaba en el tiempo. Quién sabe si, una vez enriquecido, el muchacho llegase a considerarse tan superior, que aspirase a tronos más elevados. La esperanza se agarraba ingenuamente al corazón de Cadío, y sus afanes tenían paralelo con los de su amo, porque veía que, efectivamente, el tiempo les ayudaba, las plagas eran escasas, los campos rendían. Fermín se convertía en el gran hombre audaz en experimentos nuevos con la tierra, inteligente, triunfante, ganador del respeto, no sólo de los más viejos agricultores de la comarca, sino de los financieros extranjeros, que daban capital prestado, cobrándose con el azúcar que luego exportaban a sus países. Fermín no tenía más que pedir y se abrían todas las cajas; su crédito personal era ilimitado, y así, había podido montar una maquinaria nueva en la hacienda antigua, había adquirido nuevas tierras y formado otra hacienda pequeña, a la cual trasladó la máquina vieja de la finca grande; y allá en el monte, aprovechando una caída de agua, instaló un molino hidráulico. Con todo esto respondía ante sus acreedores de las deudas adquiridas; pero más que con las posesiones, su personalísimo valer era la mejor garantía de sus prestamistas. Cadío, generoso y leal, pensaba que él, con toda su experiencia, se había equivocado y que el amo Fermín era un genio ante el cual tenía que bajar la cabeza. Y como le veía cada día menos taciturno, más dinámico, más optimista, humano, en fin, se llegó a hacer la ilusión de que su prosperidad, en complicidad con el tiempo y la ausencia, le iban alejando poco a poco de aquel embrujo de amor, de aquella mujer peligrosa. ¡Ah También este fantasma se iba desvaneciendo, y con esta esperanza Cadío procuraba allanar todo obstáculo y resolver todo problema, porque el éxito se le antojó

arma mejor para vencer la pasión de Fermín que el fracaso con que soñara antes. Y siempre a su lado hacía las jornadas, bajo la lluvia y el sol, por los caminos y las veredas de las llanuras. Aun no había llegado la hora de las confidencias, pero el cabo sabía que un día cualquiera le habiaría ya abiertamente de todo cuanto había en su corazón, porque otra vez, como antaño, Fermín era un compañero, un amigo, un hijo. Y así, en un atardecer, cuando regresaban ambos a caballo de las tierras —por pobres y por baldías más cuidadas y más visitadas— del Calatcat, a lo largo del camino diagonal que los alejaba del *lunuk*, cañadulzal a su izquierda, barbecho a su derecha —ese año el campo triangular descansaba—; cuando, cumplida la jornada, regresaban confiados, en abandono de músculo y preocupación, a paso lento, puesta de sol polícromada y romántica sobre sus pensamientos, encantamiento del atardecer en la atmósfera diáfana, quimera de silueta sobre los cielos aun claros, olvido, ensoñación, transporte del alma a otra vida abstracta del más allá y del no sé dónde..., de pronto, un ruido en las cañas, y el caballo de Fermín, parándose de repente, volviendo bridas después y en carrera loca a través del barbecho, enlloqueciendo y desbocado, hasta llegar a un círculo sombreado por un ramaje tupidísimo, derribó

a su jinete y volvió a pararse en seco. Y fué entonces cuando Cadio, olvidándolo todo, levantó a su señor del suelo, preguntando, solícito y asustado, por el daño que le podía haber causado la caída.

—No me pasa nada, no me pasa nada, Cadio.

—Ande un poco, señorito Fermín —suplicaba, dudando, el cabo.

Fermín, sacudiéndose el polvo, anduvo unos pasos cojeando primero y más erguido después para demostrar a Cadio que estaba bien.

—Gracias a Dios —exclamó éste tranquilizándose.

—Gracias a Dios, sí; pero, dime, ¿no es éste el *lunuk* de la orilla del río?

—Sí, señorito —balbuceó, pálido y confuso, el servidor.

—Pues no comprendo cómo se llega aquí por ese camino, y menos aún por qué está todo este terreno con la yerba crecida, sin los surcos de una tierra cultivada.

—Ya se lo explicaré más tarde; ahora vámonos de prisa de aquí —rogaba Cadio, asustado otra vez y no por la caída, sino por el duende.

—Me lo vas a explicar ahora mismo. De manera que estás viendo mis fatigas, mis esfuerzos, mis desvelos por aumentar la cosecha, por extender las siembras y te dejas

aquí baldío casi medio campo porque tienes miedo a un *tamao*.

—Es inútil sembrarlo; la caña no crece.

—Pues corta las ramas que la quitan el sol.

—Eso jamás —replicó, enérgico, el cabo.

—¿Cómo te atreves a contrariar una orden mía? —interrogó Fermín con aire de superioridad.

—Porque de esto entiendo yo más que el señorito.

—Nunca te he visto así de insolente —respondió, asombrado, el amo.

—Insolente, no; pero en este asunto tengo que imponer toda mi autoridad. Con tu padre rogué y no se me hizo caso. Y tu padre murió. Ahora no voy a rogar. Yo, Fermín, te he visto nacer, te he criado; he sido, más que un servidor, un padre para ti; he sufrido cuando te desviaste de mi afecto, cuando te alejaste friamente de mi custodia, de mis desvelos, de mi cariño, tratándome como a un simple empleado; lo sufrí todo y continué sirviéndote en silencio. Pero ahora no voy a soportar ni a consentir que busques tu perdición. He de intervenir en esto. Ei *lunuk* no se corta, porque lo defenderé yo con mi propia vida para que ella salve la tuya; y si en nombre de lo que he sufrido con tu desvío y lo que he luchado por tu prosperidad y lo que me he sacrificado por hacerte un

hombre modelo no escuchas y atiendes mi ruego, tendrás que quitarme de en medio para satisfacer el capricho de cortar ese árbol.

Cadío estaba llorando esta vez también. Fermín presintió sus lágrimas en lo ahogado de la voz, pues había oscurecido y apenas se veía bajo el ramaje del árbol. Asustado por la energía del cabo y emocionado ante aquel cariño, todo abnegación, que se rebelaba sólo para salvarle, Fermín tiró de las riendas de su caballo, montó y partió al galope. En ese momento crujieron medrosamente las ramas del *lunuk*. Cuando llegaron a casa, Fermín se despidió de Cadío con un abrazo. Y no se volvió a hablar del asunto. Únicamente le exigió que se volviera a abrir la senda que bordeaba el río y tornase a su estado primitivo el campo que quedaba a su derecha con el fin de evitar el rodeo en la ruta al Calatcat.

* * *

Cuando unos meses después, Fermín pasaba con Cadío por esa vereda iba aquél leyendo al cabo la última carta que había recibido de su novia. Tal como Cadío lo había previsto, Fermín ya no tuvo secretos para él y fraternalmente comentaban la correspondencia de España. Pero la novia había comenzado a estar celosa del cabo, y luego que



Un crujido siniestro onduló por la cuenca del río.

Fermín le relató lo sucedido debajo del *Iunuk* la tarde que se cayó del caballo, ésta contestó a su novio que no debía dejarse llevar de la superstición de un hombre de color, por más afecto que le profesase, ya que tales supercherías constituían un pecado y decían poco de la cultura de un europeo.

"Por lo tanto, debes eliminar el árbol o, al menos, el ramaje que estropea tus sembrados, sin vacilación alguna. Lo contrario me disgustaría."

Mientras leía este párrafo de la carta, los dos hombres cruzaban la sombra del *Iunuk*. Cadio torció el gesto y permaneció callado. Al cabo de un rato, Fermín le tranquilizó:

—No te preocupes, hombre, que mientras tú vivas no he de darte el disgusto de tocar el árbol. Si algún día faltases y ella siguiese insistiendo, no habría más remedio que hacerlo desaparecer.

A pesar de la calma absoluta que bañaba la mañana, cabecearon las ramas del *Iunuk* y un crujido siniestro onduló por la cuenca del río. Cadio cerró un momento los ojos y echó imperceptiblemente la cabeza hacia atrás como si se estremeciese.

—Qué cosa más extraña —comentó Fermín con naturalidad— levantarse esta ráfaga de repente.

—No es ráfaga, Fermín —rectificó som-

briamente Cadio—; ¿no ves que el único ramaje que se ha estremecido ha sido el de este árbol?

El amo comprobó tal afirmación y forzó una sonrisa lívida, porque sintió miedo. Y calló. La vereda se doblaba hacia la izquierda ciñendo el curso del río, dejando atrás, oculto, el árbol siniestramente misterioso. La maña vibraba sobre el campo en reverberaciones de luz cegadora que formaba olas visibles por encima de los sembrados. El calor maduraba la riñera de Fermín. Todo era promesa. Sólo el *lunut* levantaba su interrogación de amenaza como el indomito único en la claridad absoluta de un problema ya resuelto.

* * *

Cumplido el plazo que se le impuso a Fermín para acumular una fortuna, éste había conseguido hacerse rico, porque, aunque existían cantidades grandes pendientes de pago, nadie podía dudar ya que, una vez levantadas las cosechas de las tres fincas, habían de quedar liquidadas en más de su mitad las cuentas con los Bancos. La hacienda del monte, explotada totalmente a fuerza de vidas y de quinina, acabaría de rematar su prosperidad, debido a que, con un gasto insignificante, iba a seguir rindiendo durante cuatro años. Y como

las tierras no necesitaban descanso, aunque era pequeña, su cosecha equivaldría a la de la hacienda grande.

Fermín comenzó la molienda en las tres fincas con mucha actividad, ya que tenía que embarcar para España antes de fin de marzo. Y las visitaba a diario, vigilando personalmente el trabajo de sus hombres. En todas ellas cundía la labor de la molienda. Las jornadas se alargaban hasta las doce de la noche y comenzaban antes de las cinco de la mañana. Los peones no mostraban descontento, porque se les obsequiaba con aguardiente y se les daba una ración extraordinaria de arroz. Los domingos comían carne de cerdo y por la tarde bailaban en la plaza, bebían o se divertían con cucañas, carreras de sacos, además de la máxima atracción que para ellos constituía la pelea de gallos. Fermín conocía todas las debilidades del nativo, y mandó construir una gallera. Hacía también la vista gorda con el juego de cartas, y los obreros perdían sus jornales o ganaban los ajenos en el *monte*. Era una jornada intensiva que no podía prolongarse mucho tiempo, ni siquiera repetirse años sucesivos, porque los hombres tenían que agotarse viviendo en tensión continua, y la experiencia del mal que a la larga se les hacía habría de repercutir dentro de sus espíritus para no aceptar otra prueba en el futuro. Pero lo que im-

portaba era únicamente el presente. Después..., después ya no haría falta el trabajo triplicado de sus jornaleros, ni habría que engañarles con vino, juego y mujeres. Todo discurriría normalmente en la normal placidez de su existencia también, con su mujer —la única de su vida—, dentro de su hogar, feliz de amor y de hijos, que habría de constituir el resto de su vivir. Ya faltaba poco para alcanzar el ideal soñado. Fermín veía cómo los cilindros de los molinos estrujaban las cañas redondas, dejándolas planas y secas; cómo el líquido dulce corría por los canaillos de cemento hasta los calderos de hierro, y pasaban, calentándose primero, cociéndose después, de uno a otro, hasta llegar al último, de fuego más fuerte, donde el zumo se convertía ya en almíbar. Frente a él se veía al *maestro* meticndo con frecuencia una cañita fina de bambú dentro del caldo espeso y dejando escurrir el líquido viscoso sobre el agua de un cubo, para comprobar si estaba ya el almíbar en su punto. Junto a las plataformas de madera, con bordes bajos, esperaban los paleadores, desnudos de medio cuerpo para arriba, listos a emprender la tarea. Y con el movimiento continuado de sus palas recibían la miel hirviente, removiéndola sin cesar, de mil modos y maneras, hasta que se iba enfriando, convirtiéndose en un polvo rubio que quedaba, finalmente, completamente seco, tapizando el

fondo de la plataforma con una alfombra arenosa, dorada y tibia. Era del color del oro, del oro que se le exigió a Fermín para comprar su felicidad.

Y allí estaba ya, fruto de sudores y de energías, de cavilaciones sin fin, de esfuerzos sobrehumanos, incluso de crueldades y engaños, porque debajo de la tierra quedaron enterrados muchos hombres, muertos por las fiebres y la disentería, en la pugna por arrancar de la selva el tesoro de su riqueza dulce, dentro de la paradoja de la amargura para conseguirla. Allí estaba ya, ante Fermín, que había sobrevivido a todas las pruebas; allí estaba, prometedora, sonriente, feliz, la fortuna que había de ofrecer en España a los padres de su novia.

¡Cómo avanzaba la estación y cómo se iban quedando los campos rasurados casi! ¡La estación seca, con una sequedad esta vez desconocida, como si ella hubiera querido ayudar también al hombre en su afán y en su prisa! No importaba que este regalo de sol continuo fuese precursor de aguas después, y de mermas de cosecha en la temporada siguiente. Se afrontarían entonces las dificultades nuevas. El presente, sólo el presente contaba para Fermín. Y éste era espléndido. Finalizaban las labores de molienda, se había embarcado el azúcar, lo estaban acabando de clasificar, habíanse pagado sumas y más sumas por los primeros carga-

mentos...; el resto iba a quedar confiado a un gran amigo para que lo liquidase, y Fermín iba a zarpar, rumbo a su destino y a su amor. Ya tocaba con las manos el maná de los cielos, ya veía el puerto tras el viaje largo, ya estaba a salvo...

Y un telegrama llegó a la hacienda. El telegrama decía esto: "Tu niña falleció rapidísima, desconocida enfermedad."

Lo firmaba el padre de su novia. Fermín, primero, no lo creyó; luego pensó en una añagaza para inmediar un viaje y alejarlo otra vez de aquella mujer. Pero la noticia fué confirmada por un amigo fraternal que tenía en España.

Y toda la verdad terrible, inexorable, sin remedios ni anelaciones, hundió hasta lo más hondo la razón de su ser, su vida toda.

* * *

Embrutecido el corazón de dolor, amortecida la voluntad, encerrado en su mutismo, extático en su desaliento, Fermín se arrastró a lo largo de los días, de los meses. Toda la máquina de su dinamismo quedó parada en seco. Sordo a cualquier llamada, ni atendía a las actividades de la administración ni acudía a las labores del campo. Las cartas comerciales, las facturas, los balances, se amontonaban sobre su mesa en sus sobres cerrados, y los libros de

Caja, de salarios, etc., dormían quietos dentro de sus sábanas de polvo sin hollar. En vano Cadio requería su presencia para resolver problemas de inapelable urgencia. Siempre respondía: "Resuélvelo tú. Dispón tú. Lo que tú hagas estará bien." Y si salía de casa era para dar una vuelta al atardecer, cabalgando o a pie, por los caminos anchos y fáciles, dormidos en la melancolía del silencio y de la media luz. Estos paseos los hacía solo, porque se negaba siempre a que Cadio le acompañase. Y el cabo llevaba sobre sí toda la tarea, con la esperanza diaria de que al siguiente amanecer habría de comenzar la reacción natural que amasa el tiempo con levaduras de olvido y mitigación. Pero ese amanecer no llegaba. Y Cadio comenzaba a desesperar. El sufrimiento de Fermín era un tormento en su corazón, y el abandono de las actividades, una pesadumbre y una fatiga en su alma y en su cuerpo.

La prolongada sequía resquebrajaba la costra de la tierra, endureciéndola. Y un día apareció la langosta, nublando el sol. Quiso acamparse en un sembrado bien crecido. Con grandes esfuerzos se la forzó a posarse en el barbecho colindante. Tampoco esta vez consiguió Cadio que Fermín viniese a alentar e instruir a sus hombres en la tarea de espantar la plaga.

—Ahuyéntala tú, y si se quiere comer la caña, que se la coma.

—Pero, Fermín, ¿qué consigues con retraerte así, perjudicando tus intereses? ¿No comprendes que, ante lo inevitable, tu deber es defender todo esto para ti y tu madre? ¿Es que...?

Y Fermín interrumpió:

—Déjame en paz, Cadio, y haz lo que quieras.

La langosta merodeaba de campo en campo, dejando las huevas aquí y allá, marchando a las haciendas vecinas y volviendo al poco tiempo para arrasar los sembrados y dejar su semilla en los barbechos.

Un día el cielo se encapotó, y Cadio comenzó a alegrarse, porque la lluvia acabaría con ella. Pero en lugar de un llover sereno se desencadenó el tifón. Era el primero de la temporada después de la terrible sequía. El viento, enfurecido, soplaba despiadado con empujes racheados de insospechada fuerza, arrancando árboles, casas indígenas, planchas de cinc de las techumbres recias y cabañas enteras de bambú y nipa. Y después de un día y una noche lloviendo sin cesar, el río amenazó con su crecida. Fermín comenzó a mirar el cielo. Cadio observaba al amo, tratando de adivinar o sorprender un rasgo de interés, de piedad. Mas el rostro dolorido continuaba impasible, sin traicionar emoción alguna. Y seguía lloviendo. Al caer la tarde Fermín escudriñaba

con más detenimiento y con mayor frecuencia la bóveda gris que techaba la tierra. Cadio vino otra vez a decirle que la crecida era alarmante y había necesidad de desalojar las viviendas más cercanas al río.

—Da tú la orden en mi nombre —repuso secamente Fermín.

Y Cadio volvió a marchar, pero media hora después regresaba para comunicar al amo que la gente se negaba a abandonar sus casas, y que sólo su presencia tendría autoridad para obligarles a ello.

—Derribadlas todas; ya verás cómo las dejan.

—Yo no puedo hacer eso, Fermín.

—Pues yo lo haré; dame un hacha.

Se la sujetó en el cinturón y bajó a la calle. El agua caía huracanada y el viento zarandeaba la superficie de la tierra, dando dentelladas al arbolado, a los edificios, al propio suelo, que quedaba arañado y removido por las uñas invisibles de los elementos. La cortina líquida cegaba los ojos del amo y del cabo. Pero, impasibles, cual si la grandiosidad de su drama interior superase a la de la Naturaleza en desenfreno, continuaron firmes su camino, cruzando el puente, que temblaba sacudido por la fuerza de la corriente.

La tarea fué dura y despiadada, porque las mujeres se aferraban a sus cuatro paredes de

nipa, a sus miserables enseres, a su hogar, en fin. Fermín las concedió quince minutos para recoger lo más preciso, pasados los cuales comenzó por derribar a hachazos una de las casas cuyos habitantes se negaban a abandonar. Mezclados con el aullido de la tempestad, rematahan el cuadro dramático de aquellos momentos los gritos y los ayes humanos, el llanto de los chiquillos, las maldiciones de los viejos, mientras el golpe seco del hacha marcaba el ritmo en el reloj de un tiempo que pasaba raudo a medida que el río crecía, amenazando desbordar su cauce.

Tan pronto como se consiguió que fuesen desalojadas las viviendas, Fermín suspendió el derribo, dejando en pie las demás casuchas, por si el huracán y la riada llegaban a respetarlas.

—Al camarín de la molienda todos, que allí hay sitio y es el mejor resguardo contra el *bagnio*.

Así la miserable caravana quedó acomodada y Fermín se retiró a su casa. Cadio, con otros tres canataces, permanecieron en el zaguán durante la noche, por si había que salir otra vez en tareas de salvamento. Tendieron un *petate* en el suelo y se sentaron sobre él para fumar un cigarrillo.

Una hora más tarde, Fermín descendió silenciosamente, con intención de llegar al camarín y echar un vistazo a la gente. A mitad de escalera oyó un siseo. Los capataces estaban todavía despiertos y Cadio hablaba en voz baja. Fermín se puso a escuchar.

—El *tamao* del *lunuk* es uno de los más poderosos que he conocido. Puede incluso matar desde lejos. Al primer amo lo asesinó estando en España, y ahora la novia del señorito Fermín ha recibido el peso de su venganza sólo porque escribió a éste que cortase el *lunuk*.

—¿Y cómo se enteró el *tamao* de esa orden? —preguntó otro capataz.

—¡Ah!, porque es *asuang* —replicó Cadio—, y además, porque el señorito Fermín me leyó el párrafo de la carta que se refería a tal mandato en el preciso momento en que pasábamos por debajo del árbol. Y entonces el *tamao*, en medio de una calma absoluta, agitó violentamente el ramaje, cual si le sacudiese el viento.

Fermín no quiso oír más. Una oleada de sangre le inundó el cerebro y la vista se le nubló. Renunció a hacer la ronda que se proponía y, apoyado en la barandilla, subió jadeante la escalera, sosteniéndose apenas sobre sus piernas temblorosas. Una vez acostado, se fué calmando, pero no consiguió conciliar el sueño hasta muy entrada la madrugada.

Un golpe de luz le despertó sobre el mediodía. Eran los primeros rayos del sol, que acababa de rasgar los nubarrones para asomarse

a la tierra, mojada y destrozada. El tifón se había alejado a una velocidad fantástica, y la *colla* (1) iba muriendo lentamente en el regazo de las distancias y los espacios que quedaban detrás de los últimos coletazos del monstruo. Cadio esperaba a la puerta para informar. No, el río no se había desbordado por la parte del caserío y las familias habían regresado a sus hogares, a excepción de los habitantes de las dos casas derribadas para dar ejemplaridad. El río había sido bueno con ellos, pero, en cambio, los afluentes del Calatcat se habían salido de madre y los campos estaban anegados en su totalidad.

—No hay más remedio que esperar a que el agua vuelva a su cauce, y entonces se hará lo que se pueda para desaguar los sembrados.

—Está bien —replicó Cadio.

—Vete a descansar, porque no hay nada que hacer —ordenó Fermín.

—Gracias —y se marchó.

Pero no a descansar, sino a hacer su tarea y la de Fermín.

Este trató de recordar los sucesos del día y la noche anteriores. Y sobre todas sus impresiones, entre todos sus recuerdos, flotaban, como la nota más aguda, más estridente, más

(1) Conmociones atmosféricas que quedan rezagadas, por donde pasa el vórtice de un tifón.

insinuante, más obsesionante, las palabras de Cadio en relación con el *tamao* y la muerte de su novia. Otra vez y otra la oleada de sangre trepaba a su cerebro y su vista se teñía de rojo. ¿Sería posible que existiese el *tamao* con poder sobrenatural para aniquilar a quien odiase? No, no; aquello no podía ser. Pero entonces, ¿esa muerte repentina y misteriosa de su novia? Y perseguía una solución a sus dudas dentro del círculo vicioso que trazaban su cultura y la evidencia de los hechos.

Salió al balcón corrido de la casa para respirar y desasirse de un peso que sentía sobre el corazón. Allí estaba su madre, rezando el rosario, dando gracias a la Virgen por haber librado a la gente del caserío de una riada trágica. Fermín la saludó con un "buenos días".

—Buenos días, hijo, ¿has descansado algo?

—Sí, mamá —y se alejó de su lado para no tener que sostener una conversación. La madre respetaba ese estado de alejamiento y melancolía en que vivía sumido su hijo. Para ella, Fermín siempre tenía razón, y si quería callar, y dejar de trabajar, y ser huraño, y anegarse en su pena, era porque le hacía falta ser así o porque no podía evitarlo. Se compadecía de Fermín y rezaba por él. Sobre todo, esto; rezaba a todas horas para su único hijo. Cuando terminó su rosario abandonó el balcón, y Fer-

mín volvió entonces, dando paseos de largas zancadas en todo su recorrido. Su agitación aumentaba por momentos. La misma idea martilleaba su cerebro y clavaba garfios en su corazón. Era demasiado martirio tener que vivir así. ¿Cuándo empezaría a olvidar? ¿Cuándo, por lo menos, se mitigaría el fuego vivo de su tormento?

A la hora de la comida apenas tocó los alimentos que le sirvieron. Después, Cadio se presentó mientras Fermín fumaba un cigarrillo tendido en la silla larga, la mirada alta, siguiendo el espiral del humo, que se perdía cerca del techo.

—Hace falta que vayas al Calatcat; hay que estudiar la manera de que esa agua corra y no pudra las raíces estancándose en el terreno. Por Dios, Fermín, haz un esfuerzo.

—Pero ¿ha bajado ya el río? —preguntó Fermín.

—Sí, ha bajado, pero el agua queda allí, en los campos.

Fermín esperó un rato, pensativo, dió una chupada larga al cigarro y habló lentamente:

—Bueno, iré un poco más tarde. Manda que me ensillen un caballo.

Y añadió:

—Pero iré solo, no quiero que me acompañe nadie.

Algo siniestro se removía en su mirada, algo

patético que hizo temblar al cabo fiel. Mas, como sus deseos eran leyes, no osó contrariarle. Y se retiró.

Fermín, entonces, cerró los ojos y estuvo así largo rato. Por debajo de sus párpados, y entre el enrejado negro de sus pestañas largas, se deslizaron unas lágrimas. Aquel llanto tranquilo hizo bien a su alma, pero ¡qué dolorosa y trágica melancolía bañaba y anegaba su pecho! ¡Una pena irresistible ya, por lo honda y prolongada! Fermín sentía su peso y deseaba arrojarlo lejos. Mas ¿cómo, si la obsesión de aquella muerte rápida, cortando en flor sus mejores ilusiones, era como un nudo corrediizo que le ahogaba con mayor fuerza cuanto más quería librarse de él? Y además, el recuerdo, el recuerdo siempre. ¡Ah, con qué entusiasmo iría él a salvar los campos, a librarlos de las aguas y de las plagas, si su afán hubiese de servir para el bienestar de ella, para la felicidad de la amada! Sin embargo, ahora, ¿para qué?, ¿para quién? Otra vez la ira se fué apoderando de sus nervios. No había derecho a que se hubiese hecho eso con él. Pero ¿quién tenía la culpa? ¿El *laman*? No, no, eso no era posible. El era un muchacho educado, culto, cristiano, y no podía creerlo. Sin embargo, Cadio, aquel que más le quería en el mundo, aseguraba que el espíritu malo del *lunuk* había sido el asesino. ¿Y si fuera cierto? Lo mata-

ría, lo mataría. Pero ¿cómo se podía matar a un *tamao*?

Vinieron a avisarle que el caballo llevaba media hora ensillado. Desperto de sus meditaciones con el corazón empapado por el deseo de una venganza. Calzó las espuelas, se colgó el hacha una vez más del cinturón y salió. Primero lentamente, luego a trote corto, pasó el puente, torciendo a la izquierda, por la vereda que conducía al Calatcat. Llegó al *lunuk*, detuvo el caballo, examinó el árbol con más detenimiento que nunca. Allí estaba su ramaje tupido, verde, lustroso, lozano, barnizado por el agua; el tronco recio y los mil brazos extendidos hacia el cielo... ¡Sería posible! ¡No, no! Quiso continuar, pero retrocedió... ¡Por si era posible...! ¡Por si era posible...! Y bajó del caballo, y trepó por el tronco gigante, alcanzando una rama proyectada por encima de la vereda... Y con energía primero, con rabia después, con locura al final, fué clavando el hacha hasta que la rama —la más frondosa del árbol— cayó al suelo atravesada sobre el atajo. Ya estaba hecho. ¡Por si era posible, por si aquello de Cadio era verdad, allí quedaba eso para empezar! Y partió a galope porque se iba haciendo tarde.

Cuando emprendió el regreso comenzaba a oscurecer. Las nubes habían bajado otra vez, amenazando lluvia. El caballo corría veloz por

el camino estrecho, que las sombras iban borrando rápidamente. Los pies del animal chapoteaban en el barro y el agua de las charcas salpicaba al jinete. Al fin descargó el chaparrón, con ese llover recio y cuantioso de los trópicos, que forma una cortina cegadora y no deja ver al que camina bajo la lluvia. La vereda quedó anegada y se hizo de noche del todo. Así, a ciegas, caballo y jinete iban salvando la distancia, guiados por el instinto más que por los sentidos, con prisa, a todo galope.

Al pasar debajo del *lunuk*, los pies del caballo tropezaron con la rama atravesada que taló Fermín, cayendo el animal de bruces y despeñándose, con su caballero, por el talud de la ribera. Fermín recibió un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido, e incapaz ya de reaccionar, su cuerpo rodó hasta el fondo del remanso trágico, mientras el caballo conseguía restablecer el equilibrio y trepaba otra vez a la planicie.

* * *

Alarmado por la tardanza, Cadio quiso salir al encuentro del amo. Y el caballo parado debajo del árbol y la rama cortada le explicaron el desenlace probable de aquella vida que él había querido conservar más que ninguna, más aún que la suya propia. Comenzó a llamar desesperadamente por entre la vegetación de la

ribera, arañándose los pies y la cara con el ramaje, con las espinas. En el marco negro de la noche se movía como un fantasma de tragedia, descamisado, empapado, con las greñas chorreando sobre su rostro y los ojos fuera de sus órbitas, dilatadas las pupilas frente al espanto de una verdad que rápidamente se iba haciendo más patente. Venciendo su pavor, llegó a la rebalsa verde. Sus aguas esta vez no estaban en calma; la riada había turbado la quietud maléfica de su superficie, pero nada podía verse de ellas, porque todo era negrura, adivinándose únicamente por el ruido de la corriente turbulenta y arremolinada la agitación de sus ondas. La superstición se aferraba a la garganta del cabo fiel, del indígena en cuya alma sedimentó el atavismo terrores seculares, convicciones fantasmales, y el hombre sentía cómo el terror le iba ahogando, ahogando, con una fuerza superior a la suya. Un relámpago único y extraño iluminó entonces el remanso y su visión le recordó que allí, en su fondo, podía estar Fermín con vida todavía.

Tenía que salvarlo.

Fué un impulso de locura lo que le hundió en la poza turbulenta, lo que le dió valor para bucear dentro de ella, buscando un cuerpo en sus entrañas, sin acordarse de nada más que del niño de ayer, del hombre de hoy, del amo, que era, sobre todo, un hijo. Las aguas embravecidas y los remolinos traicioneros zarandearon su figura hercúlea dentro del remanso. Varias veces surgió a la superficie y volvió a hundirse tras un respirar hondo y fatigoso. Y en lucha heroica rescató del reino tenebroso y maléfico del duende el cuerpo herido, inerte y frío de Fermín. Cuando, finalmente, salió de las aguas cargado con su trofeo de muerte, las dos riberas del río se hallaban iluminadas con antorchas de petróleo, empuñadas por los indios del caserío, y el reflejo de las llamas caía sobre la poza siniestra en un rielar pavoroso y trágico, tenebroso y fúnebre. Taltul arriba trenó Cadio con su carga, semidio de las luminarias y de los hombres. Al depositarlo en su lecho se comprobó que Fermín estaba muerto. Entonces el cabo se desplomó sin sentido sobre el cuerno estrangulado por las raíces del *lumik*, las cuales había tenido que romper, desenmarañar y rasgar en el fondo de la poza para rescatar a la víctima que aprisionaban.

Al día siguiente, cuando volvió en sí, el cabo tenía todo el cabello blanco. Y se había vuelto loco.

• • •

Desaparecido el hombre que garantizaba la marcha de las haciendas, se cerraron los créditos, y, cumplidos los plazos, las fincas fueron

vendidas en pública subasta, para cobrarse las deudas.

Sólo se salvó de la hecatombe una casita en el pueblo, a donde se retiraron para acabar sus días la madre de Fermín y Cadío, el loco. Por consideración especial del nuevo dueño de la hacienda del monte, se les pasó una renta anual hasta que ambos desaparecieron.

La madre sobrellevó su desgracia sostenida por la resignación que su acendrado espíritu cristiano la prestó. El cabo, con una locura tranquila después del ataque inicial de furia, que curó en un manicomio de la capital, vivía, en su ausencia de alma, dentro de una placidez inconsciente. Sólo algunos días extremadamente lluviosos o de tempestad salía por la calle llamando a gritos: *"¡Nonoy, Nonoy, Nonoy!"* Los chiquillos del pueblo le seguían, y él gritaba cada vez más desesperadamente su estribillo patético: *"¡Nonoy, Nonoy, Nonoy, Nonoy...!"* Y si no le recogían pronto, conduciéndole a su casa, se sentaba, rendido, en el suelo y rompía a llorar.

Después de esas crisis volvía a serenarse y tornaba a pasear bajo el sol pueblerino, que doraba las nipas y blanqueaba los bambúes de los techos y paredes. Entonces los chicos le hacían rabiar con remedos crueles, llamando: *"¡Nonoy, Nonoy, Nonoy!"*

Pero, bajo el aire iluminado y cálido, Cadío

sonreía beatificamente, con ausencias de rencores y de razón. Hasta que un día el sol le cerró los ojos para siempre, soñando con otro remanso más cristalino y más azul, sin *lunuk* y sin *tamao*, donde le estaba esperando definitivamente su *Nonoy*.

